

# Gualberto de Brujas

*Muerte, por traición y asesinato, del glorioso  
Carlos, conde de Flandes*



*Traducción a cargo de Carlos Rafael Domínguez*

*Comentarios a cargo de Igor Antonissen y Gloria Cristina Flórez*

*Edición a cargo de Gisela Coronado Schwindt y Gerardo Rodríguez*

Universidad Nacional de Mar del Plata - Argentina

Universidad Nacional Mayor de San Marcos - Perú

2017



Gualberto de Brujas

**Muerte, por traición y  
asesinato, del glorioso  
Carlos, conde de Flandes**

**EDICIÓN, ILUSTRACIONES Y MAPAS A CARGO DE**

Gisela Coronado Schwindt y Gerardo Rodríguez

**INTRODUCCIÓN A CARGO DE**

Igor Antonissen y Gloria Cristina Flórez

**TRADUCCIÓN A CARGO DE**

Carlos Rafael Domínguez

Grupo de Investigación y Estudios Medievales (GIEM) del Centro de Estudios Históricos de  
la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina)

Universidad Peruana de Arte ORVAL – Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú)



Brujas, Gualberto de

Muerte, por traición y asesinato, del glorioso Carlos, conde de Flandes / Gualberto de Brujas; comentarios de Gloria Cristina Flórez; Igor Antonissen; editado por Gisela Coronado Schwindt; Gerardo Fabián Rodríguez - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Humanidades; Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2017.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carlos Rafael Domínguez.

ISBN 978-987-544-761-5

1. Historia Medieval. I. Flórez, Gloria Cristina, com. II. Antonissen, Igor, com. III. Coronado Schwindt, Gisela, ed. IV. Rodríguez, Gerardo Fabián, ed. V. Domínguez, Carlos Rafael, trad. VI. Título.

CDD 909.07





# Índice

<b>Introducción. I.- Breve historia del Condado de Flandes</b> .....	iii
<b>II. Memoria para la posteridad</b> .....	vi
<b>III. Gualberto, notario de Brujas</b> .....	viii
<b>IV. Ediciones de la Crónica</b> .....	ix
<b>V. Bibliografía</b> .....	ix
<b>VI. Ilustraciones y mapas</b> .....	xi
<b>VII. Nota del traductor</b> .....	xiv
<b>Gualberto de Brujas – Notario</b> .....	1
<b>PRÓLOGO</b> .....	1
<b>CAPÍTULO I.</b> Las gestas ilustres del bienaventurado Carlos en el condado. Le ofrecen el Imperio romano y el reino de Jerusalén .....	3
<b>CAPÍTULO II.</b> Ocasión del odio que se suscitó contra el bienaventurado Carlos .....	8
<b>CAPÍTULO III.</b> Conspiración nocturna para la muerte del bienaventurado Carlos. Ponderación de este enorme crimen.....	13
<b>CAPÍTULO IV.</b> Asesinato de Carlos y otros cuatro. Fuga o apresamiento de algunos.....	17
<b>CAPÍTULO V.</b> Sepultura de Carlos y otros. Milagro de un cojo sanado. Saqueos de los bienes....	23
<b>CAPÍTULO VI.</b> La creciente insolencia de los traidores comienza a ser reprimida por Gervasio, camarero del conde .....	28
<b>CAPÍTULO VII.</b> Sitio de Brujas. Llegada de tropas auxiliares. Algunos de los traidores son castigados .....	32
<b>CAPÍTULO VIII.</b> Se incrementan las fuerzas de los sitiadores. Llegada de la condesa de Holanda. Son retiradas las reliquias de la iglesia. Los sitiados refuerzan el castillo.....	36
<b>CAPÍTULO IX.</b> Vanas conferencias entre las partes para lograr un arreglo. Toma del castillo. Los sitiados se refugian en el templo .....	40
<b>CAPÍTULO X.</b> Fuga del preboste. Disensos entre los sitiadores. Ocupan la parte inferior de la iglesia Los sitiados mantienen la torre y la tribuna.....	46
<b>CAPÍTULO XI.</b> Guillermo de Normandía asume el condado de Flandes en lugar del bienaventurado Carlos. Se producen insidias por el traslado de su cuerpo a Gante .....	51
<b>CAPÍTULO XII.</b> Llegada del conde Guillermo con el rey a Flandes y a Brujas. Juramentos recíprocos.....	56

<b>CAPÍTULO XIII.</b> El suplicio del preboste Bertulfo y de Guido de Steenvorde. Se calma un tumulto de los ciudadanos de Brujas.....	60
<b>CAPÍTULO XIV.</b> Progreso del sitio. Se ocupa la tribuna de la iglesia. Veneración del sepulcro del bienaventurado conde Carlos .....	65
<b>CAPÍTULO XV.</b> Recepción del nuevo conde en Saint-Omer. Genealogía de la familia de Balduino, conde de Lille. La familia del preboste Bertulfo se constituyó en infame por homicidio y adulterio .....	71
<b>CAPÍTULO XVI.</b> Rendición de los asediados en la torre. Reconciliación de la iglesia de San Donaciano. Exequias del bienaventurado Carlos. Toma de Ypres .....	77
<b>CAPÍTULO XVII.</b> El suplicio de muchos reos. Los vasos del bienaventurado Carlos son restituidos. Nueva búsqueda de cómplices.....	82
<b>CAPÍTULO XVIII.</b> Investigación sobre los cómplices y ayudantes de los traidores y los ladrones del tesoro del bienaventurado Carlos. Muerte de varios cómplices de la traición .....	86
<b>CAPÍTULO XIX.</b> Causas por las que los flamencos retiran su apoyo al conde Guillermo de Normandía.....	91
<b>CAPÍTULO XX.</b> Elección de Teodorico de Alsacia como conde. Muerte de Lamberto de Redenbourg .....	95
<b>CAPÍTULO XXI.</b> Combates y encuentros bélicos entre Guillermo de Normandía y Teodorico de Alsacia.....	103
<b>CAPÍTULO XXII.</b> Muerte de Guillermo de Normandía. Régimen pacífico de Teodorico.....	110





## Introducción

### I.- Breve historia del Condado de Flandes

La región conocida con el nombre de Flandes había tenido un desarrollo anterior a la época medieval, en especial lo relacionado con sus actividades textiles e intercambios comerciales. Si bien la atomización del Imperio romano de Occidente afectó el fenómeno de urbanización existente en esa región, en los siglos siguientes su desarrollo económico fue posible por la participación de grupos religiosos en la zona situada en la confluencia de los ríos Escalda y Lys. A ello se unió el papel importante adquirido durante el gobierno de Carlomagno y, especialmente, cuando su sucesor Carlos el Calvo entregó a su yerno Balduino Brazo de Hierro, los territorios situados entre las regiones de Lotaringia, Germania y la Francia occidental bajo la forma de contrato vasallático, que obligaba a defenderlos de los ataques de invasores normandos y a ser fiel al monarca que se los había encomendado.

Flandes contaba a partir del siglo IX y X con una serie de elementos favorables para su crecimiento: un territorio fértil con favorable ubicación geográfica, las buenas conexiones fluviales y marítimas y una población numerosa que podía aprovechar una larga tradición en la elaboración de productos textiles. Asimismo, los primeros condes de Flandes, Balduino “Brazo de Hierro” (c. 830-879, primer conde de Flandes entre 862 y 879) y su hijo “Balduino II el Calvo” (c. 863-918, segundo conde de Flandes entre 879 y 918) ejercieron una labor importante en la defensa de la región al lograr detener la amenaza vikinga. Posteriormente, su poder se consolidó con la construcción del símbolo del poder político y militar, el *Gravensteen* o castillo condal en Gante y también por su apoyo a las actividades económicas que involucraba a Brujas. Este asentamiento urbano en la región pantanosa al fondo del golfo del Zwyn a fines del siglo X fue creciendo en tamaño y habitantes.

Las vinculaciones familiares de ambos condes demuestran la importancia que Flandes tenía en el contexto político y dinástico de su época: Balduino I se casó con Judith, hija de Carlos el Calvo y madre Balduino II, quien se casó con Elfrida, hija de Alfredo el Grande. Los condes de Flandes se preocuparon también de ampliar sus territorios, aumentar sus poderes señoriales y aprovecharon la situación de debilidad de la monarquía francesa para obtener mayor autonomía. Constituyeron a partir del siglo XI un principado territorial. Asimismo, establecieron mejores relaciones políticas y económicas con Inglaterra, incluso se asentaron en el territorio germánico del Escalda, convirtiéndose también en vasallos del emperador de Alemania.

Todo lo anterior permitió, en los siglos XI y XII, consolidar la vida urbana y su floreciente economía, debido a una serie de elementos que incrementaron las condiciones favorables preexistentes, como la mejora en las condiciones climáticas y sus proyecciones en lo demográfico, social y económico. Incluso, la situación política de la época favoreció a los condes de Flandes, quienes ligados por relaciones vasalláticas al rey de Francia, no perdieron oportunidad de fortalecer su poder en los dominios a su cargo, siendo fundamental para ello el soporte que proporcionaban las ciudades, especialmente por su desarrollo textil y el incremento del comercio regional e internacional, al suministrar mayores ingresos a las finanzas del condado.

Estos logros permitieron a sus gobernantes intervenir activamente en la política de la época, ofreciendo mayor seguridad en el condado al reemplazar la paz de Dios episcopal por la “paz condal”, lo que les posibilitaba combatir las infracciones cometidas en su territorio convirtiéndolos en garantes del orden y de la seguridad pública. Ellos pudieron encargarse de administrar la “alta justicia” en sus territorios, concluyendo así un largo proceso de usurpación de los derechos reales o *regalia* iniciado con el debilitamiento de la monarquía carolingia.

El prestigio de los condes hizo posible que tomaran el título de *post Deum princeps* y su poderío aumentó al conseguir elementos favorables como la indivisibilidad territorial y la herencia por línea masculina. Es importante tener en cuenta la existencia del ejército de mil caballeros que tenía el condado de Flandes, mientras que el rey de Francia contaba solamente con quinientos. Podemos señalar que en estos momentos la dependencia vasallática de los condes flamencos con el rey de Francia era más bien nominal que real.

La prosperidad económica de este período se manifestaba en ciudades como Brujas y Gante, bien conectadas a rutas terrestres, fluviales y marítimas y ligadas a famosas Hansas comerciales que les permitieron convertirse en centros de gran animación comercial, adonde acudían mercaderes de diferentes países en su ruta a importantes ferias como la de Ypres.

Los centros urbanos tenían características propias en su disposición material: muros, esclusas, castillos que simbolizaban protección y seguridad frente a cualquier peligro, el ayuntamiento, las Lonjas, las iglesias, la Plaza Mayor, mientras que los mercados, puertos y desembarcaderos representaban los diferentes poderes, actividades o necesidades de la población. Asimismo, debemos tener en cuenta los logros en la autonomía municipal que se apoyaba en un derecho urbano, originario de la ciudad de Arras. Sin embargo, las relaciones entre los diferentes grupos sociales podían verse afectadas al no lograrse el equilibrio entre los poderosos burgueses quienes intervenían activamente en el gobierno de la ciudad, gracias a su

papel en lo económico, mientras que el grupo mayoritario de artesanos se veían relegados en sus demandas y darían lugar a situaciones sumamente violentas en los siglos siguientes.

Esa expansión flamenca se vio afectada por una serie de situaciones como las mencionadas relaciones feudovasalláticas con los monarcas franceses, quienes buscaban recuperar el control de los feudos concedidos, especialmente aquellos que podían crear amenazas en lo económico o político. Ese intento podía encontrar el apoyo de los grupos urbanos que se veían afectados en sus intereses económicos por las políticas condales, especialmente en sus relaciones con Inglaterra, proveedora de lana para los textiles flamencos. La situación se complicó aún más cuando los monarcas ingleses buscaron el apoyo de Flandes en sus enfrentamientos con el rey de Francia (de quienes eran vasallos), por los territorios que poseían en Normandía y Aquitania.

De la llamada casa de Flandes provienen los condes de Flandes hasta 1119, año en que a Balduino VII lo sucedió Carlos “el Bueno”, hijo de Canuto “el Santo”, rey de Dinamarca y de Adela de Flandes. Había nacido hacia 1084 y en 1118 Balduino VII, lo designó como sucesor y al año siguiente asumió el gobierno condal. Su gestión mostró sus destacadas cualidades en lo político y en lo personal lo hicieron muy apreciado y admirado en la sociedad de la época. Igualmente, se ha insistido mucho en su profunda piedad cristiana y el peregrinaje que realizó a Jerusalén, itinerario fundamental para un cristiano de la época. Un aspecto destacado en su gobierno fue la imposición de la paz de Dios en sus dominios,<sup>1</sup> acción que le permitió fomentar aún más el desarrollo y la prosperidad en sus dominios.

Su administración mantuvo un estricto control sobre los derechos que ejercía e ingresos que percibía, siendo fundamental la auditoría que llevaban a cabo los tribunales feudales, así como la organización sistemática del territorio en distritos administrados por funcionarios sometidos al conde. Todo lo cual le permitieron actuar como el guardián y custodio de casi el conjunto de las iglesias y monasterios principales. El éxito en su gestión hizo posible que se considerara su candidatura, tanto a la corona imperial germana como a la del reino de Jerusalén. Sin embargo, motivado por el amor a sus súbditos y a sus posesiones prefirió rechazarlas para seguir ejerciendo sus tareas de gobierno, buscando especialmente castigar a los infractores de las normas jurídicas, sin olvidar ayudar a los más necesitados en los momentos de carestías, repartiendo víveres, dando limosnas y controlando precios de los productos de primera necesidad.

Su asesinato en la mañana del 2 de marzo de 1127, cuando rezaba ante el altar mayor de la iglesia de San Donaciano en Brujas, fue considerado un crimen muy grave

---

<sup>1</sup> Gloria Cristina FLOREZ, *Derechos Humanos y Medioevo: Un hito en la evolución de una idea*, Lima, UNMSM, 2010, pp. 35 ss.

porque implicaba una serie de elementos: la víctima era el señor del territorio<sup>2</sup> con reconocidas cualidades,<sup>3</sup> el crimen se había cometido en un lugar sagrado, incluso durante Cuaresma y, especialmente, había sido realizado por sus servidores, amenazados de volver al *status* servil, perdiendo los privilegios y posición obtenidos por medios deshonestos. A lo anterior se añadía el grave problema sucesorio, porque el enlace de Carlos con Margarita de Clermont, heredera del conde de Amiens no había tenido descendencia y no habiendo designado sucesor, se originó una lucha de poder entre los diferentes grupos del condado e incluso del extranjero que finalizó a favor de Teodorico de Alsacia.

## II. Memoria para la posteridad

El conde de Flandes, Carlos el Bueno fue asesinado mientras rezaba en la capilla superior de la iglesia de San Donaciano en Brujas, el 2 de marzo de 1127. Este asesinato fue uno de los acontecimientos más importantes del inicio del siglo XII y afectó el balance de poder entre Inglaterra, Francia y el imperio, así como la vida comercial de la región más próspera de Europa. Estos sucesos son extraordinariamente bien conocidos por nosotros, gracias a la crónica *De Multro, Traditione. Et Occisione Gloriosi Karoli Comiti Flandriarum*, escrita en 1127-1128 por Gualberto de Brujas.

Existen varias copias de dicho relato las que probablemente no circularon durante la Edad Media.<sup>4</sup> El primer relato identificado que tenemos es el resumen en francés, realizado por Rolando o Antonio de Baenst, miembro de una importante familia flamenca e incluido en un libro de recuerdos familiares. En él se describía el origen servil y adúltero del clan Erembaldo y su trágico final. Dicha obra fue mencionada en 1561 en los *Commentarii sive Annales Rerum Flandricarum* del historiador flamenco Jacob de Meyer en su referencia al gobierno de Carlos el Bueno y reconocía el valor histórico de la Crónica así como su detallada descripción de la vida medieval en Flandes.

Posteriormente, su importancia siguió siendo reconocida al servir de referencia a otros trabajos, tal sería el caso de la *Historia de Flandes*, escrita en español a inicios del siglo XVII con sus extensas citas sobre el asesinato de Carlos el Bueno. La primera traducción al

---

<sup>2</sup> Robert JACOB, "La mort du seigneur dans la société féodale. La mémoire, le rite, la fonction", *Annales, Economies. Sociétés. Civilisations*, 45<sup>e</sup> année, N°2 (1990), pp. 247-263.

<sup>3</sup> El conde fue rápidamente considerado como bienaventurado y se le dedicó una fiesta desde la Edad Media. Mártir laico, fue beatificado en 1883 por el papa León XIII y considerado patrón de los condes y de los cruzados, intercesor de los miserables.

<sup>4</sup> Jeff RIDER y Alan MURRAY (eds.), *Galbert of Bruges and the Historiography in Medieval Flanders*, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 2009.

francés se publicó recién en 1824,<sup>5</sup> siendo editada nuevamente en 1830 y con varias reimpressiones posteriores. El famoso historiador belga Henri Pirenne realizó una edición en 1891, siendo una de las más citadas hasta hoy día,<sup>6</sup> si bien diferentes especialistas han señalado sus deficiencias.<sup>7</sup>

En realidad la Crónica ha conocido mayor éxito desde mediados del siglo XX, gracias a la realización de importantes ediciones; es el caso de la traducción al inglés de J. B. Ross en 1965 y sus continuas reediciones, siendo la última del año 2005. Tal como lo ha señalado Rider “se ha convertido en un éxito editorial en la serie *Reimpresiones para la enseñanza* de la Academia Medieval de América y es uno de los textos más frecuentemente leído en los cursos preparatorios de historia medieval en los países de habla inglesa”<sup>8</sup>. Una edición en francés y neerlandés apareció en 1978<sup>9</sup> y contaba con una valiosa introducción histórica de Raoul Van Caenegem. Las diferentes ediciones realizadas en inglés, francés, alemán comprueban la atracción que ejerce en los medios académicos puesto que es una de las crónicas más conocidas del siglo XII. Sin embargo, no contamos hasta el momento con una traducción al español. El interés que ha despertado tanto la obra como su autor ha dado lugar a una serie de trabajos que han analizado el siglo XII en Flandes: la sociedad, las relaciones familiares, las Entradas Triunfales, los procedimientos judiciales, las mentalidades, la arquitectura, las técnicas de combate, los diferentes aspectos del culto religioso e incluso, nuevas propuestas sobre las relaciones feudo-vasalláticas o temas de género.

Naturalmente, subsisten muchas interrogantes respecto del poco éxito o “fracaso” del texto de Gualberto puesto que al parecer no circuló en su época como sucedió con otras obras y se ha debido esperar fines de la Edad Media para que se conociera. Sin embargo, la posibilidad de captación de su verdadero sentido o valor ya se había perdido en ese momento. El balance de las diferentes propuestas que nos ofrecen los especialistas nos permite considerar que *De Multro* no encajaba en los géneros tradicionales medievales, además su redacción en latín lo hacía poco accesible al pueblo iletrado, a quien podría haberle interesado, mientras que era poco halagüeño para el público cultivado que podía leerlo. Si bien era un

---

<sup>5</sup> GALBERT DE BRUGES, “Vie de Charles le Bon, comte de Flandre”, en *Collection des Mémoires relatifs à l’histoire de France*, Ed. M. GUIZOT, Paris, J.-L.-J. Brière Libraire, 1835.

<sup>6</sup> GALBERT DE BRUGES, *La mort de Charles le Bon*, Ed. Henri PIRENNE, Paris, Picard, 1891.

<sup>7</sup> Es el caso de Dom Nicolas Huyghebaert en el Seminario de Historia Eclesiástica dictado en el Institut d’Études Médiévales, Université Catholique de Louvain en 1976.

<sup>8</sup> Jeff RIDER, *Gualberto de Brujas, notario e historiador del siglo XII*, Conferencia ofrecida en la Catedral Ella Dunbar Temple, Lima, UNMSM, 2003 (inédito).

<sup>9</sup> GALBERT DE BRUGES, *Le meurtre de Charles de Bon*, Ed. J. Gengoux, Anvers, Fonds Mercator, 1978.

relato excepcional, personal, original y muy verídico podía ser potencialmente peligroso para la carrera de Gualberto y ¿por qué no?, también para sus lectores. De tal manera, no era posible imaginar un “mecenas” que auspiciara al autor o a su obra como era costumbre en la época.

### III. Gualberto, notario de Brujas

Nuestro conocimiento de Gualberto proviene de las informaciones ofrecidas en su Crónica. Su nombre flamenco era probablemente Woubert, Woubrecht o Walbrecht.<sup>10</sup> Era un clérigo originario de Brujas, mientras que la denominación *notarius Brugensis* indicaba que era funcionario de la cancillería o administración condal. Sin embargo, las investigaciones de los especialistas han añadido datos de gran interés, es el caso de Jean Dhondt, quien ha ubicado al personaje en una etapa muy interesante para la cultura occidental. Su trabajo, pionero en la historia de las mentalidades, reconoce que Gualberto era supersticioso pero al mismo tiempo presentaba “los primeros balbuceos de pensamiento tradicional en lucha con lo tradicional”<sup>11</sup>. Él ha tratado de explicar la situación contradictoria de un espíritu extremadamente concreto y positivo, pero al mismo tiempo religioso aunque mucho más crítico que otros autores contemporáneos. Van Caenegem ha indicado que Gualberto sin ser un importante personaje en lo político, se encontraba en una situación favorable para presenciar, describir y analizar los acontecimientos que narró. Posiblemente era un hombre de cierta edad, experimentado y funcionario modelo, capaz de redactar actas, verificar cuentas y establecer informes de los procesos.

Jeff Rider ha señalado que el éxito de la obra de Gualberto podía relacionarse con su mentalidad positiva, clara y lógica y en especial en su capacidad de ofrecer destacadas descripciones de lugares, acontecimientos y personajes, así como su habilidad para captar el potencial dramático de escenas que podría no haber presenciado sino únicamente haberlas escuchado, incluso sus diálogos nos dan la impresión de ser registros literales de lo que fue dicho. Por lo tanto, los talentos destacados de Gualberto como historiador y escritor son la mayor razón del éxito de la crónica entre las audiencias modernas académicas y populares.

Otra razón se encuentra en su forma única de diario que transmite la impresión de crudeza e inmediatez y de ingenua buena fe creada por este relato. Gualberto compartió el gusto contemporáneo por lo dramático y también por lo melodramático. Por eso, puede haber decidido también mantener el formato de diario de sus notas o tal vez porque

---

<sup>10</sup> VV.AA., *Biographies des hommes remarquables de la Flandre Occidentale*, Tome I, Brujas, Vandecasteele Wavrouck, 1843, pp. 201-202.

<sup>11</sup> Jean DHONDT, “Une mentalité du douzième siècle: Galbert de Bruges”, en *Revue du Nord* (Université de Lille), Tome 39, N°154 (avril-juin 1957), pp. 101-109, cita p. 103.

respondía a las tendencias estéticas de su época. Una influencia final en esa decisión podría relacionarse con la teología cristiana de historia común en la época, como lo señalaba en el prólogo y recuerda en *De Multro* el continuo y omnipresente control de Dios.<sup>12</sup>

#### IV. Ediciones de la Crónica

- GALBERT DE BRUGES, “Vie de Charles le Bon, comte de Flandre”, en *Collection des Mémoires relatifs à l’histoire de France*, VIII, Éd. M. GUIZOT, París, J.-L-J. Brière Libraire, 1825, pp. 237-433.
- GALBERT DE BRUGES, *La mort de Charles le Bon (1127-1128)*, Éd. Henri PIRENNE, París, Picard, 1891.
- GALBERT DE BRUGES, *Le meurtre de Charles de Bon*, Ed. de J. GENGOUX, Anvers, Fonds Mercator, 1978.
- GALBERT OF BRUGES, *The Murder of Charles the Good, Count of Flanders*, Ed. James Bruce ROSS, Nueva York, Columbia University Press, 2005.
- GALBERT OF BRUGES, *The Murder, Betrayal and Slaughter of the Glorious Charles, Count of Flanders*, Translated and introduction by Jeff RIDER, New Haven, Yale University Press, 2013.
- GUALTERIUS NOTARIUS BRUGENSIS, *De Multro, Traditione. Et Occisione Gloriosi Karoli Comiti Flandriarum*, Cura et Studio Jeff RIDER, Turnhout, Brépols, 1994.
- LE GLAY, Edward, *Histoire des comtes de Flandre jusqu’à l’avènement de la Maison de Bourgogne*, París, 1843, T.1, pp.227-257.

#### V. Bibliografía

- DEPLOIGE, Jeroen, “Meurtre politique, guerre civile et catharsis littéraire au XIIe siècle. Les émotions dans l’œuvre de Guibert de Nogent et de Galbert de Bruges”, en Damien BOUSQUET y Piroska NAGY (eds.), *Politiques des émotions au Moyen Age*, Micrologus Library 34, Florencia, SISMEL - Edizioni del Galluzzo, 2010, pp. 225-254.
- DEPLOIGE, Jeroen, “Revolt and the Manipulation of Sacral and Private Space in 12<sup>th</sup> Century Laon and Bruges”, en *Power and Culture: New perspectives in Spatiality in*

---

<sup>12</sup> J. RIDER, *Gualberto de Brujas, notario e historiador del siglo XII...* op. cit.



*European History*, Pisa, Pisa University Press, 2008, pp. 89-107.

- DHONDT, Jean, “Les “Solidarités” médiévales. Une société en transition: la Flandre en 1127-1128”, *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*. 12<sup>e</sup> année, N°4 (1957), pp. 529-560.
- DHONDT, Jean, “Une mentalité du douzième siècle: Galbert de Bruges”, en *Revue du Nord* (Université de Lille), Tome 39, N°154 (avril-juin 1957), pp. 101-109.
- FELLER, Laurent, *L'Assassinat de Charles le Bon comte de Flandre 2 mars 1127*, Paris, Perrin, 2012.
- FLÓREZ, Gloria Cristina, “Violencia, paz y orden en la crónica de Gualberto de Brujas, siglo XII”, en *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, XLVI (2013), pp. 483-496.
- FLÓREZ, Gloria Cristina, *Derechos Humanos y Medioevo: Un hito en la evolución de una idea*, Lima, UNMSM, 2010.
- GANSHOF, François-Louis, *La Flandre sous les premiers comtes*, Bruselas, La Renaissance du Livre, 1949.
- JACOB, Robert, “La mort du seigneur dans la société féodale. La mémoire, le rite, la fonction”, en *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*. 45<sup>e</sup> année, N°2 (1990), pp. 247-263.
- MURRAY, Alan, “Voices of Flanders: Orality and Construction Orality in the Chronicle of Galbert of Bruges”, en *The Twenty Eighth International Congress on Medieval Studies*, Western Michigan University, Kalamazoo, 6 May 1993.
- MURRAY, Alan, and RIDER, Jeff (eds.), *Galbert of Bruges and the Historiography in Medieval Flanders*; The Catholic University of America Press, 2009.
- MURRAY, James, “The Liturgy of the Count’s Advent in Bruges, from Galbert to Van Eyck”, en HANAWALT, Barbara and REYERSON, Kathryn L. (ed.), *City and the Spectacle in Medieval Europe*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, pp. 137-152.
- RIDER, Jeff, *God's Scribe. The Historiographical Art of Galbert of Bruges*, Washington D. C., The Catholic University of America Press, 2001.
- RIDER, Jeff, *Gualberto de Brujas, notario e historiador del siglo XII*. Conferencia ofrecida en la *Cátedra Ella Dunbar Temple*, UNMSM; Lima, 2003 (inédito).
- VV.AA., *Biographies des hommes remarquables de la Flandre Occidentale*, Tome I, Brujas, Vandecasteele Wavrouck, 1843.

## VI. Ilustraciones y mapas



Retrato de Carlos el Bueno (Iglesia de San Salvador, Catedral de Brujas, siglo XV)

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Brugge\\_Karel\\_de\\_Goede\\_Sint-Salvatorskathedraal.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Brugge_Karel_de_Goede_Sint-Salvatorskathedraal.jpg)



Muerte de Carlos el Bueno

[http://www.eltestigofiel.org/index.php?idu=sn\\_743](http://www.eltestigofiel.org/index.php?idu=sn_743)



Estatua del Beato Carlos (Basílica de la Santa Sangre, Brujas, siglo XIX)

[https://en.wikipedia.org/wiki/Charles\\_I,\\_Count\\_of\\_Flanders](https://en.wikipedia.org/wiki/Charles_I,_Count_of_Flanders)



Ciudad de Brujas por Georg Braun y Frans Hogenburg circa 1572

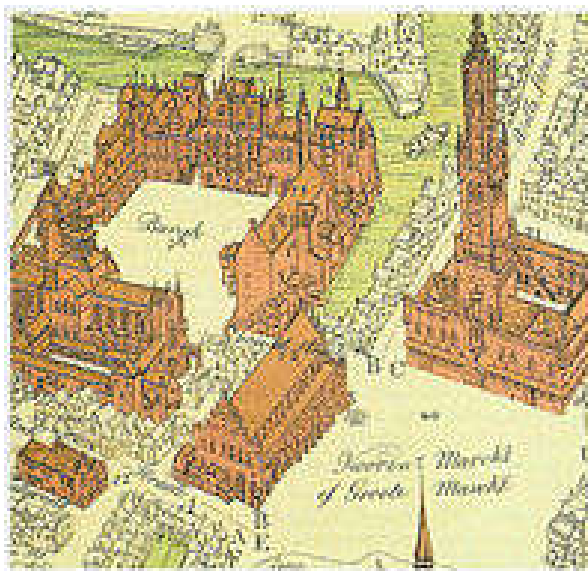
<http://melparthistory.blogspot.com.ar/2015/05/project-three-urban-development.html>





Mapa de Brujas *circa* 1775

[https://es.wikipedia.org/wiki/Brujas#/media/File:Bruges,\\_Belgium\\_-\\_Ferraris\\_Map.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Brujas#/media/File:Bruges,_Belgium_-_Ferraris_Map.jpg)



La catedral de San Donaciano de Brujas (1551)

[https://es.wikipedia.org/wiki/Catedral\\_de\\_San\\_Donaciano#/media/File:Brugge\\_-\\_Waterhalle\\_1294\\_-\\_1787.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Catedral_de_San_Donaciano#/media/File:Brugge_-_Waterhalle_1294_-_1787.jpg)

## VII. Nota del traductor

- La división en capítulos está tomada de la edición de J. Ridder (1994).
- Los números de los párrafos corresponden al texto latino corregido por H. Pirenne (1891), traducido en esta oportunidad.
- El nombre Flandes se aplicaba primitivamente sólo a la zona de Brujas y la nominación condal hizo que se extendiera progresivamente a los lugares vecinos.



**Gualberto de Brujas – Notario**

**Muerte, por traición y  
asesinato, del glorioso  
Carlos, conde de Flandes**

## PRÓLOGO

Aunque entre los príncipes de los reinos que hemos conocido a nuestro alrededor, Enrique,<sup>1</sup> emperador de los romanos, hizo brillar por sus hechos militares su ardiente deseo de adquirir para sí gloria y renombre, no tuvo una disposición semejante para gobernar bien, cosa que hizo con menor energía y celebridad. Después de muchos años en el trono, murió sin dejar herederos [legítimos]. El rey de Inglaterra,<sup>2</sup> sin hijos, también gobernaba su reino con menor poder y reputación que Carlos, conde de Flandes,<sup>3</sup> nuestro natural señor y príncipe,<sup>4</sup> que célebre por sus acciones militares y por la nobleza de su sangre real, estuvo por siete años al frente de este condado, siendo padre y protector de las iglesias de Dios y generoso con los pobres, afable y justo con sus caballeros, implacable y cauteloso con sus enemigos. Murió sin heredero, traicionado y asesinado por su justicia por sus propios infames siervos.

Al ponerme a escribir sobre la muerte de un príncipe tan grande, no me esforcé por buscar el ornato de la elocuencia, ni de matices de colores diversos, sino que me concentré solo en la verdad de los hechos y, si bien con estilo árido, confié a la memoria de los fieles, el relato de esta muerte ajena al orden de la naturaleza.

No tuve ni el lugar adecuado ni el tiempo oportuno para poner mano a este trabajo; a veces hubo momentos en los que en mi lugar me encontraba presionado por el miedo y la necesidad, hasta el punto de que sin excepción tanto el clero como el pueblo corrían riesgos por sus bienes y por su vida. Fue en medio de estas contrariedades y presiones que comencé a controlar mi mente fluctuante, como si estuviera en el estrecho de Euripo<sup>5</sup> y me concentré en la tarea de la escritura. Fue en ese estado de turbulencia de mi ánimo cuando una sola pequeña chispa de caridad, mantenida y avivada, encendió con su fuego en el fondo de mi corazón todas las virtudes espirituales. Y consiguientemente le dio a mi persona, que estaba dominada por los terrores externos, una cierta capacidad de escribir.

No me preocupa mucho si alguien desea opinar y criticar esta obra en la que he puesto mi alma, escrita en circunstancias tan desafortunadas y que entrego a vuestra lectura y a la de todos los fieles. Lo que me hace sentir seguro es que narro una verdad bien conocida para todos los que han corrido los mismos peligros y así la encomiendo a la

---

<sup>1</sup> Enrique V, muerto el 23 de mayo de 1125.

<sup>2</sup> Enrique I, muerto el 1 de diciembre de 1135.

<sup>3</sup> Conde desde el 17 de junio de 1119 hasta el 2 de marzo de 1127.

<sup>4</sup> Hijo de Canuto IV de Dinamarca y de Adela, hija del conde de Flandes Roberto el Frisón.

<sup>5</sup> Angosto estrecho marino del mar Egeo que separa la isla griega de Eubea de Beocia, en la Grecia continental.



posteridad. Le ruego entonces encarecidamente a todo aquel en cuyas manos caiga esta obrita que, si encuentra árido el estilo y mezquino el tamaño, no se burle ni lo desprecie; sepa admirar, en cambio, estos escritos reunidos por orden de Dios, de cosas ocurridas en nuestro tiempo y aprenda a no despreciar y menos entregar a la muerte los poderes terrenales que debemos creer que han sido puestos por Dios a nuestra cabeza; por lo que dice el apóstol: “Todos estén sujetos a la autoridad, sea del rey como soberano y de los gobernantes como enviados por Dios” (I Pedro. II, 13). Como no es un término de semejanza sino de afirmación, pues *como* se dice en la escritura santa por aquello que es verdaderamente, donde dice, por ejemplo, como el esposo, es decir, verdaderamente el esposo. Los homicidas, los bebedores, los fornicarios y todos los siervos de los vicios de nuestro país, no merecieron ser gobernados por un príncipe bueno, religioso, fuerte, católico, protector de los pobres, según Dios y defensor de las iglesias, un hombre tal que los otros poderes de este mundo terrenal podrían tener como modelo de gobernar bien y servir a Dios dignamente. Pero viendo el diablo el progreso de la Iglesia y de la fe cristiana, como vais a ver a continuación, sacudió la estabilidad del país, es decir, de la Iglesia de Dios y la conturbó con dolos, traiciones y derramamiento de sangre inocente.

## **CAPÍTULO I. Las gestas ilustres del bienaventurado Carlos en el condado. Le ofrecen el Imperio romano y el reino de Jerusalén**

1. Carlos fue hijo de Canuto, rey de Dacia, y de Adela, oriunda de la sangre de los condes de Flandes; debido a este parentesco desde niño fue educado en nuestra patria hasta que adquirió el vigor viril del cuerpo y del espíritu. Después de recibir el título de caballero, se destacó por grandes proezas contra los enemigos, adquiriendo un glorioso renombre entre los poderosos. Durante muchos años, los grandes de nuestro país desearon tenerlo por príncipe, si tal vez esto hubiera podido ocurrir. El conde Balduino, joven de gran valor,<sup>1</sup> a su muerte le legó sus tierras a su sobrino Carlos y lo confió a la fidelidad de sus grandes. El piadoso conde asumió como su principal y prudente propósito la restauración de la paz y la reforma de las leyes y derechos del país, de suerte que, paulatinamente, se estableció un estado de paz. En el cuarto año de su gobierno, hubo un florecimiento general y todo tomó un aspecto sonriente y se pudo disfrutar de justicia, paz, seguridad y bienestar. Finalmente, viendo que todos gozaban del bien de la paz, dispuso que dentro de los límites de su territorio, ya que se gozaba de tranquilidad y seguridad, se viviera en común sin el uso de armas, tanto en las plazas públicas, como en el interior de los castillos, con calma y seguridad; en caso contrario los que allí portasen armas serían castigados con las mismas. En cumplimiento de esta orden, los arcos, las flechas y otras armas, se depositaron en lugares pacíficos y alejados de las poblaciones, tanto abiertas como cercadas. En razón de esta paz los hombres se regían por las leyes y la justicia, preparando para las reuniones públicas sus argumentos con estudio e ingenio, de modo que cualquiera, si era atacado, se defendía con la fuerza y la elocuencia de la retórica, y si necesitaba atacar a un enemigo lo hacía con la colorida variedad de su oratoria. Entonces tenía la oratoria ocasión de ejercerse, tanto la natural como la adquirida; pues había muchos hombres sin letras, a quienes la naturaleza misma les había dado las reglas razonables de conjeturar y argumentar; a ellos no podían rebatirlos muchos que eran doctos en la disciplina y el arte de

---

<sup>1</sup> El conde Balduino V, de Lille, contrajo enlace con una hermana del rey de Francia, Enrique I, y fue tutor de su sobrino Felipe I, padre de Luis el Gordo. Su hija Matilde de Flandes fue esposa de Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, conquistador de Inglaterra. Balduino de Lille tuvo dos hijos: el mayor, Balduino VI, lo sucedió. Se casó con Richilde, condesa de Hainaut. El segundo, Roberto, el Frisón, se casó con la condesa Gertrudis y devino conde de Frise, Zelande y Holanda. Balduino VI, siendo ya mayor, heredó el condado de Flandes (1067) y al morir dejó dos hijos menores, Arnoldo y Balduino. Su hermano Roberto hizo asesinar a su sobrino Arnoldo y se hizo otorgar el título de conde de Flandes. El hermano menor de Arnoldo, Balduino, conservó el condado de Hainaut. Roberto el Frisón tuvo tres hijas y dos hijos. La mayor de las hijas fue abadesa; la segunda, Adela, se casó con Canuto III de Dinamarca y fue la madre de Carlos el Bueno; la tercera se casó con el duque de Alsacia y fue madre de Teodorico, segundo sucesor de Carlos el Bueno; el hijo mayor, Roberto II, sucedió a su padre y participó en la primera cruzada; el segundo, Felipe, vizconde de Ypres, tuvo un hijo natural, Guillermo, cómplice del asesinato de Carlos el Bueno. Roberto II fue sucedido por su hijo Balduino VII. Este, al morir, designó como sucesor a su primo hermano Carlos de Dinamarca.

la retórica, pero cuando se encontraban en las reuniones quienes eran menos hábiles para enfrentar ciertas falacias, pero eran fieles ovejas de Cristo, Dios, que todo lo ve desde lo alto, no desdeñaba derrotar a esos falaces, y hacerles sentir su castigo a quienes había dotado con el don de la elocuencia, porque lo usaban para su propia perdición.

2. Y el Señor envió el flagelo del hambre y luego el de la muerte sobre todos los habitantes de nuestra tierra, pero primero se dignó llamar a la penitencia a los que preveía inclinados al mal. En el año de la encarnación del Señor mil ciento veinticuatro, en el mes de agosto, se mostró para todos los habitantes del territorio, a la hora nona del día, un eclipse [efectivamente se registró un eclipse el 11 de agosto de 1124] en el disco del sol, con un defecto en su luz, de modo que esta faltó de una manera poco natural; la parte oriental del sol apareció velada y poco a poco se extendió sobre el resto una extraña niebla que no llegó a oscurecer todo el sol sino solo una parte. Sin embargo, esta especie de nube cubrió el disco solar, moviéndose de este a oeste, pero solo dentro del círculo del sol; en vista de esto, los que eran observantes de la paz y notaban las injurias en las asambleas, advirtieron a todos sobre el peligro de una hambruna y una cercana mortandad. Como los hombres no aceptaron estas advertencias, ni amos ni siervos, sobrevino una repentina hambruna y, a continuación, el flagelo de la mortandad. Como dice el salmo: “Provocó el hambre sobre la tierra y agotó toda provisión de pan” (Salmo CIV, 16). En esos momentos nadie podía sustentarse de la manera ordinaria, con el alimento y la bebida, sino que, en contra de lo acostumbrado, el que tenía comida ingería tanta cantidad de pan de una sola vez cuanto lo hacía en varios días antes de la hambruna, de modo que por este exceso todos los conductos naturales se agrandaban por la cantidad de comida y bebida y de este modo se producía una languidez de la naturaleza. Por indigestión o por hambre se enfermaba la gente y sufría hasta entregar el último suspiro. Muchos se hincharon con la comida y la bebida entre aquellos que la tenían en abundancia. Durante la hambruna, en mitad de la Cuaresma, también gente de nuestro país, que vivía en cercanías de Gante y de los ríos Lys y Escalda, tuvieron que comer carne por falta total de pan. Algunos intentaron moverse hacia ciudades o castillos para conseguir pan, pero murieron en el trayecto por inanición. Hubo pobres que murieron mendigando alrededor de las granjas y los palacios de los ricos y junto a los muros de los castillos adonde habían acudido miserablemente a pedir limosna. Resulta increíble, pero muchos en nuestro país habían perdido su color natural y todos mostraban una palidez semejante a la de la misma muerte. Los sanos y los enfermos languidecían por igual porque el que conservaba un cuerpo saludable, se enfermaba a la vista de la miseria del moribundo.

3. Pero ni siquiera estas calamidades sirvieron para corregir a los impíos. Que en ese mismo tiempo, según cuentan, urdieron la muerte del piadosísimo conde Carlos. Pero el ilustre conde se esforzaba de todas formas para dar sustento a los pobres, entregando limosnas en los castillos y lugares que le pertenecían, por sí mismo y por medio de sus servidores. Por ese mismo tiempo alimentaba a un centenar de pobres en Brujas, dándole a cada uno un pan realmente grande, desde antes de la mencionada Cuaresma hasta las nuevas cosechas de ese mismo año. Una disposición similar se llevaba a cabo en sus otros castillos. En ese mismo año había ordenado el señor conde que todo el que sembrare dos medidas de tierra en tiempo de simiente, sembrara una medida más con habas y guisantes, porque este género de legumbres produce frutos más tempranos, y así se podría atender más rápidamente a las necesidades de los pobres, si la calamidad del hambre no cesaba en ese año. Había igualmente impartido la misma orden en todo su condado, atendiendo a las necesidades de los pobres en el futuro en cuanto era posible. Reprendió también severamente a la gente de Gante que dejó morir de hambre a pobres a la puerta de sus casas, a los que podían haber alimentado [alusión a los acaparadores de granos]. Prohibió además la fabricación de cerveza, para que hubiese más abundancia para los pobres, cesando los ciudadanos y habitantes del país en la fabricación de cerveza durante la hambruna. Y ordenó que se hicieran panes de avena para que al menos con pan y agua pudieran sobrevivir los pobres. Y dispuso que un cuarto de vino se vendiese por seis monedas y no más, de modo que cesaran los negocios con el vino y se cambiase esa mercadería, atendiendo a las circunstancias de la hambruna, por otras menos abundantes y más necesarias para los pobres. Todos los días de su propia mesa alimentaba a ciento trece pobres y aún más. Desde el principio de aquella Cuaresma y devoto ayuno, en la que fue entregado y durmió en el Señor, le daba a cada pobre ropa nueva, a saber, una camisa, una túnica, pieles de abrigo, una capa, botas, sandalias y zapatos. Esto hasta el día en que descansó en Cristo. Cumplida esta misericordiosa entrega a los pobres, se dirigía a la iglesia, donde se postraba en oración ante Dios recitando salmos y, después de oír misa, postrado ante el Señor, distribuía el dinero a los pobres.

4. Mientras Carlos gobernaba su condado de Flandes con el decoro de la paz y la gloria, falleció Enrique, emperador de los romanos, sin tener un heredero y dejando desolado el reino. Por lo tanto, los más sabios, así del clero como del pueblo, en el Imperio romano germánico, se desvivían en toda forma pensando a quién encomendarle el gobierno del reino que fuese un varón noble por alcurnia y en sus costumbres. Habiendo considerado cuidadosamente los príncipes de otros países y reinos, los más sabios y

poderosos del reino decidieron enviar legados idóneos, a saber, el canciller del arzobispado de la ciudad de Colonia, Federico[arzobispo de Colonia] y con él, el conde Godofredo [conde de Namur], para transmitirle al piadoso Carlos, conde de Flandes, de parte de todo el clero y de todo el pueblo del Imperio germánico la solicitud, en vista de su poder y su piedad, de que asumiera, por pura caridad, el honor y la regia dignidad del Imperio con todas sus facultades. En efecto, todos los más dignos, tanto del clero como del pueblo, tenían el justo deseo de poder elegirlo y que, por la gracia de Dios, se dignase llegarse hasta ellos para ser coronado por unanimidad al frente del imperio y ser así constituido como emperador de conformidad con la ley de los precedentes emperadores católicos. El conde Carlos recibió la legación y escuchó su petición. Solicitó consejo sobre la decisión a tomar, de parte de los nobles y pares de su país. Pero estos, que sentían por él un justo amor y una virtuosa predilección y lo veneraban como a un padre, comenzaron a mostrar su dolor y lamentar su partida, previendo una grave ruina de la patria si la abandonaba. Por el contrario, aquellos abominables traidores, que tramaban cobrarse su vida, le recomendaron que aceptara los honores del reino entre los germanos, haciéndole ver cuánta gloria y nombradía le acarrearía el ser rey de los romanos. Se esforzaban esos miserables para deshacerse astutamente de aquel, a quien no pudiendo remover, decidieron traicionar ya que contra ellos defendía las leyes de Dios y de los hombres.

Permaneció entonces Carlos en su condado ante el ruego de sus amados súbditos, haciendo observar por todos la paz y el bien de la patria, y manteniéndose católico, bueno, religioso, respetuoso del honor de Dios y prudente gobernante de los hombres. No tenía enemigos en torno a su territorio, ni en las fronteras ni en el interior del mismo, contra los que tener que actuar para distinguirse con hazañas militares; pues estos lo temían o tenían con él pactos de paz y amistad; antes bien, mantenían con él un intercambio de dones y presentes; con todo, por el honor de su país y la ejercitación de sus caballeros, sostuvo algunos combates contra condes de Normandía y de Francia, y a veces yendo fuera de Francia, tuvo acciones al frente de doscientos caballeros; exaltó así su reputación y la potencia y la gloria de su condado. Y lo que pudo tener de culpa con esta liviandad, lo enmendó ante Dios con numerosas limosnas.

5. Sucedió también en esa época que el rey de Jerusalén [Balduino II] cayó cautivo en manos de los sarracenos, y quedó la ciudad de Jerusalén abandonada y sin su rey. Según se nos ha transmitido, los caballeros cristianos, que militaban en el ejército cristiano, odiaban a ese rey cautivo, por considerarlo avaro y mezquino y que no gobernaba bien al pueblo de Dios. Reunieron un consejo y tomaron la decisión común de enviarle una carta al conde

Carlos para rogarle que se trasladase a Jerusalén para asumir el reino de Judea y recibir la corona y la dignidad regia del imperio católico en el lugar de la ciudad santa. No quiso, sin embargo, recibido el consejo de sus fieles, abandonar su patria de Flandes, que durante su vida el conde gobernó bien, y lo hubiera hecho todavía, a no ser porque aquellos abominables traidores, llenos del demonio, asesinaron a su señor y padre, tan pleno del espíritu de piedad, sabiduría y fortaleza. ¡Oh dolor! Que se le haya arrebatado a la Iglesia de Dios un hombre tan grande, a quien el clero y el pueblo del Imperio de Oriente y de la santa ciudad de Jerusalén, juntamente con el pueblo cristiano, habían deseado y pedido constituirlo como su rey.

## CAPÍTULO II. Ocasión del odio que se suscitó contra el bienaventurado Carlos

6. Ciertamente me faltan las fuerzas de la mente, la memoria, el coraje y el talento para alabar al buen conde Carlos, pues todos vosotros, príncipes, no alcanzáis sus méritos, ya que sois inferiores a él en sabiduría, prudencia y costumbres. Porque el conde Carlos, al fin de su vida, era tal a los ojos de los fieles hijos de la Iglesia, que superaba en méritos a otros jefes de estado y a muchos filósofos de la fe cristiana; y aunque en otro tiempo de su vida pudo haber sido pecador y culpable, al fin de su vida, como fruto de una satisfactoria penitencia, todo se convirtió en bien y culminó en la salvación perpetua de su alma. Por eso alguien dijo: “Nadie debe ser considerado feliz antes de su muerte y sus exequias” (Ovidio, *Metamorfosis*, III. 136.); y el Apóstol: “Sabemos que todo coopera para el bien de los que aman a Dios, es decir, los que conforme a su propósito, son llamados santos” (Rom. VIII, 28). En un lugar sagrado, en medio de santas plegarias y una santa devoción de corazón, en el sacrosanto tiempo de la Cuaresma y en el sagrado momento de la entrega de las limosnas, delante del santo altar y en medio de las sagradas reliquias de San Donaciano, arzobispo de Reims, de san Basilio Máximo, que había resucitado tres muertos, estos perros inmundos, llenos del demonio, siendo sus servidores, asesinaron a su señor. No hay nadie tan necio, tan ignorante, tan estúpido, que no les adjudique a estos traidores los más graves e inauditos castigos, que con una inaudita traición, siendo sus servidores, dieron muerte a aquel a quien debían proteger. Es increíble y particularmente memorable, después de haber conocido muchos emperadores, reyes, duques y condes, que no hayamos visto o sabido todavía acerca de alguien que como él haya sido señor y padre, protector de las iglesias de Dios. Sabía, en efecto, ser un caballero, un padre, protector, piadoso, amable, humano, atento al honor y al decoro de la Iglesia de Dios; todo lo cual es ciertamente probable dado que después de la muerte de un hombre tan grande, todos, amigos y enemigos, extranjeros y vecinos, nobles y gente del pueblo y habitantes de todos los lugares a donde había llegado su ilustre fama, atestiguaron sus méritos; es así que debemos creer, ante Dios y los hombres, que murió como un verdadero cristiano por hacer cumplir la justicia de Dios en favor de aquellos a quienes gobernaba. Hombres con los que vivía en paz fueron quienes lo traicionaron, como dice el salmo: “He aquí que el hombre con quien yo vivía en paz y que comía mis panes, hizo estallar contra mí su traición” (Salmo XL, 10).

7. Cuando la clemencia de Dios hizo desaparecer los flagelos y cesaron las calamidades de la época, se dignó devolver a las tierras su fertilidad, de modo que los graneros estuvieron repletos de frutos y en el territorio hubo abundancia de vino y otras vituallas y, por disposición divina, con ese clima favorable, toda la tierra volvió a florecer.

Queriendo el piadoso conde restaurar el orden en su señorío decidió determinar cuidadosamente quiénes fuesen los propietarios de cada dominio y quiénes fuesen los siervos y quiénes los hombres libres. El conde asistía a menudo a las asambleas donde se trataban esos asuntos, escuchando los debates acerca de los hombres libres y la condición de los siervos, a fin de que en las grandes discusiones y en las causas de interés general, no fuesen los hombres libres quienes se pronunciasen sobre la condición de los siervos. A todos los que el conde podía determinar como pertenecientes a su dominio, se esforzaba por reclamarlos para sí. Un cierto Bertulfo [hijo de Erembaldo, escudero de Brujas], preboste del cabildo de la iglesia de Brujas, y su hermano, Desiderio Hacket, escudero también en Brujas, con sus sobrinos, Bouchardo, Roberto, Alberto y otros miembros importantes de la familia, se esforzaban con gran astucia e ingenio para liberarse y eludir su servidumbre y pertenencia al conde, pues ellos realmente pertenecían a la propiedad del conde y eran de condición servil. Habiendo sido asesorado, el preboste entregó en matrimonio a caballeros libres unas sobrinas a las que había educado en su casa, para que a raíz de este matrimonio él y los suyos pudiesen de algún modo acceder a la condición de hombres libres. Pero sucedió que uno de los caballeros que había contraído matrimonio con una de las sobrinas del preboste, retó a un combate singular en presencia del conde a otro caballero de condición libre. El caballero retado [Roberto de Kerseka] respondió con una negativa injuriosa, diciendo que él no era de condición servil sino que gozaba de la dignidad de hombre libre en virtud de su nacimiento y por lo tanto no iría a un combate singular con quien no era su igual. Pues según la ley establecida por el conde cualquier hombre libre que tomase por esposa a una sierva, después de un año de matrimonio, ya no era libre, sino de la misma condición que su esposa. Se sintió dolido el caballero por haber perdido su libertad por causa de su esposa, ya que había creído que tomándola sería aún más libre. El preboste y su familia quedaron muy afligidos y procuraban por todos los medios sustraerse de la servidumbre del conde. Este, por lo tanto, habiéndose asegurado por el testimonio de los ancianos del país, que sin duda eran de su dominio, trató de que estuviesen sometidos a su servidumbre. Sin embargo ni el preboste ni los suyos habían sido nunca hasta entonces reclamados por los predecesores del conde en cuanto a su condición servil y esa cuestión había sido casi olvidada y descuidada por todos por largo tiempo, a no ser porque el recuerdo resurgió debido al mencionado reto a combate.

8. El preboste, con todo su séquito de sobrinos, era el más poderoso después del conde y el más ilustre por su reputación y devoción y afirmaba haber sido libre, lo mismo que toda su familia, ascendientes y descendientes, y sostenía esto con terquedad y



arrogancia. Trataba, con argumentos y demostración de poder, de sustraerse tanto él como los suyos de la servidumbre y propiedad del conde y frecuentemente improperaba al conde de esta manera: “Si yo hubiese querido, este Carlos de Dacia nunca hubiese alcanzado la dignidad de conde. Y habiendo alcanzado el condado gracias a mí, no recuerda el bien que le hice y, por el contrario, trabaja contra mí y toda mi familia para reducirnos a servidumbre, interrogando a los ancianos respecto a si somos siervos; pero interroga cuanto quiera, nosotros somos y seremos siempre libres y no hay ningún hombre sobre la tierra que pueda hacernos siervos”. En vano hablaba tan jactanciosamente, pues el inteligente conde ya había detectado la desobediencia del preboste y los suyos y estaba en conocimiento de su engaño y su traición. Al caer en la cuenta el preboste y los suyos de que el conflicto no podía tener otro resultado que el de perder la libertad usurpada, prefirió él, con todo su séquito de sobrinos, perecer antes que estar sometido a la servidumbre del conde. Con un diseño atroz y una conspiración abominable comenzaron a urdir la muerte del piadosísimo conde y elegir finalmente el lugar y la ocasión de llevar a cabo el crimen.

9. El preboste estaba satisfecho de que las querellas nacidas entre sus sobrinos y Tancmaro, a quien el conde justamente favorecía, le brindaba la ocasión de traicionar al conde; porque él había logrado reunir a todos los caballeros de nuestro territorio, con dinero, con influencia o con intrigas, en auxilio de sus sobrinos contra Tancmaro. Lo rodeó y lo sitió en el lugar donde se había atrincherado y, finalmente, reunida la tropa, atacó vigorosamente a los sitiados, derribando las barricadas y las puertas y destruyendo las fortificaciones y las cercas de los enemigos. Él personalmente estuvo ausente del lugar del combate y como si no hubiera participado. Todo lo había efectuado con sus consejos y artificios. Al exterior demostraba una gran benevolencia y le manifestaba a los enemigos que estaba dolido de que sus sobrinos provocaran tantos problemas y cometieran tantos homicidios, siendo él quien los impulsaba a esas maldades. En el día de la mencionada acción hubo muchos muertos y heridos de ambas partes. Notificado el preboste de este combate, se dirigió personalmente a los carpinteros que trabajaban en el claustro de los religiosos y les ordenó llevar a ese lugar sus herramientas, es decir, sus hachas, para derribar los muros, las fortificaciones y las casas de sus enemigos. Envío a recorrer cada casa de los alrededores de la ciudad para recoger hachas que fueron prontamente llevadas. Por la noche regresaron sus sobrinos con quinientos caballeros y hombres armados y numerosos hombres de a pie y él los condujo al claustro y al refectorio de los monjes y a todos les dio de comer diversas clases de alimentos y bebidas y se sintió alegre y glorioso. Habiendo derrotado continuamente a los enemigos y habiendo hecho en eso grandes gastos, para

conseguir que ayudaran a sus sobrinos, comenzaron primeramente los hombres armados y luego los caballeros a depredar a los campesinos, hasta el punto de apoderarse de los rebaños y el ganado de los campesinos y devorarlos. Todo lo que poseían los campesinos lo robaban violentamente los sobrinos del preboste y lo tomaban para su uso. Jamás, desde los orígenes del condado, había un conde permitido que se perpetrasen rapiñas en el territorio, ya que eso hubiera dado lugar a grandes combates y mortandad.

**10.** Cuando se enteraron los campesinos que el conde había llegado a Ypres, se llegaron secretamente a él en número de doscientos y se echaron a sus pies pidiéndole su acostumbrado auxilio paternal, ordenando la restitución de sus bienes, o sea, los rebaños y el ganado, sus ropas y su dinero, así como el mobiliario de sus casas, todo lo cual había sido robado por los sobrinos del preboste y aquellos que durante el sitio habían luchado con ellos día y noche. Habiendo escuchado todas esas denuncias el conde se llenó de tristeza y convocó a sus consejeros y a otros muchos, que eran de la familia del preboste, requiriendo de ellos qué castigo y qué rigor de justicia merecía este crimen. Ellos le aconsejaron que sin dilación alguna se destruyese con un incendio la casa de Bouchardo dado que había efectuado robos a los campesinos del conde y tanto más insistentemente le aconsejaron destruir la mencionada vivienda porque si continuaba en pie, Bouchardo continuaría con robos y homicidios, devastando totalmente ese vecindario. Tras este consejo marchó el conde a incendiar la vivienda y esa mansión quedó completamente destruida. A raíz de esto Bouchardo y el preboste así como sus cómplices quedaron sumamente preocupados. Tanto más que en este acto el conde parecía haber dado su consentimiento y su auxilio a los enemigos de ellos y también diariamente el conde les recordaba su condición servil y se esforzaba en todas formas para reducirlos a servidumbre.

Una vez quemada la casa el conde volvió a Brujas. Ya establecido en su casa acudieron a él sus amigos y le recomendaron estar en guardia porque los sobrinos del preboste lo traicionarían pues ya tenían el pretexto adecuado debido al incendio de la casa, aunque, si esto no hubiese ocurrido, igualmente lo hubieran traicionado. Después de la cena llegaron hasta el conde ciertos intercesores de parte del preboste y sus sobrinos, para rogarle que depusiese su indignación para con ellos y apiadándose de ellos les concediera su amistad. El conde les respondió que actuaría según la justicia y la misericordia si ellos se avenían en adelante a dejar los problemas y las rapiñas y les prometió devolverle una casa mejor a Bouchardo. Juró, sin embargo, que en el lugar donde había sido quemada la casa, mientras él fuese conde, Bouchardo no tendría ninguna otra posesión, puesto que hasta entonces, en las cercanías de Tancmaro nunca había realizado otra cosa a no ser disputas y

sediciones contra enemigos y ciudadanos con rapiñas y muertes. Los intercesores, que eran partícipes de la traición, no le insistieron más al conde acerca de la reconciliación, y cuando los servidores fueron a buscar las viandas le pidieron que ordenase traer los mejores vinos. Al momento de beber, según la costumbre de los bebedores, le pidieron que por una vez bebiese abundantemente a la salud de ellos, y después de haber bebido por última vez a la salud de todos los presentes con licencia del conde se retirarían a descansar.

### **CAPÍTULO III. Conspiración nocturna para la muerte del bienaventurado Carlos. Ponderación de este enorme crimen**

11. Por lo tanto, Isaac [camarero de Carlos], Bouchardo, Guillermo de Wervik, Enguerrand [sobrino de Teodorico] y sus cómplices, con el asentimiento del preboste, se apresuraron a realizar lo que iban a hacer no por orden divina sino por su libre voluntad; pues inmediatamente los mediadores e intercesores entre el conde y los sobrinos del preboste, después de la quema de la casa de este, anunciaron la respuesta del conde, a saber, que no habían podido obtener ninguna gracia ni para los sobrinos ni para sus cómplices, sino que se cumpliría con ellos lo que decidiese con estricta justicia el gobierno del país. Entonces el preboste y sus sobrinos se reunieron en una sala, haciendo entrar a quienes quisieron, mientras el mismo preboste custodiaba la puerta y todos se dieron las manos entre sí decidiendo traicionar al conde. A esta reunión habían convocado a Roberto el Joven, pidiéndole que diese su mano derecha, comprometiéndose a hacer lo mismo que los otros iban a hacer, por lo cual se daban las manos entre sí. Pero el joven noble, presintió interiormente que se trataba de algo serio aquello a que lo convocaban y se resistió a entrar en esa conjuración sin saber qué era lo que pretendían hacer y como aún lo presionaban trató de escurrirse y correr hacia la puerta. Pero Isaac, Guillermo y los demás le avisaron al preboste que era el custodio de la puerta, para que no permitiese la salida de Roberto, sino que por su orden se lo obligase a hacer lo que se le pedía. Seducido por las caricias y las amenazas del preboste, regresó y les dio la mano según se le indicaba, sin conocer qué era lo que se iba a hacer y ya confirmado el pacto con los traidores, preguntó qué era lo que debía hacer. Y ellos le contestaron: Este conde Carlos se esfuerza por todos los medios para destruirnos, convirtiéndonos apresuradamente en sus siervos y ya nos hemos conjurado para traicionarlo y tú debes participar en esta traición con nosotros tanto con tus pensamientos como con tus acciones. Entonces el joven, derramando lágrimas, exclamó: ¡Lejos de nosotros traicionar a nuestro señor y conde de nuestra patria! Más aún, si no desistís, yo mismo iré a denunciar abiertamente vuestra traición al conde y a todo el mundo y no daré, con la ayuda de Dios, ni consejo ni ayuda para este pacto. Cuando intentó huir de ellos lo detuvieron violentamente, diciéndole: Escucha, amigo, nosotros te informamos sobre esta traición como si la fuésemos a ejecutar en serio, para ponerte a prueba a ver si en algún otro hecho grave quisieras unirme a nosotros. Tenemos otro proyecto, que por ahora te lo hemos ocultado, para el cual te has comprometido con la fe del juramento y en el futuro te lo revelaremos. Y echándose a reír, disimularon la traición. Saliendo de la sala cada uno se dirigió a su lugar.

Isaac llegó finalmente a su casa fingiendo ir a dormir (pues aguardaba el silencio de la noche) y luego montó a caballo y se dirigió a la ciudad para ir después a la mansión de Bouchardo. Lo llamó a él y a los demás que quiso y se dirigieron separadamente a otra vivienda, la del caballero Gualterio. Habiendo entrado en la casa apagaron el fuego del hogar, no fuese que con el fuego encendido los pudiesen reconocer los que estuvieran despiertos en la casa, y qué cosa desacostumbrada estuviesen haciendo a esas horas de la noche. Tranquilos, por lo tanto en las tinieblas, urdían la traición para la mañana, eligiendo de la familia de Bouchardo a los más valientes y audaces para un crimen tal, con la promesa de muchas riquezas. Les ofrecieron a los caballeros que mataran al conde cuatro marcos y a los siervos dos marcos. Esto se confirmó con un perverso juramento. Regresó Isaac a su casa cerca del amanecer después de haber animado a los otros con sus exhortaciones y haberlos dejado dispuestos para un crimen tan grande.

**12.** El amanecer fue oscuro y con mucha neblina de modo que no podía distinguirse nada a una distancia de un tiro de lanza. Bouchardo envió secretamente algunos siervos al patio del conde para espiar el momento de su salida hacia la iglesia. Se había levantado el conde muy temprano y había distribuido pan a los pobres en su propia casa, según su costumbre, y luego se dirigió a la iglesia. Como reportaron sus capellanes, durante la noche, habiéndose acostado para dormir, estuvo agitado por cierta inquietud, con la mente confusa y turbada, tenso por la consideración de muchos pensamientos, recostándose ya sobre un lado ya sobre el otro, creyéndose enfermo. Cuando se puso en camino hacia la iglesia de San Donaciano, los siervos que estaban espiando su salida, corrieron a anunciarles a los traidores que el conde con unos pocos había ya llegado a la tribuna de la iglesia. Entonces el furibundo Bouchardo y sus caballeros y siervos, con las espadas desnudas bajo sus mantos, siguieron tras el conde en la misma tribuna, divididos en dos alas de modo que ninguno de los que deseaban matar pudiese huir; en ese momento vieron al conde postrado según su costumbre ante el altar sobre un sencillo escabel entonando devotamente a Dios sus salmos y oraciones a la vez que distribuyendo dinero a los pobres.

Debe saberse cuán noble varón y cuán egregio conde era el que traicionaron esos impíos e inhumanos siervos. Sus progenitores fueron de entre los mejores y más poderosos que hayan florecido desde el comienzo de la santa Iglesia, sea en Francia, en Flandes, en Dacia, sea incluso en todo el Imperio romano. A partir de esta prosapia el piadoso conde fue educado en nuestro tiempo desde niño hasta ser un joven perfecto, no habiéndose apartado nunca de las nobles costumbres paternas y de la honestidad natural de la vida.

Habiendo realizado muchas e insignes hazañas antes de asumir el condado, emprendió el camino de la santa peregrinación a Jerusalén, navegando por mares profundos y después de muchos peligros y heridas afrontados por el amor de Cristo, llegó a Jerusalén cumpliendo con alegría su ardiente voto. Allí luchó también valientemente contra los enemigos de la fe cristiana y tras adorar con veneración el sepulcro del Señor, regresó a la patria. En las calamidades lamentables y extremas que soportó durante la peregrinación, este piadoso siervo del Señor, como lo recordaba a menudo ya estando en el condado, constató las grandes necesidades que sufrían los pobres, así como la exaltación soberbia de los ricos, y, finalmente, la gran miseria que asolaba a todo el mundo. Es por eso que solía ser condescendiente con los pobres y sentirse fuerte en las adversidades y no enorgullecerse en la prosperidad, según enseña el salmista: “Tú eres el rey poderoso que ama la justicia” (Salmo XCVIII). Gobernaba su condado con el criterio de los príncipes y varones prudentes. Al tenerse noticia del martirio de tan glorioso príncipe, todos los habitantes de esas tierras, conmovidos por la infamia de la traición, sintieron un profundo dolor y, lo que es muy notable, habiendo sido asesinado el conde en la ciudad de Brujas, en la mañana de un miércoles, la noticia de su impía muerte apenas dos días después, al amanecer, sacudió a los habitantes de la ciudad de Londres, en Inglaterra y en la tarde de ese mismo día conturbó a los habitantes de Laón que es una ciudad de Francia lejana de nosotros. Esto lo supimos por medio de nuestros estudiantes que hacían sus estudios en Laón y por nuestros comerciantes que estaban ese día en Londres. Nadie hubiera podido recorrer tan velozmente esas distancias de tiempo y lugar, ni a caballo ni en barco.

**13.** Para que esta traición pudiera llevarse a cabo, había sido voluntad de Dios, que de la sangre del preboste Bertulfo solo hubiesen sobrevivido los audaces y presuntuosos, habiendo fallecido los demás, que mientras vivían habían sido poderosos en su patria, personas serias y ricas; pero el mencionado preboste se comportaba con gran severidad en el clero y con no poca soberbia. Tenía por costumbre, cuando llegaba a su presencia alguien que le era bien conocido, fingir por orgullo ignorar su nombre, y con disgusto les preguntaba a los que estaban a su alrededor, si conocían a esa persona, y, si le parecía bien, la saludaba. Si le vendía a alguien una pequeña prebenda canónica, sin haberse realizado la elección según los cánones, le daba la investidura por la fuerza. Pues ninguno de sus canónigos se atrevía, ni tácita ni abiertamente a presentar una objeción. En el mencionado claustro de la iglesia de San Donaciano los canónigos en otros tiempos había solido ser muy religiosos e instruidos en las letras y, al principio del gobierno de este tan arrogante preboste, hubo quienes trataron de contener su soberbia y mantenerlo dentro de la práctica

de la doctrina católica para que en la iglesia no ocurriera nada deshonesto. Pero después que estos se durmieron en el Señor, librado a sí mismo, el preboste obraba según su parecer y el ímpetu de su arrogancia. Siendo jefe de familia educó a sus sobrinos a su manera y finalmente los destinó a la milicia y a cargo de puestos de importancia en el país y se esforzó para difundir su fama. Los empujó a tener querellas y sediciones y les señalaba los enemigos a los que atacar, de modo que se extendiese su nombradía, a saber, su poder y fuerza, así como la de sus sobrinos, a los que nadie en el condado pudiese vencer o ni siquiera resistir. En fin, siendo reclamado por el conde por su condición servil, y esforzándose el conde por demostrar que el preboste y su descendencia eran siervos, como ya se dijo, buscaba por todos los medios algún recurso para escapar de la servidumbre y conservar por la fuerza una libertad usurpada. No pudiendo en su obstinación lograrlo de otra manera, consumó con nefando resultado la traición que había urdido entre los suyos y entre los pares del condado, resultado que fue funesto para todos ellos.

14. Pero Dios misericordioso se dignó acordarse de los suyos por medio de algunos signos espantosos, pues en nuestras cercanías aparecieron en las fosas aguas con sangre en señal de un asesinato próximo. Y este hubiera podido evitarse si los que tenían el corazón endurecido no hubieran consumado la traición al conde. Conversaban a menudo entre ellos pensando en quién lo vengaría si mataban al conde. ¿Quién? Esa palabra indeterminada podía indicar un número infinito que no podía determinarse con certeza. A veces pensaban en que el rey de Francia vendría con un gran ejército o lo harían los grandes de nuestro país con gran cantidad de gente, para vengar la muerte del piadosísimo conde. Pero las tristes consecuencias de este golpe fatal no han llegado aún a su fin y esta muerte no deja de pedir venganza sobre todos los sospechosos y reos, prófugos y exiliados. Y nosotros, los habitantes del país de Flandes, que lloramos la muerte de este gran conde y gobernante, recordando su memoria, pedimos, advertimos y rogamos, que después de oír esta verdadera y cierta descripción de su vida y de su muerte, una vez enterados, pidáis para su alma la gloria de la vida eterna y la perenne felicidad en compañía de los santos. En este relato de su muerte el lector encontrará los detalles de los días y de los hechos que ocurrieron en esos días, hasta la venganza que se menciona al fin del opúsculo, que solo Dios ejerció sobre los príncipes del país que exterminó de este siglo con la muerte, con cuyo consejo y ayuda se planificó la traición que fue luego llevada a cabo.

#### **CAPÍTULO IV. Asesinato de Carlos y otros cuatro. Fuga o apresamiento de algunos**

15. En el año mil ciento veintisiete, el día 2 de marzo, habiendo transcurrido dos días de la segunda semana de Cuaresma, al día siguiente, miércoles, coincidiendo con el día quinto de la sexta epacta, al amanecer, estando el conde de Brujas en la iglesia de San Donaciano, que había sido arzobispo de Reims, de rodillas y en oración para oír la misa de la mañana, fijos los ojos en la lectura de los salmos, con su mano derecha extendida para la entrega de las limosnas, mientras su capellán, que cumplía este oficio le acercaba el dinero que durante la oración él distribuía a los pobres. Ya había terminado la recitación de la hora prima y el responso de la hora tercia, cuando se pronunció el padrenuestro y el conde según lo acostumbrado oraba leyendo; en ese momento, después de tantas conspiraciones y pactos juramentados entre sí, los que ya eran homicidas y abominables traidores en su corazón, al conde, que oraba devotamente mientras distribuía limosnas, postrado suplicante ante la majestad divina, lo dejaron muerto, atravesado más de una vez con sus espadas; de este modo Dios le donó la palma del martirio, lavado de sus pecados con los ríos de su sangre y ya terminado el curso de su vida en medio de sus buenas obras. En el momento extremo de la vida y ya ante la muerte, elevó dignamente hacia el cielo, en cuanto pudo, su rostro y sus nobles manos en medio de los golpes de las espadas y así entregó su espíritu al Señor en cuanto pudo y se ofreció a Dios como el sacrificio matutino.

Yacía allí el cuerpo ensangrentado de tan grande varón y príncipe, solo, sin la veneración de los suyos y la debida reverencia de los siervos. Todos los que supieron la noticia de su muerte, cumplieron con sus lágrimas el rito funerario y encomendaron con su llanto a Dios a ese gran príncipe que acababa de sufrir el martirio.

16. Mataron también al señor de Bourgbourg [Thémard, castellano de Bourbourg, cerca de Dunkerque] que primero fue gravemente herido y luego lo arrastraron vilmente y fuera de las puertas de la iglesia lo cortaron en pedazos. Este señor hizo la confesión de sus pecados a los presbíteros de la iglesia y comulgó el cuerpo y la sangre de Cristo según la costumbre cristiana. Inmediatamente después del asesinato del conde, sus matadores, dejando en la tribuna su cadáver y al otro señor en punto de muerte, arremetieron contra los enemigos de la corte del conde que estaban presentes, para matarlos a su gusto, errantes en los alrededores del castillo. Persiguieron hasta el castillo del conde a un cierto Enrique, que Bouchardo sospechaba que había sido el autor de la muerte de su hermano Roberto. Se arrodilló a los pies de un señor llamado Hacket [Didier Hacket, castellano de Brujas, hermano de Bertulfo] que había concurrido a esa casa con los suyos para tener un refugio.



Lo recibió Enrique y con él al hermano de Gualterio de Locres [Gualterio de Locre, copero de Carlos] y les salvó la vida de los atacantes.

En ese mismo momento cayeron en manos de los asesinos dos hijos del señor de Bourbourg, que en la tribuna de la iglesia confesaron sus pecados a los sacerdotes; de estos dos hijos eran elogiadas las virtudes militares y sus costumbres. Sus nombres eran Gualterio y Giselberto [Hijos de Thémard] y eran hermanos en la sangre y pares en la milicia, de aspecto elegante y dignos por su nobleza, de modo que eran apreciados por todos los que los conocían. Habiendo oído sobre la muerte del conde y de su padre, trataron de huir; pero los abominables traidores los persiguieron a caballo hasta un lugar llamado Arenes, a la salida de la ciudad [al sur de la ciudad]. A uno de los hermanos, un caballero de nombre Erico [probablemente un caballero danés que había acompañado a Carlos y a su madre después de la muerte de Canuto], que era uno de los que habían traicionado al conde, lo derribó del caballo en que huía y una vez en el suelo lo mató junto con otros perseguidores. Al otro hermano, ya en la puerta de su refugio, hacia donde huía, lo atravesaron con sus espadas desde el lado opuesto. Uno de nuestros ciudadanos, llamado Lamberto Berakin, le cortó la cabeza con su hacha como si se tratara de un trozo de madera. De este modo enviaron a los hermanos asesinados a la santa felicidad que es la vida celestial.

Persiguieron además por una larga legua a Ricardo de Woldmam [Woldmam hoy es Woumen, un poblado al suroeste de Brujas], un poderoso señor de esa ciudad, cuya hija estaba desposada con un sobrino de Tancmaro, contra el cual el preboste y sus sobrinos habían entablado querellas y sediciones, que había llegado hasta la corte del conde con sus caballeros, como muchos de los príncipes que pensaban ese día ir a la corte. Frustrados los traidores en esta persecución, regresaron a la ciudad en la que se habían reunido el clero y el pueblo locales y deambulaban atónitos ante la noticia de lo ocurrido. Los que habían tenido amistad con el conde mientras este vivía, estaban sin duda temerosos y trataban de evitar ser vistos por los traidores. Pero los que estando en la corte dependían de la amistad del conde se dieron rápidamente a la fuga mientras el pueblo se agrupaba tumultuosamente. Gervasio [de Praet] camarero del conde, que fue el primero en ser armado por la diestra de Dios para vengar la muerte de su señor, entre tanto se refugió, huyendo a caballo, entre sus parientes de Flandes. Un cierto Juan, doméstico del conde, que estaba a cargo de la atención de su cámara y a quien el conde amaba entre todos sus siervos, huyó a caballo por la mañana, por caminos secundarios, hasta el mediodía y a esa hora llegó a Ypres, divulgando allí la muerte del conde y de los suyos. En ese tiempo se habían reunido en Ypres comerciantes de todos los países vecinos de Flandes, en la catedral de San Pedro,

donde tenían lugar los mercados y las ferias generales, y allí negociaban con tranquilidad bajo la pacífica protección del piadosísimo conde. Por ese mismo tiempo habían concurrido a esa feria mercaderes del reino de los lombardos y el conde les había comprado una copa de plata por veintiún marcos, fabricada con un arte admirable, y el líquido que contenía desapareció ante los ojos de los espectadores. Cuando en medio de esta feria se difundió la noticia, la gente de los más diversos lugares, recogidas sus cosas, huyeron de día y de noche, llevando la noticia de la infamia y divulgándola en todas partes.

17. Todos los que amaban la paz y el derecho lloraron al conde, e incluso todos los que solo lo conocían por fama. Pero en nuestra ciudad, donde yacía el cuerpo asesinado de nuestro señor y piadosísimo padre Carlos, nadie se atrevía a llorar abiertamente el evento de su muerte; mirando a su señor como si fuese un desconocido y viendo a su padre como un extraño; reprimían sin lágrimas su dolor y sus suspiros; y tanto más gravemente sentían esos dolores interiormente, cuanto no podían aliviarlos con lágrimas y gemidos. Los sobrinos del preboste y Bouchardo, el más malvado de todos los hombres, con sus cómplices, habiendo regresado después de perseguir a los enemigos, él y los suyos buscaban a Gualterio de Locres, a quien odiaban de manera especial, porque había sido del consejo del conde y los había combatido a ellos en toda forma, instigando al conde a reducir a servidumbre a toda la familia del preboste. Ese mismo Gualterio, conmovido por la angustia, se había refugiado entre los órganos de la iglesia en la misma tribuna donde yacía el conde asesinado, y se mantuvo oculto desde el momento del asesinato del conde hasta el regreso de aquellos malvados, es decir, cuando volvieron cerca del mediodía después de haber puesto en fuga a sus enemigos. Irrumpieron en el templo por las puertas, agitando las espadas desnudas y todavía teñidas de sangre, con grandes gritos y fragor de armas, golpeando los cofres de los hermanos y sus coberturas, buscando a Gualterio cuyo nombre gritaban y encontraron en la tribuna al señor de Bourgbourg a quien habían herido de muerte y todavía respiraba. A este lo arrastraron tirando de sus pies hasta las puertas de la iglesia y allí lo ultimaron. Mientras estaba todavía moribundo en la tribuna, le había dado su anillo a la abadesa de Origny [abadesa del monasterio de Origny, diócesis de Laón, hoy Origny-Sainte-Benoîte] para que se lo diera a su esposa y a sus hijos en señal de su muerte y la de todos aquellos, cuya muerte él desconocía.

Entre tanto seguían buscando a Gualterio de Locres dentro y fuera de la iglesia. Uno de los custodios del templo lo había ocultado y le había dado su capa. Habiendo oído el estrépito de las armas desde el lugar de su escondite y que gritaban su nombre y agobiado por temor de la muerte, pensó que en la iglesia estaría más a salvo, saltó desde lo alto de los

sillares de los chantres, tratando de huir de en medio de los enemigos hasta dentro del coro del templo, rogando a Dios y a los santos con fuertes voces de súplica. Lo persiguieron de cerca el miserable Bouchardo e Isaac, siervo y camarero a la vez y hombre del conde Carlos, ambos furiosos en el lugar sagrado, con sus espadas desnudas y horriblemente ensangrentadas. Estaban completamente furibundos y sus rostros se veían feroces; eran de gran estatura, torvos y tales que nadie podría mirarlos sin horrorizarse. Bouchardo lo tomó por los cabellos y haciendo vibrar la espada ya estaba pronto a ejecutarlo, sin querer que nada permitiese diferir esa muerte, ya que tenía en sus manos al tan deseado enemigo. Sin embargo, la intervención de los clérigos difirió su muerte, hasta que de la manera en que lo habían arrastrado hasta allí lo sacasen fuera de la iglesia. Él, cautivo y seguro de su muerte iba recitando: “Oh Dios, tened misericordia de mí”. A lo que le respondían: “Debemos tener contigo la misma misericordia que nos prometiste”, y habiéndolo sacado al lugar público lo arrojaron a sus siervos para que lo matasen. Estos le dieron muerte rápidamente, con espadas palos y clavos, habiéndolo antes abrumado con piedras.

**18.** Volvieron a entrar al santuario para ver si se encontraba oculto alguno de los que habían destinado a la muerte, y así introdujeron a sus servidores para realizar esa búsqueda. En el primer santuario estaban ocultos junto al altar Balduino, capellán y sacerdote y Roberto, clérigo del conde, que angustiados por el terror, permanecían confiados junto al altar. En el segundo santuario estaban ocultos el clérigo Ogerio y el joven notario Frumoldo, el más allegado a Carlos de entre los miembros de la corte y, por lo tanto, el más sospechoso para el preboste y sus sobrinos, y junto con ellos estaba oculto también Arnoldo, camarero del conde. Ogerio y Arnoldo se habían cubierto con una alfombra y Frumoldo se había preparado un refugio bajo vigas y ramas y de este modo esperaban la muerte. Entonces los servidores que habían sido introducidos en el santuario, buscaban y revolvían todos los cortinados, los palios, los libros, las alfombras y las palmas, que los monjes reunían anualmente en el Domingo de Ramos; así encontraron a Ogerio y Arnoldo y habían encontrado también al clérigo Eustaquio, hermano de Gualterio de Locres, sentado junto a Balduino y Roberto, pero ignoraban quién era; al ser interrogados por los servidores, los que habían sido descubiertos les prometieron darles posteriormente dinero si no los descubrían.

Cuando regresaron al coro donde estaban Bouchardo, Isaac y los otros, estos los interrogaron acerca de si habían hallado a algunos de los acusados y, recibida la información, Isaac reaccionó con vehemencia contra el joven Frumoldo, con un furor resentido y serio y hasta juró por Dios y los santos, que su vida no podía ser redimida ni

por todo el oro del templo. Excitó el furor de todos contra Frumoldo clamando que nadie en mayor medida que él había inclinado el ánimo del conde contra el preboste y sus sobrinos. Isaac, abriendo las puertas con violencia, aferró inmediatamente a Frumoldo y se dispuso a sacarlo de allí. Este, cuando lo vio, no creía que se iba a lanzar sobre él, sino que lo salvaría de la muerte; le dice: “Amigo Isaac, te ruego por la amistad que hasta ahora nos ha unido, que conserves mi vida, para así poder mantener a mis hijos, tus sobrinos, no sea que muerto yo queden sin protección”. A lo que Isaac respondió: “Vas a tener el perdón que nos prometiste a nosotros cuando estabas con el conde”. Entonces, uno de los sacerdotes se acercó a Frumoldo y le aconsejó que le hiciera a Dios la confesión de sus pecados. Habiendo cumplido con esto, se quitó del dedo su anillo de oro, ya desesperando de su vida y lo mandó a su hija por medio del sacerdote. Entre tanto conversaban Isaac y Bouchardo sobre qué sería lo mejor, o matarlo allí mismo o conservarle la vida hasta obtener todo el tesoro del conde, así de parte de él como de Arnolde a quien también tenían cautivo.

**19.** Entre tanto los canónigos del lugar acudieron al tío de Frumoldo aconsejándole que se reuniese con el preboste para rogarle por la vida de su sobrino, ya que lo veían destinado a morir porque Isaac lo había sentenciado. Entonces el anciano marchó apresuradamente a la casa del preboste con los monjes de la iglesia, y arrojándose a sus pies le rogó suplicante que le perdonase la vida a su sobrino. Finalmente se despachó un mensajero prohibiéndoles a sus sobrinos matar al joven Frumoldo. Ellos, habiendo oído al mensajero, lo reenviaron al preboste para que le dijese que eso era imposible a menos que estuviera allí en persona. El anciano, al oír esto, volvió a arrojarse a las rodillas del preboste, suplicándole que fuese personalmente a salvarlo. Este se puso en camino, con paso no demasiado rápido, sino más bien lento, porque poco le interesaba esa persona, a quien tenía por muy sospechosa. Llegó por fin al santuario, en donde nada santo se estaba realizando sino solo cosas perversas. A pedido de los clérigos recibió bajo su salvaguarda a todos los que estaban allí cautivos, sin embargo, bajo condición de que cuando Isaac y sus sobrinos lo requirieran, el preboste entregaría a los cautivos que tendría en salvaguarda.

De regreso, el preboste puso en una habitación de su casa a los que tenía encomendados, custodiándolos con cautela. A Frumoldo, que era uno de los cautivos, le dijo: “Debes saber, Frumoldo, que en la próxima Pascua no poseerás el cargo mío de preboste, como esperabas, y yo no merecía que obraras contra mí en el espíritu del conde”; pero él juraba haber obrado inocentemente. Era, sin embargo, cierto que nadie en la corte del conde era tan cercano a él mientras vivía y que nadie le era tan querido como el

mencionado Frumoldo. Esa casa, después de haber sido incendiada, había sido reedificada por el conde desde los cimientos con una edificación mejor y más elegante que lo que había sido antes. En su comparación no había otra mejor y más adecuada. Encerrados y custodiados allí en cautividad, tuvieron al menos tiempo para llorar al piadoso conde, que no había sido su señor sino su padre y familiarmente su par, misericordioso, humilde, manso, servidor de ricos y pobres en el condado. El dolor no les permitía a los cautivos expresarse con palabras, sino solo con suspiros y sollozos, que les arrancaba la profunda tristeza del alma. Deploraban el horrible crimen en el que no les fue permitido morir con su señor y padre, sino tener que vivir una vida más miserable después de aquel con quien más les hubiera valido tener una egregia y honestísima muerte ante Dios y los hombres. Hubiera sido mejor que vivir con el dolor de su muerte y bajo el gobierno de otro conde que, Dios no lo permitiera, los traidores verían florecer. Y así languidecían en su consternación sin que ninguno de sus amigos se atreviera ni siquiera secretamente a acercárseles, para hacerles llegar una palabra de consuelo; peor aún, si alguien lo hiciera, perdería la vida.

## **CAPÍTULO V. Sepultura de Carlos y otros. Milagro de un cojo sanado. Saqueos de los bienes**

20. Entre tanto los cadáveres de los asesinados, a saber, del capellán y de Gualterio de Locres eran retirados del castillo y fueron llevados a las naves los del castellano y su muy amado hijo, para ser trasladados a sus propias casas y castillos. El preboste caminaba en su casa con sus canónigos, manifestando con sus palabras en la medida de lo posible que él nada había sabido acerca de esta traición. Ese mismo día los traidores hicieron una excursión contra sus enemigos, es decir, contra Tancmaro y los suyos en Straten [Sainte-Anne-ter-Straeten, hoy San André, cerca de Brujas] y encontraron la ciudad vacía y la corte desierta. Habiendo tenido noticia del asesinato del conde, habían experimentado un gran temor, ya que habían perdido a su defensor; y si llegaban a ser sitiados por los traidores, nadie podría acudir en su ayuda, pues ya habían sabido finalmente que todos los grandes del condado habían prestado su asentimiento a la traición. Creían que eran inminentes peligros mucho mayores aún para ellos y para todo el condado, y por eso, sin preocuparse por sus posesiones, pensaron solo en conservar sus vidas y huyeron a lugares más seguros. Los traidores entonces ocuparon la ciudad y las propiedades de Tancmaro, apoderándose de las armas y los muebles, así como del ganado y las ropas de los campesinos del lugar, y, habiéndose dedicado al pillaje todo el día, por la tarde regresaron. Y no solo estos que eran cercanos a nuestro lugar se dedicaron a la rapiña, sino que muchos que habían sabido sobre la traición, corrieron hacia la caravana de los mercaderes que iban a la feria de Ypres, los asaltaron y les robaron sus mercaderías. Al enterarse de la muerte del conde, Guillermo de Ypres pensó que él obtendría el condado y a todos los comerciantes que pudo encontrar en la feria, de cualquier lugar que fuesen, los obligó a jurarle lealtad y fidelidad a él y los suyos. Por lo demás no les permitió retirarse sin que antes le hubieran rendido homenaje. Todo esto lo hizo con el consejo del preboste y sus sobrinos traidores. Al declinar esa misma tarde, de común acuerdo, el preboste y los sobrinos con sus cómplices, le pidieron al joven Frumoldo, a quien mantenían cautivo, todas las llaves de la casa y también le sustrajeron con violencia de los cofres y cajas que estuvieran en la casa. De ellas se apoderaron Bouchardo, el escudero Hacket, y Gualterio, hijo de Lamberto de Reddenbourg.

21. El cuerpo del conde, sin embargo, (cuya alma había sido encomendada por los sacerdotes en su debido momento, cuando secretamente su capellán le había dado la comunión en Cristo) no había recibido ningún tratamiento y estaba en la misma posición en que quedó luego de ser asesinado, yaciendo solitario y cubierto de sangre. Discutían solícitamente los monjes de la iglesia sobre lo que debía hacerse, y qué funeral había que

preparar, ya que en esa misma iglesia nadie se atrevería a realizar un oficio divino, donde habían ocurrido una carnicería tal y un crimen tan tremendo. Finalmente, con licencia del preboste y el acuerdo de los monjes, Frumoldo el Mayor, envolvió el noble cuerpo en un sudario y lo colocó con la debida veneración en un ataúd en medio del coro, entre cuatro cirios, como es nuestra costumbre y se cumplieron todas las otras ceremonias. Solamente algunas mujeres alrededor del féretro pasaron vigilantes el día y la noche con piadosas lamentaciones. Mientras tanto los traidores deliberaban con el preboste y su capellán sobre algún recurso para que fuese retirado el cadáver del conde para no tener que soportar el constante oprobio de tener ese cuerpo inhumado en las cercanías y, tras un astuto acuerdo, enviaron mensajeros al abad de Gante, para solicitarle que retirase el cuerpo del conde de nuestro territorio y lo inhumase en Gante y así terminó aquel día lleno de dolor y miserias, en el que ocurrieron a nuestro alrededor tantos males y perturbaciones presentes y futuras.

La noche siguiente el preboste ordenó que la iglesia fuese custodiada con gente armada, así como la tribuna y la torre del templo. Para poder tener refugio él y sus socios si se producía un tumulto del pueblo. Esa misma noche los soldados, por orden del preboste, entraron armados a la tribuna de la iglesia protegiendo la torre y su salida con vigilancia continua por temor a una incursión violenta de los ciudadanos, y así lo hicieron al día siguiente y posteriores. El domingo posterior a la muerte del conde, el preboste le envió un saludo a nuestro obispo Simón [hermano uterino de la esposa de Carlos el Bueno], de la sede de Noyon. El portador de la carta fue el monje Ranulfo, de San Trudón, y en ella se le pedía al obispo la reconciliación ante Dios de la iglesia en la que yacía el conde traidoramente asesinado. Allí presentaba sus argumentos excusándose y tratando de probar su inocencia ante todo el clero y el pueblo. Pero el portador fue capturado y derribado de su cabalgadura y no llegó hasta el obispo. El preboste, al oír esto fue presa de gran temor. El miércoles y el jueves el preboste envió una comunicación por medio de un mercenario a Gualterio de Vladsloo [al suroeste de Burjas] para que, por la fidelidad que le había jurado a él y a sus sobrinos, se apresurase a venir en su ayuda con sus fuerzas y le hizo llegar cuatrocientos marcos de plata. Pero él aceptó el dinero y fingió que vendría pero no llegó nunca a no ser para dañar al preboste y a sus sobrinos. Y el obispo Simón, que era hermano de la esposa del conde Carlos, condenó a la iglesia de Brujas, y golpeó con la espada de la excomunión a los sacrílegos y traidores; y prohibió absolutamente que cualquiera de los fieles acudiese en su auxilio. Y condenó con anatema a todos los que intervinieron en ese hecho.

22. El jueves 3 de marzo aquel abad de Gante al que se habían dirigido, cabalgando toda la noche, llegó a la ciudad al amanecer muy temprano y al preboste y sus sobrinos les pidió el cuerpo del conde tal como habían prometido. Salió el preboste y convocó al capellán y a sus sobrinos y consultó con ellos qué recurso podrían emplear para que el abad se llevara el cuerpo sin que se originara un multo. Pero los pobres que esperaban a que el preboste les repartiera limosnas por la salvación del alma del conde (y que habían advertido el proyecto ya que fuera de los pobres ningún ciudadano querría acompañarlos, o tener más contacto con ellos) comenzaron a hacer correr la voz de que el abad había venido dolosamente y por acuerdo con los traidores para llevarse el féretro. Pues este había hecho preparar el féretro para poner el cuerpo y transportarlo. Mientras tanto los pobres seguían al preboste por dondequiera fuese y clamaban: “Señor, que jamás suceda que el cadáver de nuestro padre y tan glorioso mártir sea retirado de nuestra ciudad, pues si sucediera esto su castillo sería luego destruido. Los enemigos y perseguidores que pudieran llegar a este castillo tendrán algo de piedad y misericordia, y no van a destruir la iglesia en la que esté venerablemente sepultado el cuerpo del bienaventurado conde”. Y se produjo inmediatamente un griterío ensordecedor entre los ciudadanos acerca del retiro del cuerpo. Se apresuraron entonces el preboste y el abad, antes de que se extendiese tanto clamor e hicieron construir un féretro nuevo para mover el cadáver hasta la puerta de la iglesia. Entraron entonces soldados para retirar el cadáver del féretro que estaba en medio del coro y transportarlo al otro féretro que estaba en la puerta. Pero los canónigos del lugar acudieron rápidamente y repusieron el féretro en el coro diciendo que primero querían oír de boca del preboste por qué razón había ordenado eso. Salieron y fueron hasta donde estaba el preboste con sus sobrinos y con ellos una gran turba de ciudadanos, que habían oído el rumor sobre el retiro del cuerpo y en presencia de todo el pueblo tomó la palabra uno de los ancianos: “Señor preboste, si hubierais querido obrar con justicia no hubierais entregado sin el consentimiento y acuerdo de los monjes, tan precioso mártir, tan ilustre líder del país, tan grande tesoro de nuestra iglesia, que nos concedieron la misericordia y la largueza divinas. No hay ninguna razón por la que deba retirarse de entre nosotros, entre quienes fue principalmente criado y pasó su vida y entre aquellos donde por orden de Dios fue traicionado por hacer cumplir la justicia; más aún, si es retirado, es de temerse la destrucción del lugar y de la iglesia. Con su intervención Dios nos perdonará y se apiadará de nosotros, no vaya a suceder que si se lo retira sin ninguna misericordia Dios venga la traición que se efectuó entre nosotros”. Pero el preboste y los traidores, llenos de indignación ordenaron retirar el cuerpo. Corrieron entonces los monjes con gran tumulto



hasta las puertas del templo, exclamando a gritos que ellos no abandonarían el cuerpo del piadosísimo Carlos mientras vivieran y que preferían morir antes que permitir que lo retirasen. Podían verse a los clérigos armados con tablas, escabeles y candelabros y otros utensilios de la iglesia que habían podido tomar. En lugar de trompetas hacían sonar las campanas convocando a todos los ciudadanos del lugar; estos, habiendo comprendido el motivo, concurrieron armados y con las espadas en la mano rodearon el féretro preparados para resistir si alguien intentara retirarlo. Y mientras estallaba un gran tumulto dentro y fuera de la iglesia, quiso la divina misericordia calmar a sus hijos de esa locura y estrépito de armas. Pues en medio de ese tumulto los enfermos y cojos estaban echados junto al féretro; en esos momentos un cojo, cuyo pie estaba ligado a sus nalgas, comenzó a clamar y bendecir a Dios porque le había devuelto la capacidad natural de caminar por los méritos del conde, en presencia de todos los que allí estaban. La noticia de ese milagro hizo que todos se calmaran. Pero el preboste y el capellán con los traidores se habían refugiado en la casa del conde, temerosos del tumulto y les comunicaron a los ciudadanos que contra la voluntad de ellos no se actuaría con el retiro del cuerpo. El abad regresó a su lugar, contento de haber eludido el problema. El preboste iba de aquí para allá consultando con los traidores y disponiendo las medidas que se tomarían según el desarrollo de los acontecimientos. A continuación los monjes de la iglesia buscaron artesanos y obreros que supieran construir de acuerdo al tiempo y las necesidades, una tumba para el sepelio del conde en el mismo lugar en el que había recibido la palma del martirio. Para hacer esto desarrollaron una gran actividad, para que no fuese a ocurrir que, dolosamente, les fuese arrebatado el cuerpo aún sin sepultura y pudiendo fácilmente ser sustraído. Así se cerró ese día lleno de turbulencias y dolor por el intento de retirar el lamentable féretro.

**23.** El día viernes 4 del mismo mes, se reunieron fuera de la iglesia de San Pedro los canónigos y el preboste para preparar las honras fúnebres, una vez ya dispuesta la tumba, donde se celebró la misa de difuntos por el alma del conde. Unos pocos fuera de los canónigos asistieron a la misa pues no lo hizo nadie de la corte excepto el capellán Balduino, el joven Ogerio y Godofredo, clérigo del conde. Regresaron luego el preboste y los monjes a la iglesia de San Donaciano donde estaba el féretro. Entraron a la iglesia los pobres y el joven Frumoldo, por manos del preboste, repartió limosnas a todos los pobres que quisieran recibirlas, por la salvación del alma del piadoso conde Carlos. Esto no lo hizo el anciano Frumoldo sin derramar lágrimas; realmente fueron más sus lágrimas que los dineros entregados. Era muy grande la cantidad de pobres que recibieron limosnas. Cumplida la distribución de limosnas, el noble cuerpo fue transportado a la tribuna y allí

estaba de pie el preboste junto al monumento, llorando finalmente al conde a quien razonablemente reconocían como quien había sido el padre de toda la región de Flandes y lo lloró como tal a quien no había querido reconocer antes por la obstinación de su ánimo. Y se cerró el sepulcro construido según la necesidad del momento, aunque con los necesarios y convenientes recursos de artificio. Sin duda su alma, purificada con los dolores del martirio, ya posee los premios de sus méritos, en las manos de aquel que dispuso su muerte en este siglo, para que viviera en la superna compañía con su Dios y Señor, para quien sean el imperio, la alabanza, el honor y la gloria por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

## **CAPÍTULO VI. La creciente insolencia de los traidores comienza a ser reprimida por Gervasio, camarero del conde**

24. El sábado 5 de marzo cerca de la tarde el joven Frumoldo fue liberado de su cautividad. Esto se logró por un intenso trabajo de los intercesores a favor de él ante el preboste y sus sobrinos. Lo dejaron libre, sin embargo, bajo condición de que dentro de los ocho días de su liberación, o se reconciliara con los delincuentes, en cuyas manos había caído o jurase abandonar el país en adelante. Se retiró a su casa con sus amigos y su familia, que se encontraba temerosa y dolorida por él y por ella misma. Pues antes de que fuera capturado, sus sirvientes no se atrevían a salir de la casa, sin sentirse perseguidos solo por ser de su familia. Comía con sus amigos y su familia, dando por cierto que abandonaría su patria antes que volver a la cautividad de los traidores, aquel que amaba a su Señor por encima de los demás y más que a sí mismo. Prefería el exilio perpetuo a tener que componer su amistad con esos individuos. Es realmente muy grave para un varón acordar con su enemigo y es algo contra la naturaleza ya que toda criatura, si le es posible, evita las cosas que le son enemigas. Habiendo cenado, ordenó sus cosas y las de la casa y se despidió de cada uno, distribuyó a sus servidores trigo, queso y carne para que se sustentasen por un tiempo, con la esperanza de que todo lo que dejaba por necesidad y por el afecto del piadosísimo conde, lo podría seguir poseyendo con seguridad. Se retiró con su suegro del castillo y del centro de la ciudad donde había vivido siguiéndolo sus amigos en cuanto fue posible y encomendándolo a Dios con llanto y lágrimas. En ese mismo tiempo los mencionados traidores, siempre obstinados en su maldad, hicieron un ataque contra sus enemigos Tancmaro y los suyos y sufrieron un vil rechazo; ya llenos de vergüenza y temerosos regresaron a la ciudad.

25. El domingo 6 de marzo el internuncio Godescalco Thaihal llegó hasta el preboste de Brujas con estas palabras: “Mi señor e íntimo amigo vuestro Guillermo de Ypres os desea salud y amistad y os promete abiertamente a vos y a los vuestros su más rápido auxilio en todo, en cuanto depende de él”. Después de que todos aplaudieron esto y fue introducido en una sala les manifestó otras cosas que por pudor no quiso decir en público, al preboste, a Guillermo de Wervick [Wervick, sobre el río Lys, al sureste de Ypres], a Bouchardo y a los pocos que habían entrado con ellos, de modo que toda la casa expresaba alegremente su confianza en Guillermo, y hasta lo llamaba y lo asumía como conde. Los que supieron de este mensaje secreto conjeturaban y notaban la actitud de Guillermo, que saludaba a los traidores de nuestro país en la culminación del crimen y que prometía auxiliarlos rápidamente con todo su poder ofreciéndoles seguridad de palabra y

por escrito. Al regreso del nuncio, fueron apresados los mercaderes de Flandes, de cualquier lugar del que hubiesen arribado a Ypres y fueron obligados a rendirle fidelidad, seguridad y homenaje y a considerarlo como conde. Esto lo hizo por consejo del preboste y de los suyos esperando que así la traición al piadoso conde Carlos quedaría impune. Y Guillermo hubiese sido declarado conde en ese tiempo si hubiese llegado a Brujas para vengar la muerte de su señor y primo el conde traicionado. Pero como esa no era la disposición divina, sucedió que otros príncipes y el pueblo del país siguieron el ordenamiento divino y estuvieron unánimes para vengar la muerte del piadoso conde. Los habitantes de nuestra tierra entraron aparentemente en los propósitos del preboste, el capellán y sus malvados sobrinos y averiguaron sus secretos designios, para así estar en guardia en el futuro sobre sus dolos y maquinaciones. Entre tanto, el preboste y los suyos no cesaban de consultar e interrogar a todo el mundo para buscar su apoyo, haciéndoles grandes promesas. Le aseguró a Guillermo que le daría el condado y que, por lo tanto, aceptara de todos el homenaje y la promesa de fidelidad, impulsándolos o por la fuerza o por precio. Les ordenó el preboste a los habitantes de Furnes que eran de su amistad, que se constituyesen en vasallos de Guillermo. También le envió una carta al obispo de Noyon en la que le presentaba sus excusas asegurándole no haber sabido nada ni de palabra ni de hecho acerca de la traición al conde y pidiéndole que acudiera con gran amor por la iglesia y por sus canónigos para reconciliar el lugar de la iglesia y así poder celebrar los oficios divinos, haciendo esto con la autoridad de su pontificado y su pronta presencia. Una carta del mismo tenor le envió a Juan, obispo de Théroouanne [Juan, obispo de Therouann de 1099 a 1130, fue quien le ordenó a Gualterio escribir la vida de Carlos el Bueno]. A Roberto, entonces en Kerseca, que había tomado por esposa a una sobrina del preboste, le sugirió que fortificara fuertemente su casa y sus propiedades hasta que Guillermo de Ypres se estableciese como conde. Roberto había sido un caballero libre, antes de tomar como esposa a la sobrina del preboste, pero después de haber convivido un año con ella, según la ley del condado de Flandes, le pertenecía al conde en condición servil. De allí surgió un muy pernicioso conflicto entre el piadoso conde Carlos y el preboste y los suyos, sobre servidumbre y libertad. Les ordenó también a los flamencos que vivían junto al mar, en su vecindad, que acudiesen con todo su poder en su auxilio si tal vez en el condado alguien se levantaba para vengar al conde. Les ordenó expresamente a nuestros ciudadanos que cavaran fosas e instalaran cercas para defenderse de cualquier ataque. Los ciudadanos construyeron empalizadas en la ciudad, pero con absolutamente otra intención muy diferente de la que tenía la orden impartida, como más tarde quedó de manifiesto. Los

ciudadanos tomaban las cercas y las maderas del conde asesinado y del joven Frumoldo (que esperaba el exilio con la proscripción de sus propiedades) fuera de la ciudad, así como todo lo que pareciera útil para construir vallados y bajo la dirección del capellán, fabricaban empalizadas y defensas y lugares de escape contra los enemigos. Esto lo hacían apresuradamente tanto el clero como el pueblo. No hubo descanso ni en las vigili­as nocturnas ni en los trabajos diurnos, hasta que se terminó la obra de circunvalación de la ciudad; se pusieron custodias en cada entrada, en cada torre y en cada defensa, de modo que nadie pudiera salir sin identificarse y solo pudieran entrar los ciudadanos.

26. El lunes 7 de marzo Dios desenvainó la espada de la venganza divina contra los enemigos de su iglesia y movió el corazón de un caballero llamado Gervasio para ejercer esa venganza con más acritud y rapidez de lo que se esperaba y, de este modo, concentrando toda su ira y con todo el poder de su mano este caballero atacó cruelmente a todos los sicarios, que, como malvados siervos traicionaron a muerte a su señor quien siempre se había creído seguro entre ellos, un príncipe óptimo, piadoso y justo en el servicio y veneración de Dios y de sus santos, mientras estaba postrado humildemente en un lugar sagrado, en el sagrado tiempo de Cuaresma, en medio de su sagrada oración. Por lo tanto Gervasio, familiar y fiel a su señor, el piadosísimo Carlos, que había sido su chambelán, teniendo acceso a sus consejos y decisiones en público y en privado, dolorido y airado por la muerte de su muy querido señor, marchó contra los enemigos de Dios, rodeado de un enorme ejército de infantería y un gran cuerpo de caballeros armados y sitió a la ciudad de Ravenshot, que estaba muy fortificada para defensa de los traidores, un lugar que parecía inexpugnable por su ubicación natural y por sus defensas. Gervasio hizo allí una gran presa del ganado de esa tierra y tierras vecinas. Por entonces todos se sentían seguros, los que habían temido a los asesinos, creyendo que nadie en todo el mundo querría o podría levantarse contra sus señores ya que con tanta audacia habían cometido un crimen tal contra su señor el conde. Dios los había cegado, de modo que se viesan privados de razón y de criterio, inmersos en el mal, ebrios de ira y furor, errantes en su miedo y su pavor, tanto los que traicionaron al conde como todos los que les prestaban ayuda. Se creían seguros y juzgaban que todos los demás en el país o eran inferiores o amigos, y por eso no habían tomado precauciones ante la incursión de unos pocos contra ellos; fue por eso que Gervasio hizo un botín tan grande en su incursión contra Ravenshot. Los sitiados, atónitos ante esa inesperada incursión, máxime debido a que eran pocos para defenderse de varios miles, desesperando de sus vidas, se rindieron a Gervasio para salir sanos y salvos. Expulsada esta gente, irrumpieron en la ciudad los caballeros y los infantes y devastaban

todo. Pero los hombres enviados por los traidores y que se habían rendido, aprovecharon la noche para huir hasta nosotros, y le contaron lo sucedido al preboste y a los suyos que sintieron un gran temor, abandonando aquella soberbia y orgullo que hasta entonces los había mostrado feroces sin límites y sin el menor rasgo de humildad. Roberto el Joven, cuyo castillo había sido destruido por el fuego y las armas en un breve espacio, intentó salir contra los sitiadores, pero al ver una multitud tan grande, desistió de hacer una incursión. Sería largo insistir sobre el dolor y el temor que sobrecogió a los traidores y, por el contrario, cuán grande fue la alegría de todos aquellos que no estaban de acuerdo con ellos, dado que todos entendieron absolutamente que Dios había comenzado equitativamente su venganza.

27. El martes 8 de marzo la ciudad de Ravenshot fue incendiada y arrasada por el fuego y las armas, y la mansión de Wilfredo Knop, hermano del preboste, que había conjurado con él, en cercanías de Brujas, fue también quemada. Luego se acercó Gervasio con toda su fuerza a la plaza donde se habían atrincherado los traidores, obstruyendo las salidas e impidiéndoles retirarse de allí. Nuestros ciudadanos, habiendo sabido que Dios tan prontamente había iniciado la venganza, se alegraban pero solo en el interior de sus conciencias y nunca se congratulaban abiertamente con los vengadores, por temor a los traidores que todavía se sentían seguros e iban y volvían con petulancia entre ellos. Particularmente daban gracias a Dios que con los ojos de su misericordia se dignó visitar a sus fieles en el lugar del horror y la confusión y rápidamente estaba exterminando a los malvados homicidas, que hasta entonces habían castigado al pueblo del Señor con rapiñas e incendios, heridas y toda clase de perturbaciones. Enviaron mensajeros secretos a Gervasio y los suyos acordando un recíproco pacto de fidelidad, amistad y seguridad. Además se conjuraron para vengar a su conde y para que al día siguiente admitiesen a Gervasio y su ejército en la ciudad recibéndolos como hermanos dentro de sus defensas. No podré explicar el ánimo alegre y justo con que recibieron Gervasio y los suyos las palabras de los mensajeros, sabiendo que estaba dispuesto por Dios todo lo que hiciesen para la venganza. Gervasio y los suyos y los mensajeros de nuestros ciudadanos acordaron con un único juramento fidelidad y seguridad para vengar a su señor el muy justo conde de nuestro país. Todo esto era desconocido por los traidores e incluso por muchos de nuestros ciudadanos, excepto unos pocos de los más prudentes del lugar, que en secreto por la noche acordaron esta decisión saludable para todos.

## **CAPÍTULO VII. Sitio de Brujas. Llegada de tropas auxiliares. Algunos de los traidores son castigados**

28. El miércoles 8 de marzo, en el día octavo del martirio de nuestro bienaventurado conde que había sido trasladado desde la tierra a la verdadera octava, Gervasio, según lo acordado con nuestros conciudadanos fue recibido en la ciudad, en Arenes, hacia el oeste, lo que iba a ser una gran calamidad para los traidores. Antes de esto los había aterrorizado ese mismo día con el incendio de las casas de Bouchardo, de Roberto el Joven y de sus cómplices, los que al ver esas conflagraciones habían salido del castillo para intentar apoderarse de los incendiarios. Pues hacia la parte oriental del castillo ardían tres grandes mansiones con las llamas flotando al viento y salían a ver esto algunos ciudadanos con Bouchardo y sus soldados, que ignoraban el acuerdo realizado entre los ciudadanos de Brujas y Gervasio y corrían armados con los criminales. Isaac, que en vida del piadoso conde Carlos había sido su chambelán y participado de su consejo y de su familiaridad, se había constituido en cabeza de la traición, marchaba a caballo en la partida al frente de sus soldados. Finalmente encontrándose enfrentados los soldados de ambas partes, viendo los traidores que eran muy pocos para enfrentar a un ejército tan grande, se dieron a la fuga. Los perseguidores los siguieron a grandes pasos hasta que se refugiaron en el castillo. Habiendo llegado a la ciudad, Bouchardo y los suyos, ante la casa de Desiderio, hermano de Isaac, trataron de resistir un poco discutiendo acerca de lo que harían. Entretanto Gervasio, persiguiéndolos con violencia, llegó hacia el oeste a las puertas de la ciudad y allí, habiendo pactado fidelidad con los ciudadanos, irrumpió con un fuerte ejército. Los ciudadanos estaban en sus casas con la acostumbrada tranquilidad. Eran las horas de la tarde y la mayoría de ellos estaban sentados para la cena, sin tener noticia de estas acciones.

Los traidores, atribulados por la fuga deliberaban sobre qué hacer, viendo a sus perseguidores ya muy cerca de ellos en las plazas, con lanzas, flechas y toda clase de armas arremetiendo contra ellos. Ese gran tumulto, el fragor de las armas y los gritos atronadores conturbaron a todos los ciudadanos que buscaban sus armas y se aprontaban a pelear, algunos para defender la ciudad contra Gervasio, ya que no tenían noticia del pacto; otros, que ya tenían esa noticia, se unieron a Gervasio con todas sus fuerzas y perseguían a los traidores que huían hacia el castillo. Cuando los ciudadanos fueron informados del arreglo y el juramento de Gervasio, irrumpieron por el puente del castillo contra esa parte de los asesinos que resistían desde el castillo. En el otro puente, que daba hacia la casa del preboste, tenía lugar un gran combate en el que se luchaba cuerpo a cuerpo con lanzas y

espadas. En el tercer puente, en la parte oriental del castillo que conducía a las puertas del mismo, la batalla fue muy intensa, hasta el punto de que no pudiendo ya resistir más los que estaban dentro rompieron el puente y cerraron las puertas detrás de ellos. Por todas partes los ciudadanos tuvieron acceso a los que defendían el castillo, y se luchó ferozmente, hasta que aquellos ya no podían resistir, superados por los ciudadanos y por su voluntad o contra ella tuvieron que refugiarse en el castillo, estando herida una gran parte de los miserables, agobiados al mismo tiempo por el miedo y exhaustos por la fatiga del combate.

29. Mientras tanto Isaac, que había huido del lugar en el que estaban deliberando, al principio de la incursión de Gervasio en la ciudad, se refugió en su casa que estaba bien fortificada. Y habiendo cruzado el puente entre la ciudad y su casa, lo destruyó para no poder ser perseguido. En esos momentos fue interceptado Jorge, el máximo caballero de los traidores, que junto con Bouchardo había asesinado al conde, por el caballero Desiderio, hermano del traidor Isaac. Este lo derribó del caballo y le cortó ambas manos. Desiderio, aunque era hermano del traidor, no había estado, sin embargo, en conocimiento de la traición. El miserable Jorge, con las manos cortadas había huido a un lugar donde esperaba permanecer oculto, pero fue descubierto prontamente y llevado hasta Gualterio, un caballero de Gervasio. Este caballero, estando montado, le ordenó a un joven espadachín muy feroz, que lo matara. El joven se dirigió a Jorge y lo golpeó con la espada derribándolo a tierra, Luego el espadachín lo arrastró por los pies hasta un pozo ciego donde lo hizo sumergirse en pago de sus culpas. También fue apresado un miembro de la corte del escudero Hacket, de nombre Roberto, correo y servidor, fue muerto en medio de la plaza y arrastrado hasta los pantanos. Fue capturado también un cierto perverso servidor de Bouchardo llamado Frumoldo, que había huido escondiéndose entre dos colchones, vestido con ropa de mujer para pasar inadvertido. Descubierto, fue llevado al medio de la plaza a la vista de todos y fue colgado cabeza abajo con un palo que le atravesaba los corvejones para aumentar la vergüenza y el deshonor de los traidores sitiados en el castillo que se encontraban en la galería y en las torretas del conde. Estos no cesaban de intercambiar flechas y arrojar piedras y dardos desde los muros.

Terminado el día, en las horas nocturnas por ambas partes se vivía con miedo e incertidumbre, vigilando si alguien intentaba fugarse de los sitiados o alguien intentase escalar los muros para ir en auxilio de los sitiados. Durante todo el tiempo del asedio se mantuvieron vigilias e insidias por ambas partes. Muy a menudo los sitiados intentaron incursiones sobre los sitiadores por las noches y se luchó más agriamente de noche que de día, porque de día los sitiados no querían ponerse de manifiesto, sabiendo el torpe crimen



cometido y esperaban poder ocultarse y evadirse y, si lograban hacerlo, que fuese sin que nadie pudiese sospechar el crimen de la traición. Por eso luchan más fuertemente de noche, pensando que los líderes del sitio les permitirían luego salir y purgarse del crimen. Pero los líderes no se preocupaban de prometerles algo a los sitiados, ni jurarles algo, sino solo para que entregaran algo del tesoro de los bienes del conde. Y los líderes sentían estar obrando con derecho a recibir de parte de los sitiados una participación del tesoro del conde y cantidades de dinero, ya que no les debían a ellos ni fidelidad ni el cumplimiento de ningún juramento. Pues habían traicionado como muy impíos servidores a su señor legítimo y natural. Los sitiados les pedían a los sitiadores que cumplieren sus promesas y juramentos, pero los sitiadores creían no deberles el cumplimiento de nada ya que habían dado muerte a su señor y padre de todo el condado. Habría sido realmente más justo que los que amaron al conde, aun en su muerte, que se habían reunido para la venganza y soportaron temores, vigiliias, heridas, ataques y todas las adversidades que suelen ocurrir en un sitio; habría sido, pues, más justo que ellos hubieran obtenido el castillo, el tesoro y los bienes del conde después de su muerte, que no esos malvados traidores, que habían destruido el lugar y las riquezas. Con este motivo había frecuentes reuniones entre los sitiadores y los sitiados. Y estos últimos solo pretendían ser excusados de su traición.

**30.** El jueves 10 de marzo acudió al sitio el señor de Gante con toda su fuerza y el hermano de Balduino de Alost, de nombre Iván. La noche anterior a ese jueves, Isaac, consciente de su crimen y la pena merecida (apremiado por el temor de la muerte) huyó solo con su escudero. Su esposa, sus siervos, sus seguidores y todas su familia se ocultaron donde encontraron refugio en ese reducido espacio de la noche. Dejaron como presa abandonada sin reserva alguna para los enemigos su casa, sus propiedades y el mobiliario y todo lo demás que habían libremente poseído hasta entonces. Sabido esto, a la mañana muy temprano el señor de Gante con Iván habían acudido con una gran fuerza de sitiadores arrebatando todo lo que podía serles útil. Finalmente con antorchas encendidas quemaron las casas y los graneros y todo lo que era posible que contrajera fuego. Todo fue destruido rápidamente por el fuego y, para gran sorpresa de todos, el torbellino de las llamas, avivadas por los vientos, lo destruyó todo, de modo que un edificio tan grande fue aniquilado rápidamente.

**31.** El viernes 11 de marzo, Daniel, uno de los pares del condado, que antes de la traición al conde había estado fuertemente ligado al preboste y sus sobrinos, se apresuró a venir al asedio juntamente con Ricardo de Woldman, Teodorico, señor del castillo de Dikasmutis y Gualterio, mayordomo del conde. Cada uno de estos líderes acudió con todas

sus fuerzas a vengar la muerte de su señor el conde. Todos ellos se reunieron con nuestros ciudadanos y con quienes dirigían la operación del sitio, y antes de que se les permitiera ingresar a la ciudad juraron respetar inviolablemente los lugares y las posesiones de la ciudad para salvación y provecho de nuestros ciudadanos y luego atacar con ese mismo ánimo e ímpetu a los muy impíos adversarios y homicidas, asaltarlos y, con la ayuda de Dios, vencerlos, y no perdonarles la vida a ninguno de ellos, sin permitir que nadie astutamente se salvase y se comprometieron a obrar según el juicio común de los grandes, para honor del condado y salvación de sus habitantes, quedando a salvo las propiedades de los habitantes y los suyos y quedando también a salvo lo que es de todos los que contribuyeran a vengar la muerte del conde.

**32.** El sábado 12 de marzo los jefes dieron la orden de que el castillo fuese atacado por todas sus partes accesibles, por todos aquellos que estaban reunidos para el asedio; y alrededor del mediodía los soldados y los ciudadanos armados atacaron con fuego las puertas del castillo. En este ataque quemaron una puerta trasera de la casa que ocupó el preboste. Para incendiar las puertas principales del castillo amontonaron heno y paja seca para prenderle fuego, pero entonces los asaltantes se vieron abrumados con piedras, palos, lanzas y flechas arrojados desde lo alto de los muros; muchos de ellos quedaron heridos por los montones de piedras lanzados desde las torres: los cascos y los escudos quedaron destrozados y apenas pudieron salvarse bajo la tortuga que habían preparado para protegerse al encender el fuego. Todo el que era alcanzado por una piedra lanzada desde lo alto, cualquiera fuese su fortaleza y su vigor, sufría un daño gravísimo de modo que, postrado y contraído caía moribundo y exánime. En este ataque un hombre de armas murió con el corazón atravesado por una flecha. Todo era un gran tumulto y griterío, y el choque de las armas era estridente y repercutía en lo más alto de la concavidad de los aires. El combate se extendió hasta la tarde. Y no habiendo obtenido más que muerte y daños, se retiraron de los muros y las torres del castillo y los atacantes se reunieron inquietos ante los peligros de la noche. Ante esto los sitiados se sintieron animados al ver a los sitiadores, abrumados por daños y heridas, retirarse de los muros.

## **CAPÍTULO VIII. Se incrementan las fuerzas de los sitiadores. Llegada de la condesa de Holanda. Son retiradas las reliquias de la iglesia. Los sitiados refuerzan el castillo**

33. El 13 de marzo, como era domingo, se mantuvo por ambas partes una apariencia de paz. El 14 y 15 de marzo se reunieron ciudadanos de Gante y una turba muy ávida de depredadores se unió con ellos desde los alrededores para unirse al sitio. Pues su señor les había ordenado que se reuniesen con todas sus fuerzas, para realizar, armados, un asalto al castillo por su propia cuenta, dado que tenían una tradición gloriosa en certámenes y combates y poseían la capacidad de derrotar a los sitiados. Después que decidieron ir a realizar el asalto por su cuenta propia, se les asociaron muchos arqueros y artífices hábiles para esos casos, bandidos audaces, homicidas, ladrones y hombres habituados a todas las crueldades de la guerra, y cargaron treinta carros con armas. Marcharon a pie y a caballo, esperando obtener una gran cantidad de dinero, si es que los sitiados se rendían. Este ejército era muy numeroso y lleno de coraje. Habiéndose acercado a las puertas de nuestra ciudad querían entrar con violencia, pero la multitud de sitiadores, que estaba dentro, se opuso y casi se entabla un combate a no ser porque los más prudentes de ambas partes llegaron a un acuerdo. Se dieron las manos y se prometieron con la fe del juramento participar en el sitio con las mismas armas, la misma intención y de común acuerdo, dejando a salvo el lugar y los bienes de nuestros ciudadanos. Solo quedarían para la lucha los habitantes del país y hábiles para pelear y los demás se retirarían. Entró entonces toda la multitud de los hombres de Gante y ocuparon un lugar en los alrededores del castillo. Luego los obreros y artesanos prepararon escaleras para trepar a los muros. Por ese mismo tiempo regresó Raes de Gavre, mayordomo, dolido por la muerte de su señor el conde, con toda su fuerza, para el asedio.

34. El miércoles 16 de marzo, por la noche, vigilia de Santa Gertrudis, llegó para el asedio la condesa de Holanda<sup>1</sup> trayendo a su hijo y una multitud con ella. Esperaba que todos los líderes del asedio elegirían a su hijo como conde [los derechos de Teodoro VI al condado de Flandes eran muy escasos], ya que así había sido sugerido por nuestros ciudadanos y muchos de los líderes. La condesa demostró mucha generosidad para con ellos, y se esforzó por atraer la amistad de todos los líderes, dando y prometiendo muchas cosas. Ese mismo día, Fromulfo y Balduino, caballeros de Somerenghem [al noroeste de Gantes], aparentaron venir de parte de Guillermo de Ypres y les anunciaron a los líderes

---

<sup>1</sup> Gertrudis o Petronila, hija del primer matrimonio de Teodorico, duque de Lorena, casada con Florent II, conde de Holanda, muerto en 1121. Era regente del condado en nombre de su hijo Teodorico VI.

del asedio que el rey de Francia había concedido el condado a Guillermo de Ypres y todos quedaron con inquietud ya que habían prometido a la condesa elegir a su hijo. Con esta mentira estos caballeros pretendían astuta y simuladamente retardar la decisión de los líderes del asedio de aceptar como conde al hijo de la mencionada condesa. Ante esta noticia los jefes se indignaron, si fuera verdad, de que el rey le hubiese otorgado el condado a Guillermo de Ypres. Se conjuraron entre sí y aseguraron que nunca militarían bajo ese conde de Flandes, pues para todos era sospechoso de haber participado en la traición al señor conde.

35. El jueves 17 de marzo los canónigos de San Donaciano ascendieron por escaleras a los muros de la parte sur del edificio de dónde sacaron los cofres, las reliquias y los ataúdes de los santos; con el permiso y consentimiento de los líderes los trasladaron a la iglesia de San Cristóbal, que está frente a la plaza y también llevaron los cortinados, los tapices, las alfombras, las largas capas de seda, las vestiduras sagradas, y una cantidad de utensilios y libros del templo y otras cosas que eran de pertenencia de la iglesia. Cuando el preboste vio que su fortuna cambiaba totalmente, sufrió de muy mal grado al ver que las anotaciones de los ingresos del conde, que guardaba para Guillermo de Ypres, eran llevadas por intervención del anciano Frumoldo. Tuvo que soportar de mala gana que fuesen llevadas todas las reliquias y adornos del templo. La iglesia de San Donaciano fue librada finalmente a los traidores que allí tenían sus concubinas, sus letrinas, cocinas, hornallas y toda clase de inmundicias.

El piadosísimo siervo de Dios, el conde Carlos, yacía todavía solo en el lugar donde había sufrido el martirio, abandonado a sus traidores. Después que fueron retiradas todas las cosas que se prefirió retirar, los canónigos, llorosos, llevaban con veneración las reliquias de los santos entre dolor, suspiros y llanto. Nadie fuera del clero y unos pocos para el transporte de las cosas, tuvo permiso para acercarse a los muros de la iglesia, pues a uno y otro lado había gente armada; sin embargo, en medio de tantas armas fueron venerados los santos, ofreciéndoseles paz y vía libre a los que los transportaban. Fue muy extraña y rara esa procesión, en la que Alger, camarero del preboste, revestido con una capa como si fuese un clérigo, llevaba la cruz. Pues, temiendo por su vida, con esta simulación consiguió evadirse. Todos los ciudadanos buenos sintieron dolor ante estas cosas; sintieron alegría, sin embargo, de que las reliquias de los santos estuviesen a salvo ya que habían estado en la iglesia expuestas a los enemigos y a los ladrones del lugar, si hubiesen permanecido allí como quedó en evidencia luego con la captura del castillo y la invasión a la iglesia.

Es digno de notarse que en medio de tan grande tumulto y tantas casas incendiadas, ya que desde dentro del castillo por la noche lanzaban flechas con fuego sobre los techos de la ciudad y hubo también ladrones desde afuera para apoderarse de algo. Entre tantos peligros por las noches y combates durante el día, yo, Gualberto, no tuve tiempo para escribir y debí anotar una síntesis de los acontecimientos en mis tabletas, a la espera de algún espacio de tiempo tranquilo de noche o de día, para ordenar el relato de las cosas. De este modo, en medio de peligros, transcribí para los fieles lo que aquí veis y leéis; debido a la confusión y al gran número de cosas no pude detallar lo que hizo cada uno, sino describí con atención el orden de los sucesos en la continuidad del asedio en cuanto a la lucha y sus causas, y me concentré, casi contra mi voluntad, en poner todo por escrito.

La estructura de las escalas era la siguiente. Primeramente se construyó una escala larga, con sus correspondientes clavijas, ajustada a la altura de los muros del castillo. A derecha e izquierda se colocaron vigas muy fuertes, a modo de una empalizada. En la parte de adelante de la escala se armó una empalizada adecuada y sobre esa escala se construyó otra más estrecha y más larga, del mismo tipo, de modo que después de poner vertical la escala mayor, la menor cayera dentro de los muros. Las empalizadas a derecha e izquierda servirían para protección de los que subieran.

**36.** No podemos pasar en silencio que muchos de los que estaban encerrados en el castillo no habían participado en la muerte del conde ni de hecho ni por consentimiento, pero se habían visto encerrados con los bandidos el día en que estos se refugiaron entre los muros. También había otros, que aunque no habían participado materialmente en el asesinato, sin embargo, entraron espontáneamente al castillo con los asesinos y estaban de acuerdo con ellos. Hubo otros también que habían ingresado el primer día o en días subsiguientes atraídos por recompensas y afán de ganancias. Entre ellos había un tal Benkin, que era un arquero cruel y hábil en el lanzamiento de flechas. Este recorría los muros para luchar, y ya estaba en un lugar ya en otro de modo que parecía que fuesen muchos los que causaban heridas desde adentro sin cesar. Cuando era él el que disparaba se lo distinguía entre todos ya sea porque hería gravemente a los que estaban sin escudo o porque, lanzando flechas dejaba confusos a los que estaban armados que, estupefactos, se daban a la fuga. Estaba también entre ellos un caballero de nombre Weriot, que desde su juventud había sido ladrón y salteador. Este causaba grandes daños entre los atacantes que estaban fuera de los muros, arrojando piedras, para lo que utilizaba solamente su mano izquierda. Para esta obra criminal había dentro de los muros un gran número de reos y ayudantes de ellos, ocupados de día y en las vigilias de la noche aplicados al combate,

ataques y distintas tareas. Habían reforzado desde adentro las puertas del castillo con tierra, piedras y estiércol desde abajo hasta arriba. De modo que si se quemaban las puertas no se podía llegar hasta ellos. Efectivamente, a las grandes puertas se les había arrimado fuego desde la parte del este y habían quedado casi completamente quemadas, de modo que se hubiese producido una gran abertura, a no ser por la mole de materiales descrita anteriormente. En fin, el paso por las puertas había quedado obstruido por montones de tierra y piedras; además, tanto los sitiados como los sitiadores habían destruido los puentes que conducían al castillo, de modo que no quedó ningún acceso para los sitiadores ni salida para los sitiados.

37. Por lo tanto, habiendo ya protegido sus salidas, los sitiados se esforzaban por obstruir las puertas del templo hacia el sur y las puertas de la casa del conde, que salían al castillo y las puertas que desde el claustro daban al castillo; para que si por un infortunio debían desalojar el castillo, podrían refugiarse en la casa del conde y en la del preboste, o en el refectorio y el claustro de los monjes y en la iglesia. La iglesia de San Donaciano estaba edificada en una alta rotonda con una cúpula recubierta de tejas y ladrillos. Por lo demás el techo estaba trabajado en madera y se alzaba un artístico campanario. Por eso esta iglesia sobresalía por su brillo y belleza, como sede del gobierno, en el centro de la seguridad y la paz de la patria, impartiendo según el derecho y las leyes a la tierra de los padres salvación y justicia. Anteriormente el fuego había consumido todo el trabajo de madera y después se había utilizado arcilla y piedras para evitar ese peligro. En la parte del templo que da al oeste se había edificado una fuerte torre en la misma estructura de la iglesia que sobresalía por su altura y en la parte superior se dividía en dos torretas más pequeñas. Había un muro que rodeaba la casa del preboste y el dormitorio y el claustro de los monjes e igualmente toda esa parte del castillo. Los asediados contaban con ser amos de este muro porque era fuerte y alto, con torretas y una galería exterior para ayudar en la lucha. Pero si bien el muro era fuerte y las gradas de ascenso eran sólidas, se trabajaba día y noche para dar más seguridad al interior, pues ya habían comprendido los sitiados que deberían luchar contra todo el mundo.

## **CAPÍTULO IX. Vanas conferencias entre las partes para lograr un arreglo. Toma del castillo. Los sitiados se refugian en el templo**

Bien podrían entonces acordarse de lo que habían dicho: Si matamos a Carlos, ¿quién vendrá a vengarlo? Eran realmente muchísimos y el número de los vengadores era incierto para los hombres y conocido solo por Dios; por eso el interrogativo “quién” tuvo una respuesta correcta y plena. Hay que saber que dentro del castillo había caballeros muy valientes junto con los bandidos, que siempre estaban con el ánimo de salir o lanzarse fuera de los muros, si tenían oportunidad, porque de otro modo serían considerados con la nota común de traidores todos los que estaban asediados con ellos. Teniendo esto en cuenta los jefes del asedio, reunidos sus consejeros y los considerados más prudentes, se acercaron a los muros y trataron de parlamentar con todos los asediados que estaban dentro. Ordenaron que se llamara a acercarse a los muros a todos aquellos de los sitiados que no eran culpables y les ofrecieron licencia y potestad para salir de entre los sitiados si así lo deseaban, estando a salvo su vida y sus miembros, siempre que quedase patente su inocencia. Además, si otros, fuera de los bandidos, deseaban salir y probar su inocencia a juicio de los jefes, gozaban de la misma libertad de salir. Pero no se acordaba ninguna gracia a los que habían cometido un crimen tan grande nunca conocido hasta entonces; estos, por el contrario, serían castigados con un inaudito exterminio, y una forma amarga de muerte no conocida hasta entonces. Según lo ordenado y lo pactado, salieron muchos cuya inocencia era evidente y fueron obligados a probar su inocencia aquellos a quienes no se les creía del todo.

**38.** Por fin el preboste con el rostro triste y abatido el rigor de su soberbia y su majestad, con la mente consternada, se acercó a conferenciar, con su hermano el señor Hacket, con humildes palabras. Encargado de responder en nombre del preboste y de todos los asediados fue el señor Hacket que así les habló a los jefes: “Que nuestros señores y amigos tengan piedad de nosotros, si es que permanece algún vestigio de nuestra antigua amistad, y deben exhibir hacia nosotros su piedad en cuanto les sea posible, salvo su honor y su poder. Os rogamos y suplicamos, señores de esta tierra, que recordéis toda la amistad que os hemos brindado y tengáis misericordia de nosotros, que hemos llorado con vosotros la muerte del señor conde y condenamos a los culpables y los alejamos totalmente de nosotros, a pesar de que, contra nuestra voluntad, llevamos en nosotros el parentesco de su sangre. Imploramos a vuestra potencia que oigáis nuestro pedido por nuestros sobrinos que decís que son culpables. Pedimos que tengan libertad de salir ya del castillo y luego, establecida para ellos una justa pena por tan horrible crimen, por parte del obispo y los

magistrados, partan a un exilio perpetuo y así, de alguna manera, con cilicio y penitencia, merezcan reconciliarse con Dios, a quien ofendieron gravemente. Por nuestra parte, el preboste y yo y Roberto el Joven estamos preparados con nuestros hombres, a probar ante toda la nación que somos inocentes en cuanto a obra y consentimiento de la traición y estamos preparados para probar totalmente nuestra inocencia si alguien entre los hombres debajo del cielo se digna aceptar los argumentos de nuestra prueba. Mi señor el preboste se ofrece a presentar una prueba cuán grave se quiera de su inocencia en presencia de todo el clero, porque tiene el testimonio de su conciencia limpia. Requerimos, por lo tanto, de parte de vosotros, que, salva su vida y sus miembros, les permitáis a los sobrinos reos y culpables de traición, que tengan libertad de ir al exilio y a nosotros ser excusados con una sentencia de verdadera prueba, a los caballeros juzgados según el derecho secular y a los clérigos, según las escrituras divinas. Si rechazáis esto, preferimos vivir sitiados junto con los culpables antes que salir ante vosotros para morir torpemente”.

Habiendo terminado sus palabras el señor Hacket, se adelantó uno de los caballeros del asedio, de nombre Gualterio, para responder: “No tenemos por qué recordar ahora ningún beneficio de parte de vosotros ni guardar ningún vestigio de una vieja amistad, ya que al señor conde traicionado lo hemos sepultado y llorado dignamente, y vosotros lo habéis abandonado y participasteis con los bandidos del tesoro del país, y ocupáis injustamente el palacio condal, siendo muy impíos traidores de vuestro señor y nada absolutamente os pertenece del país y del condado. Todo lo poseéis injustamente, tanto vuestra vida como los bienes externos, porque habéis obrado sin fe y sin ley y por lo tanto habéis levantado en armas contra vosotros a todos los que profesan el nombre de cristianos, porque asesinasteis al gobernante de este país que murió por la justicia de Dios y de los hombres, en la sagrada Cuaresma, en un lugar sagrado, postrado en medio de sus sagradas plegarias. Es por eso que ahora rompemos, renunciamos y repudiamos el homenaje que hasta ahora os prestábamos”. Asistía a estas palabras toda la multitud de los sitiadores y cuando tuvo fin esta respuesta, tomando pajas, las partieron en señal de la ruptura de la fidelidad y seguridad para con los sitiados. Ambos grupos se separaron con los ánimos airados y obstinados, los de un lado para realizar el asalto y los del otro para resistir.

**39.** Ese mismo día nos enteramos por los hombres de armas de la abadesa del monasterio de Origny lo que le había sucedido a Isaac, que en la misma noche de su huida, creyendo haber llegado a Gante, en realidad se encontraba cerca de Ypres. Desde allí huyó a Steenvorde [Steenvorde o Estanfortm cerca de Cassel], a una granja de Guido, su yerno, y



por su consejo se dirigió por la noche hasta Théroutanne y allí furtivamente asumió el hábito monacal. Pero la noticia de su huida y una búsqueda generalizada se iba extendiendo detrás del que huía de modo que no podía estar en un lugar sin que se supiera al instante. Es por eso que el hijo de un abogado de Théroutanne, habiendo tenido noticia de la fuga de Isaac, se introdujo en el claustro de los monjes y lo encontró escondido bajo su capucha y haciendo como que recitaba los salmos. Y lo tomó cautivo y lo hizo salir, con golpes de varas y cargado de cadenas: de este modo consiguió que confesara los nombres de los reos de la traición del conde. Confesó lo que él había hecho y los nombres de otros bandidos añadiendo que fueron muchos los que habían estado al tanto del crimen, siendo cómplices de los delincuentes y él sabía quiénes lo habían asesinado materialmente con la espada. Nombró como quienes habían tramado con él el pérfido complot a Bouchardo y Guillermo de Wervick, Enguerrand de Esne, Roberto el Joven, Wilfrid, hermano del preboste y otros pocos más homicidas perversos. Algunos habían reportado que Isaac había dicho que junto a un roble en un huerto vecino a su casa había enterrado dinero pero nuestros caballeros inspeccionaron el lugar y cavaron sin encontrar nada.

40. El viernes 18 de marzo se apoyaron las escalas contra los muros y se intercambiaron por ambas partes tiros de flechas y piedras. Los que arrimaron las escalas estaban protegidos con escudos y corazas y así progresaban. Eran muchos los que seguían para ver cómo podían enderezar las escaleras para adosarlas a los muros, porque eran muy pesadas debido al verdor y a la humedad, teniendo una altura de alrededor de sesenta pies de hombre y contando la escala inferior con un ancho de doce pies y siendo la escala superior algo más estrecha pero un poco más larga. Mientras arrastraban las escalas los que lo hacían con las manos proferían gritos clamorosos que resonaban en lo más alto del aire. Los ciudadanos armados de Gante protegían con sus escudos a los que transportaban las escalas. Habiendo advertido la maniobra los sitiados subieron a los muros y ocuparon los parapetos abrumando a los que transportaban las escalas con innumerables lanzamientos de piedras y flechas. Entre tanto, algunos jóvenes llenos de coraje y audacia, tomaron unas escalas más pequeñas que podían ser transportadas por diez hombres, y queriendo anticipar el asalto por parte de las escalas mayores, ascendieron al muro uno tras otro. Pero cuando alguno intentó llegar a la parte superior de la escala y subir al muro, los que estaban ocultos adentro rechazaban a los que subían con lanzas, picas y dardos, de modo que no pudo haber nadie tan audaz y veloz que pudiera alcanzar a los sitiados por medio de las escalas menores. Entre tanto se hacían esfuerzos por parte de otros para perforar el muro con masas de construcción y toda clase de herramientas de hierro y aunque lograron romper

una gran parte del muro se retiraron sin haber tenido éxito. Pero cuando un gran número de transportadores ya estaba cerca de los muros y se luchaba ferozmente para resistir los golpes de las piedras, las densas tinieblas de la noche no permitían luchar a ninguno de los dos bandos y habiendo así recibido muchas heridas, los ciudadanos de Gante decidieron esperar al día siguiente, cuando se reunirían con ellos todos los sitiadores, y así, alzadas las escalas mayores, pudieran tener acceso a los asediados.

41. El sábado 19 de marzo, al amanecer, los asediados, presionados en diversas partes del castillo, después de luchar todos los días, dieron un descanso a sus miembros. Sintiendo un poco más seguros, ya que el día anterior habían luchado contra la gente de Gante (pues el día anterior, experimentando esa seguridad, los vigías de los muros habían entrado en la casa del conde para calentarse con el fuego por la aspereza del frío y los vientos, dejando abandonado el patio del castillo), y nuestros ciudadanos, utilizando escaleras livianas que un solo hombre podía transportar, habían subido por la parte sur donde estaban las reliquias de los santos. Ya adentro, sin hacer ruido ni proferir gritos, se reunieron en varios cuerpos, preparándose para la lucha. Determinaron luego que un pequeño número de ellos irían, estando dentro de los muros, hacia las puertas mayores, para remover las pilas de tierra y piedras y abrirles el paso a todos los que estaban afuera y que todavía ignoraban estos hechos. En la parte occidental del castillo habían encontrado una puerta cerrada firmemente con llave y cerradura de hierro sin estar obstruida por tierra ni piedras; a esta la tenían los traidores para que por ella pudieran entrar y salir quienes ellos quisieran. Nuestros ciudadanos de Brujas abrieron ese acceso con golpes de espadas y hachas. El clamor que se originó y los ruidos de armas, conmovieron al ejército que rodeaba el castillo. Es así que entró al castillo una gran tropa de los sitiadores, algunos para pelear y otros para apoderarse de lo que pudiesen encontrar; otros, finalmente, para entrar en la iglesia y rescatar el cuerpo del bienaventurado Carlos para llevarlo a Gante.

Entre tanto los traidores, que dormían profundamente en la casa del conde, se despertaron aterrorizados ante el clamor, sin saber qué era lo que sucedía y corrieron para ver qué pasaba. Cuando advirtieron el inminente peligro, tomaron las armas y quedaron ante las puertas esperando el momento de ir a las manos. Algunos de ellos, al ingresar nuestros ciudadanos al castillo fueron rodeados junto a una de las puertas; eran los soldados encargados de la custodia de esas puertas en la parte oriental; y cuando entraron los ciudadanos tumultuosamente, no pudiendo hacer nada, se rindieron a la misericordia y piedad de sus apesadores. Pero algunos de ellos, temiendo por su vida si llegaban a caer en manos de los ciudadanos, se lanzaron desde los muros y uno de ellos, el caballero

Giselberto, al precipitarse expiró. Algunas mujerzuelas lo habían llevado a una casa para hacerle los funerales, pero el caballero Teodorico y su gente ataron el cadáver a la cola de un caballo que lo arrastró por toda la ciudad y finalmente fue arrojado al pozo ciego en el centro de la plaza. Cuando los ciudadanos vieron que había quienes intentaban resistir en las puertas de la casa del conde, ascendieron por las gradas que llevaban a las puertas, y con golpes de espadas y hachas destrozaron las puertas y llegaron hasta los asediados y los persiguieron hasta el interior de la casa y hasta la galería que era el paso usual para el conde desde su casa a la iglesia de San Donaciano.

En esta galería, construida con piedras y en forma de bóveda, se desarrolló el encuentro más importante, donde los ciudadanos lucharon cuerpo a cuerpo solo con espadas, dado que los asediados no querían retroceder más. Demostrando fuerza y coraje ambos bandos permanecían inmóviles como los mismos muros, hasta que se reunió una gran fuerza de los atacantes y nuestros ciudadanos los pusieron en fuga. Bouchardo, cruel, iracundo, feroz e impertérrito, con una enorme fuerza corporal, resistía siempre a los atacantes cara a cara, hiriendo despreciativamente a muchos y abatiendo a otros a golpes de espada. Al mismo tiempo perseguían a Roberto el Joven, sobre el que nadie quería poner mano, porque habían oído decir que era inocente de la traición, y más aún, que era muy querido en el país antes de la traición y que así había permanecido con posterioridad a ella. El noble joven se había negado a huir pero, a pedido de sus amigos, siguió a los otros que huían y, si no hubiese sido por él, hubiesen capturado allí mismo a Bouchardo y a los otros reos de traición. Una vez que los traidores se refugiaron en el templo ya no fueron ulteriormente perseguidos por los ciudadanos. Los ciudadanos, en cambio, se dedicaron al saqueo, recorriendo la casa del conde y la del preboste y el dormitorio y el claustro de los monjes. Todos los sitiadores hicieron lo mismo esperando tal vez conseguir el tesoro del conde o el mobiliario de las casas situadas dentro de los muros. Y creyendo que podían hacerlo sin cometer ninguna falta se llevaban todo lo que podían de la casa del conde, a saber, colchones varios, alfombras, lencería, vasos, ollas, cadenas, barras de hierro, lazos, cuerdas de tripa, collares, brazaletes, toda clase de utensilios de hierro para mantener prisioneros, puertas de hierro del tesoro del conde, conductos de plomo para el agua que habían arrancado de los techos. En la casa del preboste arrebataron camas, sillas, vestimenta, vasos y todo el mobiliario. No voy a mencionar la enorme cantidad de granos y de carne, de vinos y cervezas, de la que se apoderaron en las bodegas y despensas del conde, del preboste y de los monjes. En el dormitorio de los monjes hicieron una rapiña

tan grande de ropa cara y preciosa que no cesaron en ir y volver para transportarla desde su ingreso al castillo hasta la noche.

## **CAPÍTULO X. Fuga del preboste. Disensos entre los sitiadores. Ocupan la parte inferior de la iglesia Los sitiados mantienen la torre y la tribuna**

42. A los sitiados solamente les quedaba la iglesia y las vituallas que habían llevado con ellos hasta el templo, a saber, vino y carnes, harina, quesos, legumbres y otras cosas necesarias para la vida. No puedo dejar de nombrar aquí a los que eran los jefes de los sitiados, a saber, el señor Hacket, Bouchardo, Roberto el Joven, Gualterio, hijo de Lamberto de Reddenbourg, Wilfredo Kmop. El preboste Bertulfo, en la tercera noche, es decir, la noche del jueves antes de la captura del castillo, le entregó al mayordomo Gualterio hasta cuatrocientos marcos, se suspendió de una cuerda y se dejó caer él solo, confiando en Gualterio más que en ninguna otra persona en esta tierra. Este lo trasladó hasta un lugar desierto, es decir, hasta Moer, y allí lo dejó solo, expuesto a sus enemigos y teniendo que huir. Pero él allí, en un lugar desconocido, no tenía donde huir ni dónde refugiarse.

Los asediados subieron a la torre y lanzaban desde allí grandes piedras sobre los que se movían dentro del castillo llevando los muebles y les ocasionaron grandes daños hasta el punto de que muchos fueron los que perecieron. Los vencedores del castillo entonces apuntaron sus flechas contra las ventanas de la torre de modo que nadie de la torre podía asomar su cabeza sin recibir mil flechas o mil tiros de honda, de modo que toda la torre quedó llena de flechas clavadas. Como esto no conducía a nada, los asediados lanzaron llamas sobre el techo de la tribuna de los cantores que estaba anexa al templo, tratando así de quemar la casa del preboste, cuyo techo era vecino. Pero viéndose frustrados en eso, corrían de aquí para allá en el piso del templo y el coro y el interior del santuario, armados y precavidos, para que nadie se atreviera a entrar violentamente hacia ellos por las ventanas o por las puertas.

43. A primera hora de la mañana un joven de la gente de Gante ascendió por una escalera hasta la ventana principal del santuario de la iglesia y con golpes de espada y lanza rompió el vitral y los cerramientos de hierro y, descendiendo, abrió audazmente un cofre en busca de botín. Comenzó a revolver y meter la mano por aquí y por allá, cuando la tapa pesada del cofre cayó y golpeó al ladrón dejándolo muerto. El muerto quedó tapado por una cantidad de plumas por largo tiempo en el lugar donde había caído pues había gran cantidad de plumas en el santuario. Mientras tanto la gente de Gante esperaba al joven, que no regresaba y decidieron entonces entrar violentamente por la ventana. Pues ellos habían enviado a ese joven, por ser el más audaz, para intentar el ingreso al templo y creían así poder apoderarse del cuerpo del conde, pero contra ellos se oponían con las armas

nuestros ciudadanos que nunca toleraron que los de Gante ni siquiera hablaran de retirar el cuerpo del conde. Nuestros ciudadanos estaban indignados mucho más de lo que cualquiera pudiera creerme, de que alguien intentara retirar el cuerpo de nuestro lugar, En medio de la disputa ambos bandos extrajeron sus espadas y se produjo un gran tumulto, y todos se trabaron en lucha. Entre tanto los asediados atacaban en cuanto podían a los vencedores. Los más prudentes de los nuestros, ante la novedad del tumulto, la victoria y la disputa, a saber, que la gente de Gante sostenía que por derecho debían trasladar el cuerpo del conde a su ciudad, porque ellos con el instrumento de sus escalas habían aterrorizado a los sitiados y los habían obligado a abandonar el castillo, pero nuestros ciudadanos, por el contrario, afirmaban que de nada sirvieron los instrumentos de ellos y que en el asedio no habían hecho otra cosa más que robar, ocasionando un considerable costo a nuestra ciudad. Y trataban de calmar las disputas diciendo: “No discutamos. Más bien esperemos juntamente hasta que Dios nos conceda a nosotros y al país un conde bueno y legítimo y entonces se pueda tomar una decisión sobre el cuerpo en acuerdo de los líderes del país, el obispo y el clero”.

Así calmados, prepararon los sitiadores hombres audaces armados para entrar al templo y atacar. Reunieron todo su vigor y se lanzaron con ímpetu contra la puerta del templo que da al claustro. Hicieron huir a los asediados desde el piso inferior hasta la tribuna, donde impía y fraudulentamente habían dado muerte al dignísimo conde del país. Los siervos se encontraron allí arrinconados junto a su señor, aunque sin que ellos lo quisieran, encerrados con su señor el conde. Entró finalmente la gente de Gante al santuario y buscaban a aquel joven que habían hecho entrar por la ventana principal del santuario y lo encontraron cubierto de plumas y muerto, diciendo algunos que lo había matado Bouchardo cuando incautamente aquel había entrado al templo. Es imposible describir la cantidad de piedras que se arrojaron desde lo alto de la galería sobre los vencedores que se encontraban en el piso del templo y cuántos de ellos fueron abrumados y aplastados, heridos por flechas y lanzas. Todo el coro quedó cubierto por la cantidad de piedras y en ningún lugar podía verse el piso. Las paredes y las ventanas de vidrio y las sillas del coro fueron destrozadas y todo estaba confuso y roto y nada quedaba en el templo santo e íntegro sino que todo presentaba una deformidad más horrible que la de una cárcel. En la tribuna, los asediados habían construido empalizadas con los cofres, las mesas de los altares, los asientos y otros muebles de la iglesia, todo eso atado con las cuerdas de las campanas. Hicieron pedazos las campanas y el plomo, con el que antiguamente estaba recubierta la iglesia, y con esos trozos atacaban a sus enemigos. Dentro de la iglesia, es

decir, en el coro se luchaba acérrimamente. Y desde la torre y sus puertas fue tan grande el destrozo causado que no me es posible describirlo, ni puedo expresar la cantidad de los golpeados y heridos.

44. Entre tanto, el caballero Gervasio, chambelán y consejero de los condes del país, ocupó la mansión mayor del conde con una gran fuerza y ordenó colocar su insignia en la parte superior del edificio. Esto lo hizo por celos contra los sitiados que desde el primer día del asedio, incluso el mismo día en que esos siervos impíos habían dado muerte a su señor, habían colocado sus insignias en contra de sus enemigos. Por su parte, Guillermo de Ypres, colocaba su insignia como señor y conde del territorio, contra los que se negaban a pagarle los impuestos y se negaban a aceptarlo como conde. Los traidores, el primer día del sitio, sin el menor rasgo de humildad, ya que suponían que los jefes del territorio se consideraban cómplices en el crimen y confiaban en sentirse en una segura amistad con ellos, habían fijado con soberbia sus insignias en lo más alto de la casa del conde y en la torre de la iglesia y en otras tres torres menores, en el pórtico del preboste y en las puertas del castillo, para que así fuese evidente que ellos eran los amos, que aguardaban a los grandes del país, amigos y cómplices, con cuyo poder destruirían el asedio y quedaría impune la traición al conde. Desiderio, hermano de Isaac, ocupó la mansión menor del conde, con algunos de nuestros ciudadanos, y colocó su insignia en lo alto del pórtico. Roberto el Joven, habiéndolo visto pasar desde lo alto de la torre del castillo le reprochó con estas palabras: “Desiderio, ¿no recuerdas que hace poco nos aconsejabas traicionar al señor conde; traicionaste la fe y el juramento y ahora gozas en nuestro infortunio y nos persigues? ¡Ojalá yo pudiera salir! ¡Retarte a un duelo singular! ¡Pongo a Dios por testigo de que tú eres más traidor que nosotros, ya que primero traicionaste al señor y ahora a nosotros!” Estos improperios a Desiderio fueron oídos por todos.

45. También en la casa del preboste, los sobrinos de Tancmaro, que tuvieron parte en la traición, fijaron sus insignias, con soberbia, gloria y poder. Todos habían visto esto con gran disgusto y nuestros ciudadanos se mostraron muy afligidos porque antes de la traición el preboste y los suyos habían sido personas muy religiosas y amigables parra con ellos, y eran tratados por todos con honor en nuestro lugar y en todo el país. Estos mencionados sobrinos, después de haber tomado posesión de las casas y de plantar sus insignias, se apoderaron como propios de todos los bienes que encontraron. El corazón de nuestros ciudadanos se levantó contra los sobrinos de Tancmaro y buscaban la ocasión para luchar contra ellos y matarlos.

Por lo tanto, en la tarde del sábado, cuando los sobrinos de Tancmario estaban enviando los granos y el vino que habían sacado de la casa del preboste a su granja, nuestros ciudadanos fueron a enfrentarlos aún dentro de la ciudad y con sus espadas les rompían las vasijas de vino. Se originó un enorme tumulto y los ciudadanos cerraron las puertas de la ciudad a fin de que ninguno de esos sobrinos pudiese escapar. Los sitiados fueron los que llamaron a los ciudadanos, en otro tiempo sus amigos, pidiéndoles que destruyeran a sus enemigos, por causa del horrible delito cometido. Los sobrinos de Tancmario, no pudiendo resistir a los ciudadanos en casa del preboste, procuraron huir. Tancmario, huyendo, había llegado a una de las puertas y la encontró cerrada. Allí le preguntaron cuál era la causa de un tumulto tan grande y él mintió diciendo que se trataba de una lucha entre sitiadores y sitiados. Finalmente se refugió en una pequeña casa hasta ver qué sucedía con sus sobrinos. Cuando los ciudadanos cruzaban con las armas en la mano por el puente de San Pedro y por el puente del castillo, se acercó a ellos el mayordomo Gualterio y otros jefes del asedio en un esfuerzo por apaciguar el tumulto. Había tantos hombres con lanzas en la plaza que podría creerse que era un espeso bosque de lanzas. Esto no era de extrañar porque en ese mismo día había concurrido a la ciudad gente de todo el país, en busca de botín, por venganza, más aún para retirar el cuerpo del conde o ante el asombro de lo que ocurría. Todos clamaban que, por derecho, Tancmario y los sobrinos debían ser llevados a la horca, ya que por su causa había sido asesinado el conde, y estaban sitiados el preboste y sus sobrinos y muchos de su familia habían sido asesinados o condenados a una muerte vergonzosa. Es por eso que no se podía soportar que se los perdonara, pues debían ser condenados a una muerte más ignominiosa y cruel aquellos que habían desacreditado ante el conde, a sus señores, el preboste, a sus hermanos y sobrinos, más poderosos y nobles en el condado, con fraudes y sedición y por dinero.

A duras penas los jefes podían calmar esas turbulencias, ya que el escudero Hacket y Roberto el Joven, con amigos y parientes de esos mismos ciudadanos, desde la torre más alta, agitaban brazos y manos para que atacaran a los sobrinos de Tancmario, que arrogantemente se habían apoderado de la casa del preboste y habían colocado sus insignias victoriosas, como si con sus fuerzas hubiesen tomado el castillo, siendo que en el momento en que los ciudadanos atacaban violentamente el castillo, los sobrinos de Tancmario dormían en su casa y en su granja. El tumulto se calmó, por fin, con la condición de que en ese mismo momento abandonasen la casa y que retiraran con vergüenza las insignias que habían fijado. Se retiraron, empero, con temor bajo la guía de los jefes, y con tal desconfianza de los ciudadanos que cada uno de los sobrinos de Tancmario iba montado en



el mismo caballo que su conductor. Así quedó la casa bajo la vigilancia de los caballeros y ciudadanos de nuestro país, gracias a cuyas fuerzas se consiguió esa victoria aquel día. Finalmente, terminado el día, se puso gran cuidado en las noches siguientes en vigilar el patio del castillo, y el claustro de los monjes al igual que la casa del preboste y el refectorio, y el dormitorio de los monjes. Pues los sitiados tenían la intención de incendiar los techos del claustro y las casas cercanas al templo para que así los sitiadores no tuvieran acceso a ellos. Por eso los custodios vigilaban por la noche con miedo y solicitud. A menudo, los asediados, sigilosamente, saliendo por la noche, infundían temor a los custodios. Por lo demás, los traidores habían ordenado a sus hombres de vigilancia en la torre del templo hacer sonar en la noche trompetas, bocinas y cuernos, teniendo esperanza de poder ser liberados, ya que los jefes de los sitiadores por carta hecha llegar a la torre por medio de flechas les ofrecían amistad y ayuda.

46. Por orden del mayordomo Gualterio, el preboste, teniendo por guía al hermano de Fulco, canónigo de Brujas, un pérfido caballero, pasada la noche del jueves, llegó a caballo a una granja cercana de la ciudad de Kaihem [Keyem, a seis kilómetros al norte de Dismude], propiedad de Gualterio y de Bouchardo. Estuvo allí oculto por poco tiempo y, habiendo sido descubierto, huyó con la sola custodia de la noche a lo de su esposa [de Gualterio] en Furnes y nuevamente, desde allí, como no podía estar escondido en la noche del viernes, pasó a Warmeton [a doce kilómetros al sureste de Ypres]. Esa misma noche, según supimos, continuó huyendo, con los pies desnudos padeciendo voluntariamente la pena de sus pecados, para que Dios perdonase a tan gran pecador que había delinquido contra el piadoso conde. Es muy probable, porque poco después cuando fue capturado, las plantas de sus pies parecían destrozadas, porque en la marcha nocturna tanto había pisado las piedras que sus plantas estaban sangrando. Así sufrió cruelmente este hombre, que anteriormente daba órdenes a todo el mundo, sobresaliendo por las riquezas y honores del siglo, sumergido en placeres, que temía tanto un dardo como una picadura de pulga. Ahora erraba solitario exiliado en su propio país. Retornemos después de esta digresión a las vigiliadas de la noche mencionada anteriormente en la que soportaban los temores nocturnos tanto los sitiadores como los sitiados. Cansados y fatigados ambos bandos cambiaban el sueño de la noche por el del día.

## **CAPÍTULO XI. Guillermo de Normandía asume el condado de Flandes en lugar del bienaventurado Carlos. Se producen insidias por el traslado de su cuerpo a Gante**

47. El domingo 20 de marzo, en la noche del abad Benito, desde Arras, el rey Luis de Francia les envió a los jefes y barones del asedio un saludo con su fidelidad y su auxilio y todo su favor para la venganza de su primo y justísimo conde de Flandes, Carlos, a quien le correspondía con justicia la corona más que al conde de los perversos traidores: “No es oportuno que al presente yo vaya hasta vosotros; iré prontamente con algunos de los míos cuando tenga noticia del resultado de este sitio. No sería prudente de mi parte caer en manos de los traidores del país, porque, según supimos, hay muchos todavía que sienten pena por los sitiados, y defienden sus crímenes, y trabajan en toda forma para que puedan evadirse. El país está en desorden y ya hay quienes se juramentaron para que con violencia Guillermo obtenga el condado, pero contra él se conjuraron casi todos los ciudadanos para no aceptar a ese Guillermo como conde, porque es bastardo, pues nació de padre noble y de madre de origen bajo, que mientras vivió no cesó de cardar lana. Es mi deseo y os ordeno que os reunáis sin dilación en mi presencia y de común acuerdo elijáis a un conde inteligente, que será vuestro ideal y gobernará, con vuestro consentimiento, a los habitantes del país. No puede el país estar por más tiempo sin un conde, para evitar un peligro más grave aún que el actual”.

Esta carta había sido leída en presencia de todos, y aún no le habían respondido al rey si irían o no, cuando llegó otro mensajero del sobrino del conde Carlos, deseándoles a los jefes del asedio salud y afecto amistoso para con todos los habitantes del país: “Todos vosotros tenéis la certeza de que después de la muerte de mi señor el conde, me pertenece a mí por derecho de parentesco la posesión y el poder del condado. Es por eso que deseo que penséis con consideración y prudencia sobre la elección de mi persona y os advierto y os ruego que no me apartéis del cargo, ya que por derecho y por parentesco, si me lo concedéis, seré un futuro conde justo, pacífico, amable, y preocupado por el bien común y la paz”.

Entonces los jefes, e igualmente todos los que habían oído el contenido de esta carta enviada desde Alsacia por el sobrino del conde, afirmaron que era falsa y que nada se respondería ya que el país estaba en problemas y había que reunirse a la brevedad con el rey y que de ninguna manera podían tratar sobre la elección de ese sobrino. Como última resolución se prepararon para cumplir la orden del rey yendo a él el lunes y el martes. Posteriormente, sin embargo, con una decisión práctica y un diseño uniforme, los jefes

convocaron a los ciudadanos y ese mismo domingo decidieron atacar a los asediados en la torre. Hicieron esto con el fin de presionar y aterrorizar a los sitiados, para que al retirarse súbitamente los jefes para ir hasta el rey, no se atrevieran los asediados a salir de la torre y fugarse. Se luchó violentamente por ambas partes y los asediados no sabían por qué se los atacaba en domingo siendo así que en el pasado los domingos se habían mantenido en paz. Salieron, pues, el lunes y el martes, hacia Arras para hablar con el rey, ordenando que se vigilase noche y día, armados y con cautela, para que ninguno de los asediados pudiese huir.

48. El miércoles 23 de marzo Isaac fue apresado, tres semanas después de la muerte del conde. Antes de la Anunciación de Santa María y antes del Domingo de Ramos el arquero Lamberto se lanzó de la torre y huyó hasta la ciudad de Michem [lugar desconocido] en una pequeña barca. Este formaba parte del círculo de Bouchardo y siempre obraba con maldad, fuera aconsejando, cometiendo e instigando cosas perversas a sus señores. Por eso era odiado por todos los que se habían enterado en el asedio de sus maldades. Estuvo dentro del castillo desde el comienzo del asedio hasta el tiempo de su fuga, y siempre estuvo dispuesto para todo lo que se organizaba ahí dentro. Era habilísimo para lanzar flechas, para arrojar lanzas y toda clase de proyectiles, causando una gran carnicería entre los enemigos. Después que huyó a primera hora de la mañana los ciudadanos lo buscaron durante todo el día. Después de que se lanzara desde la torre, Bouchardo gritaba desde allí a los sitiadores cuándo y a qué lugar había huido su consejero y amigo. Finalmente los ciudadanos encontraron el lugar donde se había escondido y allí lo hicieron prisionero y lo hubiesen ahorcado en la plaza si hubiesen estado presentes los jefes del asedio que en ese momento estaban en Arras tratando asuntos de estado. Fue puesto bajo la fe y el juramento de uno de nuestros ciudadanos, Gerberto, que era pariente suyo, que lo mantuvo cautivo y en estricta custodia hasta la llegada de los grandes del condado para que a juicio de ellos se decidiese lo que se haría con él.

49. El jueves 24 de marzo Gualterio Cruval trajo la noticia a los nuestros de que el rey de Inglaterra había hecho un trato con Guillermo de Ypres para darle una gran cantidad de dinero y trescientos caballeros en ayuda para constituirse en conde de Flandes. Aunque esa noticia fuese falsa, sin embargo, con simulación, se la difundió como creíble. Hay constancia de que Guillermo de Ypres recibió del tesoro del conde Carlos quinientas libras de moneda inglesa por manos de los sobrinos del preboste Bertulfo que, como muy impíos traidores, intentaron poner al frente del condado a ese mismo Guillermo, que había obtenido de ellos dinero, consejo y auxilio, y con cartas enviadas recíprocamente intercambiaban voluntades y secretos de conciencia. El mencionado caballero había

mentido diciendo que Guillermo había recibido donaciones en dinero de parte del rey de Inglaterra, queriendo ocultar la traicionera conciencia de Guillermo que realmente había recibido dinero aportado por los traidores y con esas sumas había comprado soldados para con esa fuerza apoderarse del condado y así los traidores impondrían en consecuencia sus voluntades por medio de él. Ninguno que quisiera tener autoridad en el país quería recibir abiertamente algo de los traidores ni tener algo que ver con ellos, porque al momento sería considerado como culpable de traición. Por eso Guillermo ocultaba su entendimiento con ellos y mentía diciendo que ese dinero se lo había enviado el rey, como si no tuviese nada que ver y ningún trato secreto con los traidores. Era manifiesto, sin embargo, que en tiempos anteriores al sitio les había enviado cartas firmadas al preboste y a los suyos. Por ese mismo tiempo, Giselberto, sobrino de los traidores, escudero en Brujas, que estaba bajo sospecha de traición, se había refugiado con el señor de Saint-Omer ofreciendo excusas de su inocencia y diciéndose preparado para probarla ante el rey y los padres del país.

**50.** El viernes 25 de marzo, era la fiesta de la Anunciación y también el día de la pasión del Señor y por eso se celebró el sábado anterior al domingo de Ramos. Ocurrió que, por astucia y dolo de los habitantes de Gante, dirigidos por un alto funcionario judicial de su ciudad y del caballero Ansboldo y con la complicidad de algunos de los nuestros y el consentimiento de los traidores, pasada la noche del sábado, religiosos del monasterio de Gante entraron al castillo y recibieron por manos de los traidores, y a través de las ventanas de la tribuna, el cuerpo del muy piadoso conde y lo transportaron cubierto con sus mantas y bolsos. Durante todo ese tiempo dos monjes habían estado espionando la ocasión para el robo del cuerpo. Dado que los que habían acompañado a los monjes se paseaban con las armas en la mano en los alrededores de la torre, los guardias, asustados, hicieron sonar sus cuernos y, convocados los ciudadanos y los encargados de vigilar la torre, arremetieron contra el funcionario de Gante y el caballero Ansboldo y sus cómplices, poniéndolos en fuga e hiriendo a algunos. Temiendo por su vida, los monjes prometieron a sus ayudantes darles cien marcos de plata si conseguían el cuerpo del conde. Los ciudadanos, sabiendo que dolosamente o por dinero o de cualquier otra forma los monjes querían llevarse el cuerpo del conde, pusieron un mayor cuidado en las tareas de vigilancia.

**51.** El 27 de marzo, domingo de Ramos, nuestros ciudadanos se reunieron en una granja cercana a la ciudad convocados desde todas las cercanías de Flandes y se comprometieron con juramento sobre de las reliquias de los santos, de este modo: “Yo, Folpert, juez, juro elegir como conde de este país a un hombre capaz de regir con provecho esta tierra de sus precedentes condes, capaz de sostener con potencia los derechos contra

los enemigos de la patria; afectuoso y piadoso para con los pobres, devoto para con Dios, seguidor de un camino de rectitud, que quiera y pueda servir al bien común de la patria”. A continuación juraron todos los ciudadanos más importantes: el regidor Alrd de Isandic, con sus seguidores; Haleul de Osbourg con las autoridades de ese lugar; Hugo de Redenboourg con los más ricos de su entorno; todos los más ricos y más importantes de Lapscuire, Ortkerk, Uitkerk, Lisweg, Slipen, Ghistelle, Ildenbourg, Lichterveld, y Ladbek. Hubo una gran multitud que juró igualmente.

**52.** El miércoles 30 de marzo al son de las campanas regresaron de Arras nuestros ciudadanos importantes que habían acudido al rey para decidir sobre la elección del conde, atendiendo el parecer de Luis, rey de Francia y de todos sus barones de su país y del nuestro, después de haber examinado prudentemente lo que fuera para el bien de la patria. Felices y alegres, trayendo el saludo y la fidelidad de parte del rey y de los barones nos anunciaron a nosotros y a todos los habitantes de nuestro país y especialmente a aquellos que para vengar la muerte del señor conde Carlos habían luchado en un asedio continuo: “Luis, rey de Francia, les envía salud y gracia a todos los buenos hijos del reino y con toda la potencia real por virtud de Dios, la fortaleza de sus fuerzas armadas y el auxilio de su invencible poder. Como nos ha dolido al prever una grave ruina para la patria debido al asesinato del conde, hemos decidido efectuar una venganza con un rigor y severidad nunca habidos antes, seguida de inauditos suplicios. Y para que el conde recientemente elegido por nosotros reconcilie esta tierra, obedeced y poned en práctica todo lo que se os diga en sucesivas cartas”. Entonces el mayordomo Gualterio presentó una carta firmada por el rey a todos nuestros ciudadanos, que habían concurrido a la mencionada granja, para escuchar lo dispuesto por el rey; confirmando de viva voz el tenor de la carta, dice: “Oíd, ciudadanos, lo que se acordó y decidió con el rey y sus barones tras un examen prudente y cuidadoso. Los príncipes de Francia y los primeros ciudadanos del país de Flandes, por parecer y orden del rey, han elegido para vosotros y esta tierra como conde al joven Guillermo, originario de Normandía, noble por ascendencia y educado hasta aquí entre vosotros desde la infancia hasta la niñez y hasta que se formara como un joven fuerte. Constan sus buenas costumbres y lo podréis tener cuanto queráis inclinado a la bondad, el afecto y la docilidad. Yo mismo, Roberto de Bhetine, Vaudouin Aalst, Iván, su hermano y señor de Lille y otros barones, lo hemos elegido para el condado, le juramos fidelidad y le rendimos homenaje según costumbre de los anteriores condes de Flandes. Él mismo, como recompensa de nuestros trabajos, nos donó tierras y propiedades de los traidores, que según el juicio de los príncipes fueron condenados a proscripción. Es por eso que ellos no

deben esperar nada más que la muerte más cruel e inaudita. Es mi deseo, por lo tanto, ordenaros y aconsejaros que sin engaño alguno, vosotros los ciudadanos y todos los aquí presentes aceptéis al recientemente nombrado conde Guillermo, a quien el rey le otorgó el condado como vuestro señor y conde. Por lo demás, si hay algo que él os deba dar dentro del derecho de su poder, como lo relativo a impuestos y censos sobre la tierra, os anuncio de parte del rey que el nuevo conde entregará sin engaños y sin mala intención, a todos aquellos de vosotros que lo deseen, el valor del impuesto sobre las viviendas en la ciudad".

Habiendo escuchado la carta por voz del relator, los ciudadanos difirieron para el día siguiente su respuesta acerca de la recepción y la elección del nuevo conde, para convocar a los flamencos con los que habían hecho un juramento sobre la elección, para que acordasen su consentimiento o rechazasen la carta enviada por el rey. Como había transcendido todo el día con largos discursos, se retiraron los ciudadanos del lugar del encuentro habiendo decidido de común acuerdo buscar a los ciudadanos de Flandes toda esa noche para que aceptaran o rechazaran la elección hecha sobre la persona del nuevo conde.

## **CAPÍTULO XII. Llegada del conde Guillermo con el rey a Flandes y a Brujas. Juramentos recíprocos**

53. El jueves 31 de marzo, después que se reunieron los ciudadanos de Flandes, convinieron de común acuerdo en que el sábado de la santa Pascua veinte caballeros y doce de los ciudadanos mayores y más prudentes, se presentaran a los nuncios del rey en la ciudad de Ravenshot para conversar; allí los ciudadanos de Gante aguardaban la llegada de los nuestros. Esto se debía a que los ciudadanos de las ciudades y castillos de Flandes tenían el mismo juramento de amistad recíproca de no aceptar ni rechazar nada en cuanto a la elección sino por decisión común. En este asunto nuestros ciudadanos no actuaban sin el parecer de los de Gante, sus vecinos más cercanos. Acudieron ese mismo día, sábado Santo, como se había establecido. El rey, como se había determinado en Arras, llegó a Lille con el conde recientemente elegido y allí se le rindió el homenaje al conde como en Arras. Desde allí pasaron a una granja llamada Deinse, en el camino hacia Gante. En ese lugar esperó el rey a los de Gante para que recibieran al nuevo conde según lo había ordenado él y los señores del territorio. Se actuó, por lo tanto, de acuerdo entre los nuestros y los de Gante sobre la recepción del elegido, para aceptarlo como conde de todo el país.

54. El 1 de abril, viernes Santo, el señor Hacket se lanzó solo desde la torre y se refugió en Lissewege con su hija que allí estaba casada desde hacía tiempo con un caballero de gran alcurnia e importantes riquezas. Esperó allí el fugitivo pensando qué hacer en adelante. El día 2 de abril, sábado Santo, algunos de nuestros ciudadanos con otros de Gante que habían regresado de la entrevista, eligieron por conde del país a Guillermo, y le rindieron homenaje, fidelidad y seguridad según la costumbre de sus predecesores. Ese mismo día Gervasio fue nombrado señor de nuestro castillo de Brujas por el rey y el nuevo conde, recompensando sus méritos en el trabajo del asedio, lo que recomiendo a la buena memoria de los lectores. En el momento mismo en que el conde Carlos era traicionado, él, llorando y desgredado y rasgando sus vestiduras recorría el castillo golpeando sus manos y gritando: “¡Ay! Yo solo no puedo vengar a mi señor, el muy justo gobernante de nuestro país, a quien nadie intenta defender o vengar”. Él solo, Gervasio, intentó un primer movimiento de venganza, y luego lo pudo realizar felizmente, con la ayuda de Dios. El 3 de abril, santo domingo de Pascua, día del martirio de la virgen Teodosia, el clero y el pueblo estaban a la espera de la llegada del rey y el conde. En ese día los perversos traidores comulgaron el cuerpo y la sangre de Cristo. No se sabe por medio de qué sacerdote lo hicieron. También en ese día los abominables traidores abrumaron con flechas a los que

transitaban frente al castillo, pues, en espera de la muerte vergonzosa que les estaba reservada, perseveraban en el mismo camino, sin fe y sin el menor respeto.

55. El martes 5 de abril, *aqua sapientiae* [comienzo del introito de la Misa del día], agua de la sabiduría, al caer la noche, llegaron a Brujas el rey y el recientemente elegido conde Guillermo. Salieron a recibirlos, al rey y al nuevo conde, los canónigos de San Donaciano, llevando las reliquias de los santos en solemne procesión, con la alegría del caso y los honores debidos a la realeza. El miércoles 6 de abril se reunieron el rey y el conde con sus caballeros y los nuestros y muchos habitantes de Flandes, en el campo de costumbre, adonde habían sido llevados los cofres con las reliquias de los santos. Allí, después de haberse hecho silencio, en presencia del rey, del conde y de todo el mundo, se leyó la carta de las inmunidades y privilegios de la iglesia de San Donaciano, a fin de que ni el rey ni el conde se opusieran jamás a esos privilegios escritos, sancionados por los romanos pontífices católicos y que no debían ser corrompidos por ninguno de los reyes y condes. Sino que más bien los sancionasen y los hiciesen respetar con la prerrogativa de su poder. Los hermanos de la misma iglesia afirmaban que ellos tenían el derecho de elegir canónicamente por concesión que les había hecho el señor papa, como consta en la carta del privilegio, al preboste y a él, si el rey está presente, lo había de honrar con su potestad en el ministerio y dignidad de su cargo, considerándolo en el rango de un prelado. Y si el rey no estaba presente, el conde, a cargo de sus funciones, por su propia cuenta y la de sus católicos predecesores, por subrogación, lo constituiría en el cargo con rango de prelado. Se leyó también el documento de un acuerdo entre los condes y nuestros ciudadanos realizado sobre los impuestos asignados y viviendas. Y que por el precio de la elección y recepción de la persona del nuevo conde, él les otorgaría la liberación de aquellos y en adelante no pagaríamos ni nosotros ni nuestros sucesores en este país impuesto ni censo alguno ni al conde ni a su sucesor. Dotados de esta inmunidad perpetua, como está escrito en el documento del acuerdo, para confirmar esta inmunidad debemos recibir el juramento del rey y del conde. A saber, que ni el rey ni el conde por sí mismos o por sus ministros ni sus sucesores van a perturbar a nuestros ciudadanos acerca de esos impuestos y censos. Y así se mantendrán inviolables con buena voluntad y sin mala intención los privilegios de los canónigos y la liberación de los impuestos y censos. El rey y el conde prestaron juramento acerca de este arreglo sobre las reliquias de los santos en presencia del clero y del pueblo. A continuación, como es costumbre, los ciudadanos juraron fidelidad al conde y le rindieron el homenaje y juramento según lo habían hecho sus predecesores a los gobernantes y señores naturales del territorio. El conde, para captar la benevolencia de nuestros



ciudadanos, les dijo que estaba en el poder y la libertad de ellos corregir con el tiempo las leyes consuetudinarias, según las condiciones de tiempo y lugar. Por último, habiendo todos prestado juramento, el rey y el conde se retiraron a su residencia, y allí, en presencia de todos, le fue llevada una carta de los grandes de Redenbourg que habían participado en el sitio: “También nosotros, que hemos participado en este sitio, tendremos por elegido, de parte nuestra, a este nuevo conde de Flandes, bajo esta condición, que rechaces y evites las acostumbradas expediciones, y que las injustas exacciones de los grandes y nuevos impuestos, que por el pérfido consejo de Lamberto se establecieron recientemente en Redenbourg contra el derecho consuetudinario del país, sean removidas de los habitantes de esta tierra; y que les otorgues a nuestros campesinos el derecho de hacer pacer su ganado en la tierra llamada Moer, sin el pérfido impuesto instituido por Lamberto. Queremos, además que respecto al precio enorme de las mansiones en Redenbourg, que el rey y el conde actúen de intermediarios, para que por solo doce coronas se puedan rescatar en lugar de las dieciséis que se pagaban hasta el presente a la muerte de los padres. Hemos establecido para nosotros una ley por la cual, cuando nuestro conde anuncie una expedición, el que no tenga una excusa legítima, recibirá del conde el derecho de dispensa por veinte sueldos. Sobre todas estas cosas, requerimos, señor rey, tu consentimiento y la concesión y confirmación del nuevo conde, confirmándose con juramento todo lo que está en el texto de la carta, como consta en la presencia de todos. Advertimos y rogamos a la omnipotencia del rey y del conde que no permitan que sean herederos de los bienes del conde de Flandes, ni el preboste Bertulfo, ni su hermano Wilfredo Knop, ni Roberto el Joven, ni Lamberto de Redenbourg, ni sus hijos, ni Bouchardo y los demás traidores”. Habiendo sido leído este documento en presencia de todos, juró el nuevo conde confirmar y conceder todo lo pedido con buena voluntad y sin engaños ni menoscabo. A continuación y por todo el resto del día, le rindieron homenajes al conde todos los que habían sido vasallos del piadoso conde Carlos, recibiendo asimismo los feudos y oficios que habían obtenido anteriormente por derecho y legítimamente.

56. El jueves 7 de abril se rindieron nuevos homenajes al conde. Según el orden determinado para prestar fidelidad y juramento. Primeramente los homenajes se efectuaron de esta manera: el conde preguntó si ese tal quería ser un hombre enteramente suyo; este responde: “Quiero” y junta sus manos estrechadas por las manos del conde y se juramentan con un beso. En segundo lugar, el que rindió el homenaje se dirige así al abogado del conde: “Prometo por mi fe ser fiel al conde Guillermo y con buena fe y sin engaño, observar sinceramente y contra todos la fe que le he prometido”, En tercer lugar se

jura sobre las reliquias de los santos. Luego el conde, sosteniendo una vara en su mano le daba las investiduras a todos los que habían sellado este pacto con juramento. Ese mismo día Eustaquio de Steenvorde fue muerto por los ciudadanos en Saint-Omer y luego fue reducido a cenizas en el incendio de su casa donde se había refugiado. Merecía esta muerte por su culpa de traición. También en ese día en Brujas, el conde le dio a Balduino de Alost, cuatrocientas veinte libras por su trabajo con sus fuerzas y su consejo para el condado después del rey.

El viernes 8 de abril todavía siguieron los homenajes al conde. El sábado 9 de abril el rey viajó a Winendale para hablar con Guillermo de Ypres, el bastardo, para tratar de establecer un acuerdo entre él y el nuevo conde verdadero. Pero el bastardo Guillermo se indignó y desdeñó tener un acuerdo con el verdadero conde de Flandes o establecer algún pacto de paz, ya que lo despreciaba. El rey, entonces, ofendido por el desprecio del bastardo conde de Ypres, regresó hasta nosotros. El domingo 10 de abril nuestro conde, por consejo del rey y de los grandes, se puso en camino hacia Saint-Omer, pero como no encontró gente de confianza, regresó a nosotros por la noche.

### **CAPÍTULO XIII. El suplicio del preboste Bertulfo y de Guido de Steenvorde. Se calma un tumulto de los ciudadanos de Brujas**

57. El lunes 11 de abril el preboste Bertulfo fue entregado en manos del conde bastardo que lo buscaba con ardor y lo perseguía con insistencia donde pudiese estar escondido, para que, teniéndolo cautivo y divulgándose que estaba en sus manos el preboste de Brujas, pudiese corregir su fama tomando de él una grave venganza. Pues, como ya dijimos, al cumplirse la traición él había mandado desde Ypres un abierto saludo al preboste y a los suyos por lo cual se había difundido en toda la región su deshonra y la sospecha de traición. Habiendo capturado al preboste prófugo y exiliado de su patria entre sus parientes, no podía sin embargo pensar qué clase de muerte darle a aquel de cuya traición él era considerado cómplice. Aunque este bastardo quería probar su inocencia con astutos y artificiosos argumentos, sin embargo, Dios, al que nada se resiste, y por cuya autoridad se dijo “No hay nada oculto que no sea revelado” (Mat. X, 26), manifestó a sus fieles esta inhumana torpeza, y a los traidores de tan ilustre conde los condenó, proscribió y destruyó. Fue tan grande el tumulto, el griterío y la concurrencia de los habitantes de Ypres con motivo de este hombre cautivo, que con nada lo podemos comparar. Según se dice, precedían y seguían al preboste, saltando, coreando su nombre, aplaudiendo, arrastrándolo con largas cuerdas a derecha e izquierda, y se lo tiraba para adelante y para los costados, de modo que ese hombre en otro tiempo digno y poderosísimo, era objeto de burla por parte de todos, desnudo salvo por los pantalones, y aplastado con barro y piedras. Salvo por el clero y unos pocos que lo habían conocido como hombre religioso, nadie tuvo piedad de él. Pero él, cansado de tantas injurias, lesionado por tantos oprobios y golpes, esperaba el suplicio de su muerte y ante el rostro de su alma podían volver con toda razón a su memoria todas las cosas que había hecho, si la turba le hubiera dejado tiempo antes de su muerte. Bien debía poder recordar cómo se había entrometido violentamente en vida del preboste Ledberto, hombre honesto y que todo lo sufría por Dios, al que suplantó injustamente, usurpando la prelatura contra Dios en el templo de Dios, cómo con herejía simoníaca había cambiado las prebendas y había armado a sus sobrinos con estipendios de la iglesia, para cualquier crimen, entregando a la muerte con su consentimiento y su consejo al católico conde Carlos, primogénito de estirpe real y que, según confesaba entre las angustias del suplicio, si hubiera querido, hubiera podido defender de la traición. Podía poner ante los ojos de su espíritu cuánta gracia en el clero, cuánto honor, fama, riquezas, fuerzas, reverencias, Dios le había concedido, por dispensación de su gracia y él las poseía como cosa propia y natural, pero no lo recordaba. Durante treinta y seis años se había

mostrado de una manera inexplicable, dotado de todas las virtudes y vicios que hemos reportado, de una manera que no parece posible explicar. Si consideramos la multiplicidad de su familia y el número de sus partidarios, se verá con más evidencia el admirable combate que Dios ha librado y la fuerza de su mano que ejerció para destruirlos. Aunque parezca este un lugar adecuado para narrar su genealogía, me parece, sin embargo, que ya es suficiente con lo dicho y dejar de lado más descripciones. Porque mi propósito es describir el evento del sitio y no el origen bastardo del preboste y los suyos.

Marchaba ese hombre, glorioso en otro tiempo y ahora ignominioso, venerable en otro tiempo y ahora torpe, con el rostro inmóvil y los ojos dirigidos al cielo, y, si no me equivoco, invocando a Dios, compasivo de la condición humana, revestido de la cual rige a los hombres de este mundo, pidiendo su ayuda en el secreto de su corazón. Entonces, uno de los perseguidores, habiéndole golpeado la cabeza con un palo le dijo: “Oh tú, el más soberbio de los hombres, ¿por qué no te dignas mirar y dirigirte a los grandes y a nosotros que tenemos la potestad de destruirte?”. Pero él ni siquiera lo miró y fue colgado de una horca en el centro de la plaza pública de Ypres, en el patíbulo que corresponde a los ladrones y salteadores, y le quitaron los pantalones para que se vieran sus partes pudendas. No hubo nada torpe o ignominioso que no le fuera inferido en ese suplicio. Se le extendieron los brazos en forma de cruz sobre el patíbulo y se le clavaron las manos; su cabeza fue pasada por el lazo de la horca de modo que los miembros del resto del cuerpo quedaron suspendidos y así murió sofocado. Cuando comenzaba a ser suspendido y aún era apenas sostenido por sus pies sobre el patíbulo, prolongando al menos el espacio de esa vida miserable, se acercó entre la turba de los que arrojaban piedras y lo atormentaban, el bastardo conde Guillermo; pidió silencio y dijo: “Dime, oh preboste, por la salvación de tu alma, te conjuro que digas, por favor, ¿quiénes son, además de ti e Isaac, y de los traidores conocidos, los culpables todavía ocultos de la muerte del conde Carlos?”. Y él respondió en presencia de todos: “Tú lo sabes tanto como yo”. Entonces, presa de furor, Guillermo ordenó que le arrojaran barro y piedras y lo mataran. Y los que habían acudido a la plaza para comprar pescado, despedazaron el cuerpo del preboste con ganchos y palos; le retiraron la pequeña plataforma donde apoyaba los pies y quedó suspendido sufriendo una horrible muerte. Ya muriendo, deploró la traición de Gualterio, caballero de Sarran, hombre suyo, que lo entregó a la muerte que estaba sufriendo, que lo engañó cuando debía guiar su fuga, La turba de los ciudadanos de Ypres, enfurecida con la muerte del preboste, le ciñó el cuello con un collar de perro, y le acercaron a su boca que exhalaba el último suspiro, el hocico de un perro, equiparándolo a él y sus obras con un perro.

58. En ese mismo tiempo, Guido, caballero fuerte y famoso, que había sido parte del consejo de los condes de Flandes, había estado comprometido con la traición porque había tomado por esposa a una de las sobrinas del preboste, hermana de Isaac. Es por esa razón que Herman, un valiente caballero, apenas muerto el conde Carlos en presencia del bastardo conde de Ypres, retó a Guido a un combate singular por haber traicionado perversamente a su señor. Pero Guido afirmaba que él estaba dispuesto a defenderse de la acusación de traición. Fue asignado para el combate el mismo día en que el preboste sufrió los tormentos de su muerte. Apenas muerto el preboste, todos los que habían estado presentes fueron al lugar donde se realizaría el combate entre Herman y Guido. Ambos lucharon firmemente. Guido derribó del caballo a su adversario y cuantas veces este intentaba reincorporarse lo volvía a derribar con su lanza. Entonces Herman se acercó y con su espada abrió el vientre del caballo de Guido. Guido cayó y extrajo su espada atacando al adversario. Hubo un continuo y fuerte cruzamiento de golpes de espada hasta que, fatigados por el peso de las armaduras, ambos tiraron los escudos y se trenzaron en lucha cuerpo a cuerpo tratando de obtener la victoria. Cayó Herman postrado en tierra y Guido, sobre él, le golpeaba la cara con su guantelete de hierro. Pero el que estaba postrado, a semejanza de Anteo, fue retomando paulatinamente fuerzas de la frigidez de la tierra (Eneida. I, § 14). Esperó astutamente a que Guido se creyese seguro de la victoria. Fue llevando suavemente su mano hasta los bordes de la coraza donde Guido dejaba de estar cubierto; lo aferró por los testículos y reuniendo todas sus fuerzas lo arrojó lejos de sí. Con este brusco empujón, destrozadas sus partes naturales, Guido desfalleció considerándose vencido y muerto. Entonces el conde queriendo a toda costa velar por su fama en esta lucha, ordenó que Guido fuese colgado junto al preboste muerto en el mismo patíbulo, para que los que habían sido socios en la traición también lo fueran en el tormento y la muerte. Después de esto, pusieron los dos cadáveres sobre la rueda de un carro fijada en un mástil muy alto, para ser contemplados por todos los transeúntes, abrazando sus cuellos con los brazos, como imagen de la traición y tramado de la muerte del señor y glorioso y muy piadoso conde Carlos. Y así quedaron, ya muertos, por tres días. Vino hasta nosotros, y en presencia del rey, un hombre de armas, que había sido testigo el mismo día de la ejecución y había visto a los dos colgados en Ypres, al preboste y a Guido, anunciando este evento. Se le anunció inmediatamente esto a los que estaban sitiados en la torre, cómo había sido capturado y muerto su señor el preboste y que ya nada les quedaba a ellos, sino entregarse al rey para ser juzgados por el mal que habían hecho. Estos miserables

quedaron presas del dolor, ansiedad, luto y suspiros, y privados de toda esperanza de vida y más que los jefes del asedio, los asediaban el miedo y la desesperación.

59. Ese mismo día Gervasio ordenó a los carpinteros desarmar la torre de madera que habían preparado para atacar los muros porque ya no tenía utilidad alguna. De esa torre se separó especialmente un tronco muy fuerte para preparar un ariete para derribar el muro de la iglesia. Los arqueros de los asediados ostentaban lanzas y hasta desde lo alto de la torre, cuando ya uno de ellos se preparaba a un lanzamiento con el arco curvado, este se cayó de manos del arquero. Viendo esto los caballeros que estaban presentes para proteger el trabajo de los que estaban preparando los instrumentos para el ataque, como los arietes, cuerdas, ballestas, escalas y similares, que suelen aplicarse para romper los muros, vaticinaron un evento negativo por la caída del arco y la flecha de los asediados.

Ese mismo día, por la tarde, se originó un gran malestar, entre Gervasio y los suyos y los nuestros. Por orden del rey y de los jefes de la sedición que deseaban apresurar la ruina de los sitiados y habían hecho grandes gastos para esa operación y que había trabajado para eso largas vigilias, de común acuerdo, digo, y por un decreto general del rey, se prohibía a cualquier persona de toda la multitud de los asediantes, acercarse a la torre y hablar con los asediados, para que no se enteraran con qué artificio se pensaba atacarlos. Se dispuso una ley por la cual un transgresor que obrara contra este decreto sería sometido al juicio común de los jefes. Uno de los ciudadanos, que había tomado por esposa a la hija de uno de los caballeros asediados, se acercó sigilosamente a la torre y le pidió a su suegro los vasos y la ropa que le había obsequiado; este le entregó los vasos que tenía. Cuando este ciudadano regresaba caminando por la plaza, uno de los caballeros de Gerardo, que conocía la orden del rey, de los jefes y de su señor e incluso el mandato de capturar a los transgresores, persiguió a ese ciudadano, lo tomó violentamente prisionero y lo condujo al señor conde. Al instante se originó entre los ciudadanos un gran tumulto y corrieron a las armas y atacaron la casa del conde y de la familia de Gervasio que se defendió fuertemente desde el interior. Clamaban que ellos jamás tolerarían el dominio de una persona y que era potestad de ellos juzgar este delito. Como el tumulto continuaba, Gervasio, en medio de ellos, pronunció estas palabras: “Sabéis, oh ciudadanos y amigos míos, que según vuestra petición el rey y el conde ya me constituyeron vizconde de este lugar y se obró según lo decretado por el rey y los jefes y así mi caballero detuvo por transgresor del decreto a este ciudadano y vecino vuestro; con este acto habéis despreciado mi dignidad personal atacando la casa del conde y de mi familia y finalmente, sin razón alguna, os habéis alzado a mano armada en presencia del rey. Ahora, si queréis, por la injuria que me habéis causado,

depongo el título de vizconde y disuelvo la fidelidad y el juramento afirmado entre nosotros para que ante todos vosotros quede claro que no deseo tener ningún dominio sobre vosotros. Si os parece, reunámonos en presencia del rey, depuestas las armas para que él juzgue entre los nuestros y los vuestros”. Terminadas estas palabras acudieron juntamente ante el rey y recompusieron nuevamente la fidelidad y la amistad recíproca como anteriormente.

#### **CAPÍTULO XIV. Progreso del sitio. Se ocupa la tribuna de la iglesia. Veneración del sepulcro del bienaventurado conde Carlos**

60. El martes 12 de abril el rey, con los más prudentes y con sus consejeros, fue al dormitorio de los monjes para determinar cuidadosamente en qué parte era más conveniente atacar al templo. El dormitorio estaba adjunto al templo de modo que se podían preparar allí los instrumentos para perforar el muro y tener acceso a los asediados. Dado que esos miserables no habían podido retener la parte inferior del templo, habían obstruido las gradas de ascenso a la tribuna con maderas y piedras, de modo que nadie podía subir ni ellos descender intentando defenderse ellos solamente en la tribuna y la torre del templo. Habían establecido sus refugios y guaridas entre las columnas de la tribuna y allí habían acumulado cofres y bancos para arrojar desde ese lugar piedras, trozos de plomo y otras cosas sobre los que invadieran el templo. Habían suspendido contra las ventanas de la torre tapices y colchones por miedo de que entrasen tiros de hondas y ballestas si se atacaba la torre desde afuera. En lo alto de la torre estaban los más fuertes de los jóvenes de los asediados para descargar piedras sobre los que se moviesen en el patio del castillo. Y así tenían preparadas todas sus cosas contra el orden de la iglesia de Dios, aguardando la muerte, sin la menor reverencia y honor por el bienaventurado muerto que yacía sepultado en la tribuna entre ellos. Solo, reconociendo apenas a su señor que habían traicionado, habían puesto a su cabeza una lámpara de cera para que ardiera constantemente en honor del buen cónsul, desde el primer día del asedio hasta el día en que se entró violentamente contra ellos. Cerca de la tumba del conde habían depositado harina y verduras que comían diariamente para mantener sus vidas.

Cuando el rey y los suyos estudiaban cuidadosamente el lugar apropiado para perforar el muro del templo, Roberto el Joven asomó su cabeza por una ventana del templo y le habló a los caballeros del rey, rogándoles que fueran intermediarios ante el rey, sometién dose humildemente al juicio de los príncipes y varones del territorio, aceptando la voluntad de su señor el rey, para que según su ley y atendiendo a las razones de su excusación o bien se le permitiera vivir o bien si la excusación no correspondía se lo condenase a muerte. Ninguno se atrevió a llevar al rey este mensaje ya que este estaba tan gravemente indignado con los traidores que ni siquiera quería verlos. Por lo demás, nuestros ciudadanos y los caballeros del rey y todos los que habían oído con cuánta humildad el joven había implorado al señor rey, se conmovieron hasta derramar lágrimas, pidiendo para él la misericordia del Señor.



61. El miércoles 13 los asediados anunciaron falsamente la muerte de Bouchardo diciendo que había surgido una querrela entre él y Roberto el Joven y que este lo había derribado atravesándolo con la espada. Juzgaban que con esta noticia aliviarían la severidad de los ánimos de los jefes para que no los atacaran con tanta furia como anteriormente. Y desde la torre anunciaban mentirosamente la muerte de Bouchardo. Otros decían que se había evadido. Ante esta noticia el rey llegó a la conclusión de que los asediados estaban desconfiando de sí mismos y se encontraban abrumados por el miedo y la ansiedad. Ordenó, entonces, continuando con su proyecto, que sus caballeros tomaran las armas y atacasen el templo. Y así sucedió que con este ataque, desfallecientes y extenuados, los sitiados no pudieron en adelante sostener tantos ataques y combates y se vieron obligados a ceder ante la victoria cristiana del católico rey Luis y sus caballeros. Después del mediodía y hasta la tarde se produjo una violenta lucha en la que se arrojaron piedras y flechas. Ese mismo día el rey recibió de manos del deán Helle [Deán de Brujas desde 1122] las llaves del santuario de la iglesia de San Cristóbal [situada en medio del mercado], porque se había dicho que allí se había depositado el tesoro del conde Carlos. Habiendo entrado el rey no encontró nada salvo las reliquias de los santos. Era cosa cierta que el preboste había recibido de sus sobrinos una copa de oro con su cobertura y una copa de plata para vino, a raíz del pillaje en la casa del conde y como participación de la rapiña, y esos mismos vasos fueron ofrecidos a la iglesia de Dios por la salvación de su alma. Durante el sitio y cuando los monjes transportaron fuera del castillo las reliquias y los ataúdes de los santos, secretamente en un cierto cofre se habían colocado esos dos vasos simulando ser reliquias de los santos y fueron retirados juntamente con las demás reliquias. El mencionado deán había encomendado el cuidado de dicho cofre a Edgardo, un simple presbítero en la iglesia del Señor Salvador [ubicada al sur de la ciudad] señalado para veneración de las dignísimas reliquias. Los otros presbíteros de la iglesia fueron testigos de la devoción con la que este simple sacerdote recibió el cofre y elevó sus plegarias en ese santuario pidiendo por la salvación de su alma, y toda la noche mantuvo encendidas velas, cirios, luminarias y lámparas creyendo no poder venerar suficientemente tales reliquias. Sin duda alguna este presbítero había merecido, cuando al nuevo conde se le entregaran esos vasos, beber de ellos un buen vino una o más veces. El rey buscaba por todos partes este tesoro y envió emisarios y espías para recobrar secretamente ese tesoro, pero no tuvo éxito. Dos días antes de partir para Francia ordenó que Roberto el Joven fuese azotado con varas para que si recordaba algo acerca de ese tesoro y en qué manos estaba, se lo denunciase al rey. Con esta confesión, ese mismo día el nuevo conde y el rey consiguieron los mencionados vasos,

como vamos a relatar a continuación. Otros de los sitiados difundieron la noticia de que Bouchardo había huido para así ser atacados con menos ardor.

**62.** El jueves 14 de abril, el ariete, la máquina construida para derribar el muro de la iglesia, fue transportado al dormitorio de los monjes, contra la parte externa de la pared en cuya parte interna yacía para su Dios la sepultura del buen conde. Los obreros del ariete habían puesto escalones en lo alto de esta máquina, y habiendo retirado las partes de madera del dormitorio en el lado más cercano a la iglesia, la acercaron a la pared de modo que los hombres de armas más osados pudieran subir. En la pared hacia donde habían dirigido los obreros el ariete quedó al descubierto una ventana de la antigua iglesia. Colocaron un poco más abajo el trabajo de las máquinas de modo que los golpes del ariete dieran en la parte inferior de la ventana y roto ese muro de piedra, tuvieron acceso por esa misma ventana como si fuese por una puerta. Las gradas eran muy anchas de modo que diez hombres podían entrar y combatir de frente. Arregladas así las cosas habían preparado un gran tronco, suspendido con cuerdas sobre las mismas gradas para perforar la pared del templo. Prepararon también otras cuerdas manejadas por hombres armados que tiraban la máquina hacia atrás para que, soltada, diera con fuerza contra la pared de la iglesia. Pusieron coberturas por encima de las cabezas de los que allí estaban sostenidas por cuerdas, de modo que si los asediados con algún artificio derribaban el techo del dormitorio, los impulsores del ariete quedaran seguros bajo las vigas de protección. Al mismo tiempo habían levantado delante de ellos empalizadas para su defensa, para protegerse de lanzas y flechas arrojadas desde adentro. Por lo tanto, el ariete fue retirado del muro, suspendido por cuerdas, cuanto daba la extensión de los brazos, de un solo golpe y en medio de gritos, muy pesado como para causar un gran destrozo, con toda fuerza fue lanzado contra el muro. Con cada golpe se produjo un gran montón de piedras y tierra hasta que la pared quedó toda perforada en ese sitio. La cabeza del ariete estaba recubierta con hierro de modo que no sufriese otros daños que el del choque con la violencia que se le daba. Fue un largo trabajo de golpear iniciado después del mediodía y terminado después de la tarde.

**63.** Entre tanto, los sitiados, presintiendo la debilidad de la pared y su posible futura perforación, estuvieron dudosos e inciertos sobre lo que debían hacer. Y finalmente encendieron carbones con brea, cera y manteca y los arrojaron al techo. En un momento los carbones cayeron sobre las tejas del techo y el viento excitó las llamas de modo que se produjo un gran incendio, derrumbándose el techo por todas partes. Desde lo alto de la torre lanzaban piedras flagrantemente sobre el techo del dormitorio, en la parte donde el ariete

golpeaba contra el templo. Los asediados se protegían de que pudiesen entrar, arrojando piedras para que nadie apagase el incendio y abrumando a los que manejaban el ariete. Piedras tan enormes y lanzadas en tal cantidad no arredraron a los que manejaban el ariete. Cuando los caballeros vieron las llamas sobre sus cabezas, uno de ellos subió al techo y entre lanzamientos de piedras y dardos, con dificultad alcanzó a apagar el fuego. Por otra parte, después de tantos golpes del ariete quedó un gran agujero en la pared del templo más rápidamente de lo que se esperaba, porque desde el tiempo de un antiguo incendio del templo, las aguas de las lluvias habían dañado todo el edificio de la iglesia hasta dejarlo pudrir mientras estuvo sin el techo de madera. Afuera se produjo un enorme griterío y todos los que en las puertas atacaban a los sitiados, fuera en el coro, en la parte inferior, por las ventanas y por todas partes por donde podía haber un acceso, sabiendo que la pared del templo había sido perforada, se luchaba con ardor y ambición de victoria. Se luchó constantemente desde el mediodía hasta la tarde en todas partes, y se retiraron desfallecientes por el cansancio de la pelea y el peso de las armas. Conocida la perforación hecha por el ariete, reconfortados y con nuevo ardor, como si estuviesen tomando las armas por primera vez, comenzaron a atacar a los asediados y a combatirlos sin descanso. Los infelices sitiados, poco numerosos, eran inferiores en la lucha y solo podían defenderse peleando juntos en un solo lugar, enfrentando enemigos por todas partes, a saber, por puertas, ventanas, en el coro y especialmente en el lugar donde el ariete había hecho la perforación, sufrían todas las incomodidades de la vida, resistiendo por todas partes, y aguardando de parte de sus enemigos la derrota y la muerte. Los que en el templo habían lanzado piedras, flechas, dardos, cuerdas y cosas pesadas de toda clase, eran los que sentían más temor, porque eran pocos y sus cómplices agotados por el trabajo del día estaban luchando contra un ejército tan fuerte, careciendo de armas defensivas. Sin embargo, resistieron cuanto pudieron. Los trabajadores del ariete, los caballeros del rey y los jóvenes de nuestra ciudad, armados y audaces, ávidos de lucha, viendo delante a los sitiados, levantaban su ánimo, poniendo ante los ojos del corazón, lo hermoso que sería morir por su padre y por su patria, y qué gloriosa victoria se abría para los vencedores y cuán abominables y criminales habían sido esos traidores, que habían establecido su cueva en el templo de Cristo, ávidos, sobre todo, de los tesoros y el dinero del señor conde, que pensaban saquear. Esto los excitaba a lanzarse sobre los asediados y se apresuraban a hacerlo. Cualquiera fuese el resto de sus sentimientos, sin luchar y sin ninguna atención por las armas, se precipitaron con ímpetu a través del agujero, de suerte que, con su arremetida, les quitaron a los sitiados el tiempo y el espacio de luchar o de matar a algunos. Y no

dejaron de correr hasta que ellos mismos se convirtieron en una especie de puente y, lo que ocurrió por admirable gracia de Dios, pudieron entrar sin peligro mortal, algunos precipitándose, otros arremetiendo con violencia, otros tratando de levantarse después de caer, otros, como suele suceder en grandes tumultos, corriendo sin orden. Las voces, los gritos, las carreras y el choque de las armas sacudieron no solo el templo sino también todo el castillo y el vecindario por dentro y por fuera, alabando y bendiciendo a Dios por la victoria que cubrió de gloria a los vencedores, y honró al rey y los suyos y sobre todo exaltó Dios el nombre de su majestad. Limpió también en parte a su iglesia de los que la habían manchado y coronó a su glorioso mártir el conde, llorado por la piadosa veneración de todos los buenos y acompañado por las plegarias de sus fieles.

64. Lo que antes no estaba permitido, se le permitió finalmente a Frumoldo el Joven, hacer lo que había deseado largamente y con todo el ardor de su alma, ofrecer sus votos a Dios por la salvación de su señor conde y ofrecerle el sacrificio de sus lágrimas y la contrición del corazón, con la alegría de poder ver el lugar en el que su señor yacía sepultado y realizar por primero las exequias de su señor a quien después de tantos días de sepultado, o sea, cuarenta y cuatro, no había podido ver. No pudo ver su cuerpo, sino solamente su sepulcro por fuera; deseaba, por cierto, y lo pedía con sus plegarias de la boca y del corazón, que Dios en el día de la resurrección común, con los jefes fieles y los mayores príncipes de la iglesia presente, pudiera también él finalmente ver a su señor príncipe Carlos exaltado con doble corona y permanecer con él y gozar perennemente con él la gloria de la contemplación de la Trinidad santa. Consideraba como un gran favor que se le hubiese concedido llorar la muerte de su señor junto a su tumba y lamentar la desgracia de toda la patria con aquel a quien en vida había amado, celebrando ahora sus exequias con todo cariño después que fue traicionado por sus siervos. Esto no lo hacía sin lágrimas: “¡Oh Dios! ¡Cuántos votos dirigidos por los fieles te has dignado recibir en ese día! Todo el culto divino que debió entonces interrumpirse en la iglesia se vio recompensado en la hora de la grandeza y multiplicidad de los votos de los justos”. Había un cirio ardiente a la cabeza del conde, que para honor y veneración de su señor, habían colocado los traidores. Cuando se produjo la irrupción en el templo sobre los sitiados en medio de un gran griterío estos se retiraron huyendo de la perforación hecha por el ariete y de las otras aberturas y de sus propias defensas, esos traidores, los peores de los hombres, se concentraron en las gradas de la torre para resistir y defenderse. Los muy cristianos caballeros del rey de Francia, victoriosos, se apresuraban a obstruir las gradas e impedir el paso, con piedras y maderas, cofres y vigas y otros objetos, para que ninguno de los sitiados

puadiese pasar a la galería donde yacía el conde. El rey entró al templo y lloró la muerte de su sobrino Carlos y estableció una custodia para vigilar la torre. Alternativamente los caballeros del rey vigilaban la torre con los sitiados. Cuantas cosas se encontraban en la tribuna que podían ser arrebatadas, fueron objeto de rapiña de todos. Finalmente, los canónigos del templo pusieron escalas desde el coro a la tribuna, y ordenaron a algunos de los hermanos que cada noche establecieran vigiliás junto al sepulcro del conde. Como todo había quedado destrozado en la iglesia y nada había permanecido en su primer estado, inspeccionaron los altares y las mesas y vieron que por cuidado de Dios estaban intactos. Lo que los hermanos poseyeron en adelante no fue por derecho o por mérito, sino por don de Dios. El Señor dio por terminado ese día con la derrota de sus enemigos y la victoria de los fieles exaltando el nombre de su imperio en todos los confines de la tierra. Entre tanto los sitiados no cesaban de poner centinelas en su torre, haciendo sonar cuernos, como si alguien les pudiera rendir homenaje, sin reconocer su miseria. Estaban abandonados en el peor sentido. Todo lo que obraron posteriormente no fue digno de aprobación ni para Dios ni para los hombres. Todo fue condenable y odioso.

65. El viernes 15 de abril se reunieron los ciudadanos de Brujas ante el rey, postrados en tierra, rindiéndole homenaje a su dignidad para que por sus plegarias y en razón de sus méritos, aceptara la legítima purgación e inocencia de Roberto el Joven y le permitiese salir en libertad de entre los sitiados. El rey accedió a la petición, salvo el honor y el mérito de la propia persona y de los grandes del país, sin cuyo consentimiento el rey no tomaría ninguna decisión. El sábado 16 de abril el señor de Gante y Arnolfo de Grammont, reunidos los grandes de su tierra, vinieron a pedirle con todo respeto al rey, por la liberación de Roberto el Joven. A esto el rey responde que nada puede él acordar o consentir sin un acuerdo común de los grandes, pues de otro modo obraría contra la fidelidad y su juramento.

## **CAPÍTULO XV. Recepción del nuevo conde en Saint-Omer. Genealogía de la familia de Balduino, conde de Lille. La familia del preboste Bertulfo se constituyó en infame por homicidio y adulterio**

66. El 17 de abril, domingo de la resurrección del Buen Pastor, se le anunció al rey que el nuevo conde de Flandes había sido recibido amablemente con honor en Saint-Omer, según la costumbre de sus predecesores condes de esa tierra. Vinieron ante el conde, jóvenes trayendo arcos y flechas, ágiles y rápidos, simulando un combate, con los arcos tendidos como para que, si fuese necesario, dispararían contra el conde y los suyos. En vista de la llegada de estos jóvenes, el conde y los suyos mandaron preguntar por un mensajero qué significaba eso. Y le reclamaron al conde obtener de él lo que nuestros jóvenes siempre habían obtenido de sus predecesores. “Queremos obtener de ti lo que era nuestro derecho, a saber, poder vagar libremente por los bosques en las festividades de los santos y en tiempo de verano, cazando pájaros, tirar flechas a las ardillas y las zorras, y divertirnos con estos juegos juveniles. Estas cosas nos estaban permitidas hasta el presente, y queremos tu licencia para continuar en adelante con estos juegos de nuestras costumbres”. A continuación marcharon los ciudadanos con las armas en la mano aguardando el regreso de los jóvenes y la llegada del nuevo conde. El conde Guillermo, que estaba apenas en la juventud y saliendo de la infancia, con placer les permitió estos juegos, aplaudiendo y tomando parte en ellos; tomó la bandera y el estandarte de los jóvenes y se divertía con ellos. Comenzaron a cantar alabanzas, danzando y gritando, cuando los ciudadanos mirando desde lejos, vieron que el conde había sido recibido solemnemente por los jóvenes, y que venía hacia ellos entre aplausos y voces de veneración. Estando reunido el conde con el pueblo, vino en procesión el clero del lugar como homenaje de honra y gloria, con incienso y cirios, como era costumbre para la recepción de un nuevo conde, entre voces de júbilo y sonidos de melodías; con el aplauso de todos los ciudadanos fue recibido y lo llevaron hasta la iglesia en medio de las mismas suaves melodías. El conde le ofreció públicamente a Dios la debida oración católica, junto con el pueblo y el clero para que Dios dirigiera y protegiera su administración del condado, viviendo en paz y dándole a Dios y al conde lo que les correspondiera. Después de la recepción, tuvieron lugar los homenajes y los juramentos. Había venido a Saint-Omer desde la ciudad de Therouanne.

67. Por ese mismo tiempo, Hugo Champ d’Avoine [Hugo Iim conde de S. Pol, casado en segundas nupcias con Margarita de Clermont, viuda de Carlos el Bueno] Departamento de Nord [al sureste de Saint-Omer] y Gualterio de Floresdele con su gente realizaron un asalto en Aire al castillo de Guillermo, el bastardo. El conde de Ypres y los

suyos se habían retirado, fortificando el castillo y el lugar. Él se había apoderado del condado y había tomado por la fuerza muchos castillos y lugares fortificados de Flandes, a saber, el castillo de Ypres, la ciudad de Forneselle, el castillo de Cassel [departamento del norte], el castillo de Furnes [al suroeste de Brujas], el castillo de Aire, y todos los alrededores de dichos castillos, y el castillo de Bergues [Bergues-Saint-Winnoc, departamento del norte], etc. Él era un bastardo en esa línea de los condes, pero por ese parentesco creía poder obtener el condado. Hugo y Gualterio derrotaron a dos caballeros del bastardo y habían conseguido cinco caballos. En ese mismo tiempo Balduino de Alost y Razon, con un fuerte ejército de gente de Gante, sitiaron el castillo de Oudenarde [al suroeste de Gantes], donde se había retirado con los suyos el conde de Mons [Balduino IV], preparado para invadir Flandes que por derecho de parentesco le pertenecía más justamente.

**68.** Para remontarnos un poco más atrás sobre el origen de los condes, el conde Balduino el Barbudo había sido el origen de todos los condes, sus sucesores. Cuando murió fue sepultado en Lille. Dejó dos hijos como herederos del país de Flandes: Balduino y Roberto. Mientras el padre vivía les ordenó tomar esposas. Hizo que Balduino tomara por esposa a Richilde, condesa de Mons, que le dio dos hijos. Uno de ellos se llamó Balduino y el otro Arnolfo. Roberto tomó por esposa a Gertrudis, condesa de Holanda. De ella tuvo a la abadesa de Messina y a Gertrudis, madre de Simón y Gerardo; y ella fue duquesa de Alsacia porque el duque Teodorico la había tomado por esposa. Engendró también a Adela, madre del conde Carlos que, divorciada del primer marido, se había casado con el duque de Salerno. Su primer marido, el rey Canuto de Dacia, traicionado por los suyos, fue muerto en la iglesia, entregando su vida por la justicia y ahora está con los santos. Durante su vida este primer padre, Balduino, había colocado a sus dos hijos, uno a la derecha y otro a la izquierda, como dos alas, con las cuales volar sobre sus tierras; él solamente gobernaba la parte media, es decir, Flandes.

**69.** Cuando falleció, pleno de días buenos, su hijo mayor, Balduino, conde de Mons, tomó posesión del condado de Flandes, con su esposa Richilde. Temiendo alguna molestia o traición por parte de su hermano Roberto o de sus hijos, requirió el homenaje y juramento de parte de su hermano y sus hijos. Tomó consejo para esto de los grandes y se consideró útil para la patria, convocar a su hermano Roberto, conde de Zelande, a su corte en Brujas, juntamente con los pares y barones de todo su condado. Y en presencia de todos ellos pronunció estas palabras: “Yo, Balduino, conde de Flandes, queriendo resguardar en el porvenir los bienes de la patria y de mis hijos, para que ni mis hijos ni los ciudadanos de

esta tierra puedan padecer alguna injuria o pérdida de herencia por dolo o traición de parte de mi hermano, le ruego y ordeno a mi hermano Roberto, conde de Zelande, que le jure fidelidad a mis hijos para después de mi muerte, a fin de que ni por fraude ni por trampa alguna, se les infiera a mis hijos violencia o dolo, sino que en su persona y la de los suyos jurará y mantendrá la fidelidad a mis hijos, es decir, sus sobrinos, mientras él viva, como mejor pueda determinarlo. Bajo esta condición recibirá de mí muchos dones y presentes”. El juramento se prestó en la iglesia de San Donaciano en Brujas, sobre numerosas reliquias de santos, que el conde Balduino había ordenado reunir, en presencia de todos los que en ese momento eran pares o grandes del país. Recibidos los presentes el conde Roberto regresó a su tierra.

Cuando murió Balduino, marido de Richilde, en Brujas, su hijo Arnoldo, al que le pertenecía esa tierra, como su madre había regresado a Mons y lugares vecinos, se estableció en Cassel y Saint-Omer y alrededores. El joven no había aún tomado las armas pero ya demostraba virtudes guerreras. Roberto, conde de Holanda, se había enterado de que esa patria había quedado para sus sobrinos, todavía en la infancia y que la madre de los niños se había alejado de Brujas; encontró entonces una oportunidad favorable para traicionarlos. Secreta y artificiosamente envió mensajeros a los príncipes y grandes cercanos al mar, a saber, Isendica, Ostbourg, Redenburg y Brujas, y a los habitantes de Flandes vecinos a la costa, y los comprometió con dinero y con promesas, a obtener con su ayuda el condado de ese país, desposeyendo a sus sobrinos, cuya corta edad los hacía incapaces de gobernar. Tenía entre su familia un clérigo que fue fiel intermediario de esta traición. Como a este se lo veía venir a menudo a Brujas y a los alrededores de Flandes, comenzó a difundirse el rumor de que este clérigo era intermediario de la traición. Recurriendo al engaño cuando en otro momento debió llevar mensajes de su señor a los grandes, simuló ser ciego e iba detrás de su acompañante con las manos temblorosas y agitando su bastón y de este modo, ciego en el corazón y en los ojos cumplió su traición de muerte y ceguera. El conde de Holanda ganó los ánimos de todos los príncipes del territorio, confirmándolo con juramento de fidelidad. Hizo embarcar secretamente una tropa armada y vino a Flandes y reunió secretamente a todos los traidores y una cierta noche dieron como señal a sus cómplices que en el lugar llamado Clipelle incendiaran una casa y esa sería la señal para reunirse. Reunidos ante esa señal se concentró una tropa numerosa y fuerte y marcharon abiertamente para atacar al joven Arnoldo. Este se encontraba en ese momento en Cassel sin saber nada del caso, con unos pocos, que, conociendo la traición exhortaban a su joven señor a que iniciara la guerra contra su tío traidor. Y como su causa de resistencia era justa,



le prometían que Dios le concedería la victoria. Animado al combate, el joven Arnolfo inició la guerra con muy pocos caballeros. En medio del tumulto bélico, sus propios siervos, que lo habían armado a él y sabían dónde la armadura dejaba al descubierto, como si fuesen extranjeros y no siervos, tomaron a su joven señor y lo estrangularon. Efectuada esta traición al señor, todos los que estaban armados de parte del joven, se dieron a la fuga, y algunos fueron muertos, expirando allí mismo; otros quedaron mortalmente heridos y murieron poco después. Muchos, pues, fueron los muertos, muchos los heridos, muchos los capturados. Sin preocupación por los enemigos, el conde Roberto marchaba con su ejército. Un cierto Wilfrid Rabel, que había permaneció fiel al joven, cuya muerte ignoraba, con coraje y por medio de su gente se apoderó del traidor conde Roberto y lo mantuvo prisionero. Apaciguada la turbulencia de ese día, se reunieron todos los pares de la patria y sitiaron al castellano Wilfrid en Saint-Omer, obligándolo a liberar al conde Roberto. Una vez liberado lo devolvieron como conde a la patria. El hermano del traicionado joven Arnolfo, que había sobrevivido, llamado Balduino, dejó dos herederos, de cuya línea era este joven conde de Mons, guerrero valiente, con derecho al condado de Flandes. Enterado ahora de la traición al conde Carlos, por derecho hereditario reclama a todo Flandes como herencia suya. Hizo todo lo que se podía hacer y para nuestro nuevo conde no era mucho: Podemos notar con referencia a esto, aquel dicho profético: “Porque Dios suele corregir las iniquidades de los padres con la severidad de su venganza en la tercera y cuarta generación” (Deut. V, 9).

70. Debe contarse como primero a ese Roberto que traicionó a su sobrino; su hijo Roberto, que está sepultado en Arras, es el segundo en la sucesión del condado. Después de él fue tercero su hijo, el conde Balduino, sepultado en Saint-Omer. Después de este el cuarto fue el conde Carlos, el mejor de todos los condes, astro de la dignidad terrena y luz de los príncipes, con cuya traición y martirio Dios concluyó la corrección de la antigua traición y lo traspasó al descanso de los santos, habiendo sido asesinado por la justicia de la patria. Dios hizo cosas con esta segunda traición, o sea, determinó la venganza de la antigua traición y recibió al que murió por la justicia entre los santos mártires. Después que el conde Roberto, el que había traicionado a su sobrino, tomó posesión del condado, siempre tuvo por sospechosos a los traidores de Flandes que habían cooperado con él y nunca les permitió formar parte de su consejo. Viéndose desoídos y despreciados por su conde, efectuaron un consejo entre ellos decididos a matar dolosamente al conde y poner en ese cargo al hermano del traicionado Arnolfo, de nombre Balduino, lo cual era justo porque era un heredero más justo del condado de Flandes. Se reunieron nuevamente en un lugar

desierto buscando el modo de inferir la muerte a su señor. Cuando regresaron después de haber determinado la ocasión de la traición, uno de los caballeros conjurados se arrojó a los pies del conde y acusó a los otros cómplices de la nefanda traición. O sea, los que habían jurado matar al conde. Fueron provocados a combatir y convocados y convictos por el conde; algunos fueron degollados, otros condenados al exilio y muchos, proscriptos. Finalmente, si es digno de oírse, y ciertamente no lo es, sino para admirar cómo hasta la tercera o cuarta generación, Dios produjo la venganza consecuentemente en la raza de los traidores, a saber, la traición antigua con un nuevo tipo de desastres y un nuevo resultado.

71. Me parece oportuno mencionar algo sobre los orígenes del preboste y de sus sobrinos. Boldran era castellano en Brujas y su esposa tenía por nombre Dedda o Duva. Caballero de Boldran era Erembaldo, nacido en Furnes. Los flamencos recibieron orden para una cierta expedición para la defensa de la patria hasta los lugares donde eran atacados. Se fue a caballo y en barco. Iban por las naves por el río Escalda el castellano Boldran y su caballero Erembaldo en quien confiaba más que en otros y muchos otros, con las corazas puestas y preparados para el combate. Se hizo la noche. Y echaron anclas en medio del río para esperar el día. El mencionado Erembaldo cometía frecuentemente adulterio con la esposa de su señor el castellano. Esta mujer adúltera, según dicen, le había prometido a su amante el vizcondado si por casualidad moría su esposo. Por eso el adúltero maquinaba siempre la muerte de su señor. En medio del silencio de la noche, cuando el castellano se había arrimado al borde de la nave para orinar, Erembaldo, acercándose por detrás lo arrojó lejos de la nave a lo profundo de la corriente. Esto sucedió durante el sueño de los demás y nadie fuera del adúltero sabía lo que le había ocurrido a ese castellano, que se había ahogado sin dejar hijos. Erembaldo, de regreso, se casó con la esposa adúltera y con dinero de su señor compró el vizcondado. De esa mujer engendró al preboste Bertulfo, a Hacket, a Wilfrid Knop, a Lamberto Nappin, padre de Bouchardo, de Roberto, también castellano en segundo lugar después de él; después de este Roberto estuvo como sucesor su hijo Gualterio, castellano, heredero del vizcondado en tercer lugar; después de este fue el castellano Hacket, en cuyo tiempo ocurrió la traición al conde Carlos. En esta cuarta generación fue castigada en los sucesores la antigua culpa de Boldran por esta nueva culpa, que se hizo desde las torres del castillo del conde de Brujas y, tal vez, por disposición de Dios, se castigó en ellos el pecado de los padres, como se lee en el Éxodo, donde el Señor le dice a Moisés en el capítulo XXXIII de ese libro, donde Dios establece leyes generales diciendo: “Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que castiga la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odiaron”.

72. Regresemos a la narración del evento de Oudenarse, porque el conde de Mons, con gente de Brujas de ese mismo lugar, y con el ímpetu de las tropas, atacó a los de Gante y los puso en fuga, matando a algunos e hiriendo a otros y apresando a muchos. La mayor parte de los que huyeron se ahogaron en las aguas puesto que habían venido en una flota. El conde y los suyos avanzaron hasta los límites de ellos. Había conquistado un castillo llamado Nienhoven y había establecido en él sus mejores y más fuertes custodios. Ese mismo día un hombre aterrado se lanzó desde la torre y huyó por el río, pero fue rápidamente capturado y llevado a la cárcel esperando allí, contra su voluntad, el día de su perdición.

## **CAPÍTULO XVI. Rendición de los asediados en la torre. Reconciliación de la iglesia de San Donaciano. Exequias del bienaventurado Carlos. Toma de Ypres**

73. El lunes 18 de abril, una vez más nuestros ciudadanos se postraron de rodillas ante el rey suplicando por la liberación de Roberto. El rey se indignó y los rechazó, quejándose de que lo molestasen tantas veces. En su ira ordenó a sus siervos acudir rápidamente a la torre y derribarla desde su parte inferior con instrumentos de hierro. Al momento se comenzó la demolición de la torre. A la vista de esto un miedo mortal acometió a los sitiados, sobrecogidos de un estupor enorme; la bebida y la comida les repugnaba y sufrieron entumecimiento y languidez. Agotados por el hambre y la sed, aunque tenían lo suficiente para mantener su vida, llamaban a los que veían pasar por el patio del castillo, que aguardaban la caída de la torre ya socavada en su parte inferior, diciendo que sufrían por la sed y languidecían por el hambre, pues por una admirable disposición divina sucedió que para los traidores su propio vino se había puesto ácido y con sabor hediondo, y los granos y los panes se pudrieron y el agua les resultaba insípida e inútil. De este modo, estaban desfalleciendo ante el olor y el gusto a podredumbre y el hambre y la sed. Abrumados por esta escasez, pedían licencia para salir de la torre y marcharse a cualquier lugar que decidieran los príncipes. Los que trabajaban para demoler la parte inferior de la torre habían quitado las gradas y poco faltaba para que se produjera la caída y la ruina total.

74. El martes 19 de abril los sitiados advirtieron que la mayor parte del trabajo de demolición estaba hecho y que era inminente el peligro de ruina para ellos. A cada golpe de las masas sentían las vibraciones y los movimientos en lo alto de la torre y que esta ya temblaba y se balanceaba. Llenos de un gran temor se ponen de acuerdo en entregarse a la potestad del rey antes que ser oprimidos y sofocados por el derrumbe de la torre. Roberto el Joven gritaba que él y los cómplices se entregarían al rey con la condición, sin embargo, de que Roberto no sería encerrado en un calabozo aunque los otros pudieran serlo. Después de consultar a los grandes el rey accedió al pedido de los sitiados y concedió que salieran, dado que era mucho más conveniente que se entregaran voluntariamente y no que se derrumbara la torre con peligro de muerte para los que trabajaban en demoler sus bases. Fueron saliendo uno por uno en número de veintisiete por el lado que daba a la casa del preboste por una ventana ya inclinada de la torre. Los más corpulentos se deslizaron con cuerdas desde la ventana mayor de la misma torre. Roberto el Joven fue encomendado a la custodia de los caballeros del rey en la cámara superior pero todos los demás fueron puestos encadenados en la cárcel. Finalmente el rey, queriendo hacer algo grato para

nuestros ciudadanos les entregó en custodia a Roberto el Joven, encadenado, con la condición, de que después del juicio de los grandes, sería entregado al rey y al conde. Los ciudadanos recibieron esto como un gran regalo, en las condiciones mencionadas y tomaron en custodia, a Roberto el Joven, aún adolescente.

75. Tenemos que destacar cómo Dios redujo a poca cosa la familia y las posesiones de los traidores. Antes de sus crímenes habían sido las personas más fuertes y más dignas de su familia. Sería muy largo nombrarlos. Finalmente quedaron los peores de todos, en los cuales se consumó la justicia de Dios, completada la traición, desolada la patria, efectuada la rapiña, armados los unos contra los otros. Cuando ya juzgaban que todo lo habían hecho impunemente, obrando por traición y nadie se atrevía a procurar una venganza, solo a Dios esta venganza le fue reservada, que los oprimió y los llenó de terror, de modo que no se atrevieron a salir fuera de nuestra ciudad sino que tomaron la decisión de cercar nuestra ciudad y rodearla de fosas, como anteriormente dijimos. Ocho días después de la muerte del conde fueron asediados y confinados en el castillo. Más tarde, cuando el castillo fue invadido por los nuestros, se refugiaron en la torre dónde estuvieron más presionados. Por último, detenidos en la cárcel, estuvieron tan controlados que no podían estar todos sentados al mismo tiempo. Sino solo tres o cuatro. Los atormentaban la oscuridad, el calor, el hedor y el sudor, además del horror de la desesperación de la vida y la ignominia de una muerte futura. Hubieran sido tratados con bondad y casi como con misericordia si hubiesen sido simplemente colgados en la horca como ladrones y delincuentes comunes. Cuando se aprontaban para salir de la torre, uno de los jóvenes arrojó su espada y trató de saltar desde la ventana más alta y se preparó para ello. Sintiendo condenado por la voz de su conciencia, preparó su cuerpo para buscar su libertad con todo coraje, Pero los otros le impidieron ese intento y tuvo que ir a la cárcel junto con ellos. Muchos de nuestros ciudadanos, viendo el peligro de ese joven y la miseria de los cautivos, lloraban, porque no podían sin lágrimas ver cómo iban a la cárcel sus señores cautivos. Salieron finalmente esos miserables, pálidos, mostrando en sus rostros las señales de la traición, desfigurados por la palidez y por el hambre. Apenas salieron estos un gran número de caballeros entraron en la torre y tomaron por botín todo lo que pudieron encontrar. En medio del alboroto que producían los nuestros en la torre, Benkin, un bandido, se dejó deslizar por una cuerda desde la torre hasta el suelo y se escondió como pudo hasta que por la noche se refugió en una isla llamada Wulpen. Todos lo buscaban creyéndolo escondido incluso en las cloacas y lugares inmundos. Con la esperanza de lucro y de conseguir el tesoro del conde casi todos los que habían participado del asedio se esforzaban por subir a la torre. Entonces el

castellano Gervasio puso sus caballeros armados ahí dentro para impedir la entrada a los que quisieran subir. Se apoderó del vino de los traidores, que era muy bueno, e incluso de un vino hervido que había sido del conde. Se encontraron trozos de tocino, veintidós medidas de queso, verduras, harina de trigo, excelentes herramientas de hierro para hacer pan, y todos los muebles y utensilios que habían usado los traidores. Pero nada se encontró del tesoro del conde.

76. El miércoles 20 de abril el rey fue a Redenbourg para examinar la situación en ese lugar, donde Lamberto se había fortificado, acusado del delito de traición y allí estaba sitiado. En ese día, Dios renovó el fulgor del sol y la diafanidad del aire para nosotros, porque los traidores y contaminadores de la iglesia fueron expulsados del lugar santo y encerrados en la cárcel. Los hermanos de la iglesia, alegres por los beneficios que la gracia divina les había acordado, purificaron con toda clase de abluciones el pavimento, las paredes y los altares. Y nada dejaron sin limpiar; restauraron las gradas que habían sido separadas y renovaron el templo con nuevos ornamentos y nuevas estructuras. El jueves 21 de abril se cosió un cuero de venado para poner allí el cuerpo del conde y se fabricó también un cofre para guardarlo encerrado.

77. El viernes 22 de abril, transcurridas siete semanas de la primera sepultura, fue destruido el sepulcro del conde en la tribuna. El cuerpo fue lavado con veneración y protegido con aromas e incienso. Pues los hermanos de la iglesia sentían que el cuerpo del conde ya estaba hediondo y nadie podía soportar ese hedor porque ya habían pasado siete semanas desde el día de la sepultura en la tribuna. Dispusieron entonces que en el momento del retiro del cuerpo de su tumba, se encendiese un fuego y se echasen aromas e incienso y así, si algún hedor salía del féretro, se neutralizara con un perfume saludable. Se quitó la lápida y no hubo ningún hedor. Envolvieron el cuerpo en la piel del venado y colocaron el ataúd en medio del coro. El rey, acompañado por una multitud de ciudadanos y otra gente, aguardó en el templo, hasta que el obispo con tres abades desde la iglesia de San Cristóbal, con todo el clero en procesión con las reliquias de los santos Donaciano, Basilio y Máximo, llegaron al encuentro del féretro y del rey en el puente del castillo, y depositaran el bienaventurado cuerpo en esa iglesia entre lágrimas y suspiros. Entonces allí el obispo, con todo el coro de sacerdotes, celebró la misa en conmemoración de todos los fieles difuntos, por la salvación del alma del buen conde. En ese mismo día fue capturado el bandido Benkin y fue atado a una rueda fijada a un mástil perdiendo la vida en presencia de todo el mundo. Fue en Arenes. Ciertamente mereció morir en ese tormento.

78. El sábado 23 de abril se publicó un edicto del rey con los grandes para que todos los ciudadanos marcharan a Ypres y Staten para preparar un sitio. El domingo 24 de abril fue consagrada la iglesia de San Salvador en Brujas, porque había sido quemada por un incendio y los altares habían sido destruidos. El lunes 25 de abril, como los altares de la iglesia de San Donaciano no habían sido dañados, el obispo de mañana temprano celebró la reconciliación de la iglesia. Luego el rey y el pueblo, precedidos por el obispo, los abades y todo el clero del lugar, marcharon en procesión a la iglesia de San Cristóbal, y retirando el cuerpo del bienaventurado conde, señor y padre nuestro Carlos, lo depositaron en la iglesia de San Donaciano, en medio del coro, con toda solemnidad, al cuidado de Dios y allí cerraron honorablemente la tumba. Celebrados solemnemente los funerales, el rey y el obispo instalaron en la prelatura al preboste Rogerio en medio de los hermanos de la iglesia. Ese mismo día el rey y nuestro castellano Gervasio fueron con un gran ejército contra Ypres y Staten juntamente con nuestros ciudadanos. Ese mismo día era la fiesta del evangelista Marcos. Es digno de destacarse que en ese día Dios le concedió a la iglesia de San Donaciano tres grandes dones: Dios se dignó reconciliar para sí dicha iglesia; concedió que en ella quedase en custodia el cuerpo de Carlos el Bueno y le entregó a esa iglesia a Rogerio como preboste.

79. El martes 26 de abril el rey y el conde con un gran ejército atacaron a Ypres y la sitiaron. Se luchó ásperamente por ambas partes. Guillermo, el conde bastardo, con trescientos caballeros luchó en una de las puertas contra el nuevo conde. Algunos malos ciudadanos de Ypres, hicieron un arreglo con el rey en otra parte de la ciudad y dejaron entrar al rey y a un muy numeroso ejército. Estos entraron en la ciudad dando gritos y produciendo abruptamente incendios de casas y efectuando rapiñas. Cuando Guillermo, el conde bastardo, salió en contra de los invasores, no sabía que la ciudad y él y los suyos habían sido traicionados. El rey y el conde lo apresaron y lo enviaron cautivo a Lille para quedar allí custodiado. Muchos, después de la muerte del conde Carlos lo habían apoyado, como capellanes, servidores, soldados y siervos de la familia, porque, aunque fuese bastardo, era primogénito en la línea del condado. Los habitantes de Furnes también militaban para él, porque si se sostenía en el condado, con su ejército y su poder, vencerían a sus enemigos. Pero como Dios golpea los espíritus de los perversos, todo les sucedió en forma contraria. Pues habiendo sabido que Guillermo de Ypres estaba cautivo, sus enemigos invadieron sus posesiones y las casas y familias hostiles y destruyeron con fuego y hierro todas las propiedades de aquellos a quienes odiaban. No fue suficiente para esos miserables el ser capturados sino que padecieron en su tierra la pérdida de sus bienes. Por

lo tanto Dios persiguió en la guerra y en su propio país a los que con su conde habían conspirado para la muerte de su señor y defensor del país. Todo lo que Guillermo de Ypres había poseído, lo obtuvo nuestro conde. Capturó a caballeros y puso en fuga fuera del país a muchos. Los nuestros actuaron victoriosamente ese día y regresaron entre aplausos y cargados con un enorme botín.



## **CAPÍTULO XVII. El suplicio de muchos reos. Los vasos del bienaventurado Carlos son restituidos. Nueva búsqueda de cómplices**

80. El domingo 1 de mayo recibimos la noticia de que en Lille Bouchardo había sido capturado y atado a una rueda con un mástil y allí había estado un día y una noche muriendo vergonzosamente. Infinitas muertes hubiera merecido si eso hubiera sido posible pues por causa de su crimen tantos fueron castigados, proscriptos, asesinados, colgados y degollados. Por su muerte todos los fieles dieron gracias a Dios que se había dignado exterminar de su iglesia a un homicida tal. Y pasada la calamidad de los tiempos, con la llegada de las bellezas del mes de mayo, Dios le restituyó a nuestra tierra la gracia de la paz y el anterior estado de nuestro país, colgado Bouchardo y hechos prisioneros sus cómplices. El rey, regresando, pasó por Gante y fue hacia Oudenarde donde el conde de Mons había assolado nuestra tierra, pero nuestro conde precedió al rey e incendió con violencia la ciudad hasta la torre de piedra. Muchos se refugiaron en la iglesia del lugar y fueron quemados, según dicen, hasta un número de trescientos.

81. El miércoles 4 de mayo el rey regresó a Brujas sin el conde. El jueves 5 de mayo, poco después del mediodía el conde regresó a nosotros, y fue recibido primeramente en procesión por los hermanos de la iglesia de San Donaciano, donde según la costumbre de sus predecesores, ofreció a Dios plegarias y ofrendas. Luego fue a la casa del conde Carlos él mismo en calidad de conde, y allí almorzó. Se produjo un gran tumulto en las cercanías del castillo aguardando saber qué se haría con Roberto y los cautivos. El rey salió de su mansión y se dirigió a lo del conde. Como la casa estaba llena de gente, de servidores y de caballeros, el conde fue hacia la plaza y el patio del castillo. Y fue seguido por todos los que estaban en su corte. Cuando la casa estuvo vacía, como había ordenado, hizo cerrar las puertas y entró él solo con los grandes. Determinaron entonces desde dónde los traidores debían ser arrojados. Y se decidió que fuera desde lo alto de la torre de la casa. Decidido esto, el rey y el conde enviaron hombres de armas a la prisión, para que astutamente llamaran primero a Wilfredo Knop, hermano del preboste Bertulfo. Los enviados les mintieron a los carceleros que el rey actuaría con clemencia. Con esa esperanza de clemencia salieron inmediatamente de la cárcel. Pero no se les permitió salir a los demás prisioneros. Sacaron entonces primeramente a Wilfredo y por dentro de la casa lo condujeron a lo más alto de la torre, le ataron las manos a la espalda, pudiendo ver hacia abajo el lugar de su muerte. Lo arrojaron. El miserable estaba solo vestido con una camisa y sus bragas, y al caer en tierra su cuerpo quedó fracturado y deshecho, con un resto de vida. Y expiró al instante. Se convirtió en un eterno espectáculo de oprobio para su familia y

para toda la tierra de Flandes. Murió sin ser llorado por nadie. En segundo lugar sacaron al caballero Gualterio, hijo de Lamberto de Redenbourg y lo llevaron al lugar del suplicio. Le ataron las manos por delante y no por detrás y lo iban a arrojar al momento. Él les rogó a los caballeros del rey que estaban junto a él que, por amor de Dios, le permitieran un instante para rezarle a Dios. Tuvieron compasión y le permitieron orar. Habiendo hecho su oración fue arrojado ese joven de postura elegante y al caer en tierra recibió heridas mortales y expiró. También fue llevado un caballero de nombre Rico, que arrojado de la misma manera cayó sobre la escala de madera y le arrancó una grada que estaba sujeta con cinco clavos. Y lo que es admirable, habiendo caído desde tal altura, permaneció sentado y se signó con la señal de la cruz. Algunas mujeres quisieron ir a tocarlos pero uno de los caballeros de la casa del conde les arrojó una piedra grande y esto no les permitió acercarse. Ya no le era posible vivir mucho más tiempo. Por lo demás, lo que vivió después de la caída no era vida sino una agonía de muerte. Omito detallar el orden, pero todos los demás fueron precipitados a la vez en número de veintiocho. De ellos algunos esperaban escapar de la muerte por ser inocentes de la traición. Pero como el destino los había llevado a unirse con los que eran reos de traición, también fueron lanzados desde la torre.

**82.** El viernes 6 de mayo, en la fiesta de San Juan, cuando fue echado en una caldera, el rey, comenzando a regresar a su tierra, salió de Brujas, llevando consigo cautivo a Roberto el Joven. En la salida de ese joven, los habitantes de Brujas lo seguían con lágrimas en los ojos y un fuerte llanto, porque lo amaban mucho. Los varones de la ciudad no se atrevían a seguirlo por miedo al deshonor. Viendo él el llanto y la compasión de los ciudadanos, dijo: “Amigos míos, nada podéis hacer por mi vida pero rogad finalmente a Dios, que se digne tener misericordia de mi alma”. No se habían alejado mucho del castillo cuando el rey ordenó atar los pies del joven guerrero bajo el vientre del caballo en el que montaba. Después de haber acompañado al rey, el conde regresó entre nosotros al castillo.

**83.** El sábado 7 de mayo el deán Helle le entregó al nuevo conde el vaso de plata y la copa de oro del conde Carlos con su cobertura de oro, que el preboste Bertulfo, al fugarse, le había entregado. Roberto el Joven, antes de salir de Brujas le había revelado al conde donde estaba este tesoro porque, según se dice, el rey lo había obligado mediante flagelación a que revelase si conocía algo acerca del tesoro del conde. Muchos son los que se admiraron de la simplicidad del deán Helle, que había vivido hasta entonces con un rigor casi de santidad y que no había rechazado este fruto de rapiña (estando esto prohibido por la autoridad de Dios: no tocarás nada impuro...) o sea, que simulaba ese curso de vida de santidad y simplicidad. Entregó ese tesoro al conde de mala voluntad, demostrando cuánto

amaba ese botín. Dijo que el preboste Bertulfo había ofrecido esos vasos a la iglesia de San Donaciano por la salvación de su alma, creyendo así demostrar su inocencia. De esta manera todos hemos conocido claramente que el preboste había tomado para su uso propio esos vasos del conde, en el reparto del tesoro, y no pudiendo llevárselos, le dejó ese miserable botín a su deán.

**84.** Me permitiré relatar la penitencia de Bouchardo y de los que con él habían traicionado al conde, como Isaac y otros. Afirman que Bouchardo reconoció su pecado y se dolió y arrepintió de él, de tal modo que les rogó a los que lo miraban en el patíbulo que le cortaran las manos con las que había asesinado a su señor Carlos Y les imploró a todos que al menos le rogasen a Dios por la salvación de su alma ya que ninguna salvación mereció en esta vida. Y en cuanto fue capaz de hacerlo le pidió a Dios omnipotente que le fuera propicio. Los que fueron arrojados desde lo alto de la torre, al arrimarse al borde, hacían la señal de la cruz, invocando el nombre de Jesucristo y repitiéndolo en medio de la caída. Pero como los traidores después de su crimen habían sido excomulgados, debido al rigor de la justicia no fueron absueltos por el obispo ni antes ni después de la muerte y sus cadáveres quedaron insepultos fuera del cementerio en los caminos y los campos.

Isaac, estando oculto entre los monjes con hábito monacal, previó que la turba se lanzaría contra él y le dijo al abad: “Mi señor, si mi voluntad fuese la de luchar, no permitiría que me capturasen sin la desgracia de muchos, pero como me confieso reo de la traición, abrazo todos los males y la muerte temporal, para que se me castigue en el presente, porque he pecado gravemente contra el Señor”. Se acercó el hijo de un abogado de Théroanne y lo puso preso a Isaac hasta que viniera el bastardo conde de Ypres para juzgarlo. Isaac, por lo tanto, esperaba a Guillermo, creyendo que por medio de él podría ser liberado, ya que había sido cómplice de la traición. Pero cuando vino dicho conde, disimulando su conciencia culpable, ordenó que Isaac fuese colgado por haber traicionado al conde Carlos. Isaac, en camino hacia el castillo de Aire donde sería ahorcado, confesaba abiertamente haber traicionado a su señor. Y le rogaba a la multitud que le arrojase barro, piedras y palos, creyendo que nada era suficiente pena en esta vida por haber cometido un crimen tan grande. Les agradecía los golpes y las pedradas a quienes lo castigaban porque se dignaban castigar a tan gran pecador. Finalmente, habiendo llegado al lugar de la horca, saludó al poste de la horca y lo besó al igual que la cuerda y el mismo se colocó el lazo en el cuello, diciendo: “En nombre del Señor abrazo el suplicio de mi muerte y os ruego a todos vosotros que le pidáis conmigo a Dios que con la dureza de esta muerte se castigue en mí

todo lo que miserablemente delinquí contra mi señor”. Así, suspendido de la horca, mereció morir torpemente.

El preboste Bertulfo había recibido de Dios muchas señales de su muerte. Cuando se encontraba languideciendo en su cámara el guardia de la iglesia en Brujas, entró el preboste a visitarlo; al instante cedieron las vigas que sostenían el techo sobre sus cabezas de modo que apenas pudo salir de la cámara. En otro momento cedió una gran viga en su casa en Brujas, sin intervención de nadie y por el viento, exactamente sobre el asiento donde solía sentarse el preboste haciendo gala de su poder y voluntad. Por ese mismo tiempo, estando en Furnes, ocurrió la ruina total de esa ciudad donde todo quedó destruido. En otro momento, pasando el preboste por Ypres frente al patíbulo que estaba en la plaza, en el cual más tarde sería colgado, le dice a sus caballeros: “¡Dios omnipotente! ¿Qué es lo que soñé anoche? Vi en sueños que me encontraba fijado a este patíbulo”, y se rió de esa visión juzgándola sin sentido. Hemos oído algo sobre su castigo, pero no sobre su penitencia. Roberto el Joven, llevado hasta Cassel, por orden del rey fue degollado; pero confesó sus pecados y perdonó al verdugo que lo iba a ejecutar.

## **CAPÍTULO XVIII. Investigación sobre los cómplices y ayudantes de los traidores y los ladrones del tesoro del bienaventurado Carlos. Muerte de varios cómplices de la traición**

85. El sábado 21 de mayo, vigilia de Pentecostés, Eustaquio, recientemente constituido en castellano de Furnes por el nuevo conde de Flandes, trajo consigo cautivo a Brujas a Ogerio, que había sido camarero del preboste Bertulfo, para que ese cautivo le revelara al conde quiénes de entre los canónigos o los laicos hubiesen recibido del preboste Bertulfo parte robada del tesoro del conde Carlos, o por parte de los sobrinos del mismo preboste. Este acusó al deán Helle por trescientos marcos, al canónigo Littera por doscientos marcos, a Roberto, guardián de la iglesia, por colchones, abrigos y dinero, al maestro Randulfo por seis copas de plata, a Roberto, hijo de Lidgardo, por cien marcos de plata. Ogerio había inventado estas mentiras para obtener su libertad. A muchos esto les parecía verosímil porque ya el deán Helle, por acusación de Roberto el Joven, había entregado al mismo conde una copa de plata de veintiún marcos de peso, y una copa de oro con su cobertura de siete marcos de peso. Se creía que ese deán había retenido mucho dinero al igual que sus canónigos, como más tarde se hizo evidente. Pues ese Roberto, guardián de la iglesia, entraba y salía libremente desde el lugar donde estaban los traidores en tiempo del asedio y había recibido de ellos una gran cantidad de dinero con la condición de que si ellos podían fugarse, este presbítero y guardián se lo devolvería ya que lo había recibido en custodia. Después que esos miserables fueron condenados, el guardián astutamente quiso ocultar el dinero. Fingió preparar un viaje a Jerusalén y cargó tres fuertes palafrenes y medio y salió de la ciudad muy de mañana y así transportó lo robado al conde Carlos como ofrenda a Cristo en Jerusalén. Ante este hecho, la sospecha de todos cayó sobre los canónigos. Ese mismo día Littera le entregó al conde tres marcos de plata que había guardado del dinero del preboste. El 22 de mayo, santo domingo de Pentecostés, el conde y el castellano Gervasio y Gualterio de Vlaersle y los caballeros de Flandes que estaban presentes juraron conservar la paz en la medida de sus posibilidades en todo el país de Flandes.

86. Después de la fiesta de Santa María en su Natividad, que es el 10 de setiembre, un sábado, nuestro conde hizo que fuera conducido a Brujas aquel Guillermo de Ypres, que había capturado en la invasión a esa ciudad y lo encerró en la cámara superior del castillo de Brujas, con su hermano Teobaldo Sorel, y por seis días ambos permanecieron allí cautivos. Teobaldo fue encomendado a la custodia de Everardo, un cierto caballero de Gante. A Guillermo de Ypres se le prohibió mirar hacia afuera por las ventanas y solo se le

permitía caminar dentro de la casa. Había dispuestos vigías y custodios que lo vigilaban celosamente.

**87.** El viernes 16 de setiembre, en la noche de san Lamberto, el conde ordenó prestar juramento a todos los habitantes de nuestros lugares vecinos y a los ciudadanos de Brujas más importantes y más fieles e igualmente al castellano Gervasio, por el honor de la patria, que manifestasen con verdad quiénes mataron al conde Carlos, o a aquellos que fueron asesinados con él; quiénes arrebataron con rapiña los bienes del conde y de los muertos con él y de los miembros de la familia del conde; quiénes se hubieran asociado a esos traidores para auxiliarlos después de la muerte del señor de todo el país o quiénes hubieran permanecido con esas impiísimas personas antes o después del asedio, o quiénes a esos traidores y sus cómplices, sin licencia de los jefes, que los sitiaban en el castillo, les hubieran permitido salir recibiendo en secreto dinero del tesoro del conde Carlos; quiénes después que fueron detenidos les hubieran prestado auxilio a aquellos a quienes el rey y el conde de común acuerdo con los barones del país los condenaron como reos, decretando su proscripción. Después de esta juramentación se reunieron en la casa del conde y acusaron a ciento veinticinco. Y en Redenbourg, con Lamberto, al que declararon reo, treinta y siete.

**88.** El sábado 17 de setiembre, día de san Lamberto, queriendo el conde marchar sobre Ypres, declaró un impuesto para nuestros ciudadanos de Brujas. El conde se mostró ingrato con ellos, porque ese tipo de impuesto se había aplicado solo a los caballeros feudales desde tiempos de todos los condes anteriores. Pero los caballeros le habían reclamado porque les había condonado el impuesto a los ciudadanos de Brujas. Y afirmaban los caballeros que el conde no podía con justicia condonar impuestos sin la aprobación de sus caballeros y que no era justo que esos mismos ciudadanos le hubieran pedido eso al conde. Surgió así una disputa entre los ciudadanos y el conde y sus caballeros. El conde y los suyos, después de esta acusación, trataron de obrar según la ley acordada por los jefes durante el juicio. Según esa ley lo había establecido: Cualquiera que haga salir a alguno de los sitiados en contra del acuerdo de los jefes, será condenado el que ayude a la evasión a la misma pena que le corresponde al evadido. Como habían sido muchos los evadidos en secreto por dinero, los padres de aquellos que habían sido muertos en el asedio a los traidores, lloraban de rodillas ante el conde tocándole que les entregara para matarlos o castigarlos a quienes secreta o furtivamente habían dejado huir a los sitiados, o que se los expulsase del país. Presionado por esas razones el conde ordenó que los acusados comparecieran ante él, queriendo juzgarlos según la ley del lugar. Pero ellos respondieron

que no estaban siendo acusados legítimamente sino por envidia y odio y no según la verdad. Le rogaban al conde vehementemente ser juzgados según la ley de los concejos del país tanto por la mencionada traición como sobre cualquier otra sospecha. Muchos fueron reconciliados con el conde de entre los que todavía eran perseguidos por los sobrinos y los hijos y parientes de los que fueron muertos en el sitio o por haber hecho evadirse a los traidores que habían traicionado al señor del país, Carlos, que era como su padre; tales eran los hijos del castellano de Boudbourg, que aun en presencia del nuevo conde se apresuraban a llamar a Everardo de Gante; los que habían hecho fugarse a asediados por dinero; los que habían asesinado a su padre y hermanos juntamente con el conde del país. Oídas estas cosas la mayor parte de los acusados se retiró atormentada por la propia conciencia. El conde tomó consejo, convocó a los barones y decretó la proscripción de aquellos acusados que habían rendido homenaje al conde Carlos y luego habían proporcionado ayuda a los traidores asediados. Pero aceptó la satisfacción de otros, y trató misericordiosamente y sin juicio a otros.

**89.** Sucedió por un estricto y horrible juicio de Dios que Gualterio de Vlaersle, uno de los grandes del país, en cierta expedición militar, en una de sus marchas se cayó de su caballo, quedó malherido, languideció por vario días y al fin murió. Había sido cómplice de la traición de su señor y padre de toda la tierra de Flandes. Para ligarse con los traidores con un juramento irrevocable, le había dado en matrimonio a una sobrina del preboste Bertulfo un hijo adoptivo nacido de un zapatero y que su mujer le había mentido que era hijo suyo. Él creyó verdaderamente ser padre de ese hijo, que su mujer le dijo falsamente haber dado a luz. Pero el hijo que ella había parido había muerto en el parto. Puso en su lugar al hijo del zapatero, que había nacido más o menos por el mismo tiempo y el niño muerto que ella había parido se lo puso secretamente a la mujer del zapatero a la que le dio dinero para que dijese que había dado a luz un hijo muerto y le ocultase a su marido lo que había sucedido. Habiendo crecido ese niño robado y adoptivo, todos creyeron que era verdaderamente hijo de Gualterio. El preboste le dio a su sobrina, hija de su hermano, como esposa a ese hijo furtivo, para establecer una alianza común muy firme entre ellos con ese matrimonio y ser así más audaces, fuertes y poderosos. Después de la muerte de Gualterio, su mujer confesó en público que ese joven no era su verdadero hijo sino adoptivo, que un ciudadano de Brujas le había entregado a Gualterio por trescientas libras. Así, por obra de Dios, se deshizo el artificio del preboste, que deseando soberbia y gloriosamente exaltar su linaje con ese matrimonio, engañado por Dios, casó a su sobrina con el hijo de un zapatero. Nadie se atrevía a poner sus manos sobre Gualterio aunque

hubiese sido cómplice de la traición. Era en efecto, un par en el país y no pertenecía al conde. Pero Dios, a quien estaba reservada la venganza, lo exterminó de la presencia de los fieles con una muerte dolorosa.

**90.** El sábado 8 de octubre, antes de la fiesta de San Riquier, por orden del conde, fue trasladado a Ypres y puesto al cuidado del señor de esa ciudad. El conde temía que nuestros ciudadanos e incluso los proscritos, con alguna astucia, liberasen a Guillermo del cautiverio en Brujas y que incluso penetrasen por la fuerza en el castillo. Hay que hacer notar que después de haber asesinado al conde Carlos, Bouchardo y sus cómplices criminales, al estilo de los paganos y adivinos, la primera noche de la sepultura del conde Carlos, tomaron una copa llena de cerveza y un pan y se sentaron alrededor del sepulcro. Colocaron la bebida y el pan sobre el sepulcro y bebieron y comieron sobre el cuerpo del bienaventurado conde, con el fin de que nadie pudiese vengarlo.

**91.** El lunes 24 de octubre, víspera de la fiesta de san Amando, murió Balduino de Alost, uno de los pares de Flandes, acusado de la traición a su señor Carlos al que sobrevivió por poco tiempo. La ocasión de su muerte no fue nada grave. Soplando para hacer sonar una trompeta, se le hinchó una arteria, y poniendo todas las fuerzas de su cabeza para soplar, la médula de su cerebro se salió de su lugar natural, y apareció por una antigua herida que tenía en la frente. La fuerza del aire renovó la herida y la médula del cerebro comenzó a bullir, de modo que los conductos de la nariz, los ojos y la garganta se sofocaron. Golpeado así por la espada de Dios, murió de una plaga mortal. Finalmente, antes de exhalar el último suspiro, tomó el hábito monacal y abandonó este mundo como un caballero cristiano.

Estos dos pares del país murieron a corta distancia el uno del otro y todos los habitantes de nuestra tierra comentaban y admiraban la rapidez de la sentencia de Dios, que, después de la muerte del señor Carlos los había privado de la vida y había dispuesto su muerte con tan pequeño intervalo y con medios tan simples. Ellos no se habían conducido como verdaderos cristianos, ayudando al preboste y a otros a evadirse del sitio. Pues, recibido dinero del preboste y los suyos, contra los decretos del rey y los grandes, habiéndolos ayudado a salir de la ciudad, los guiaron por desvíos y los abandonaron en lugares campestres desnudos y solitarios, hasta que fueron capturados errando por granjas y poblados, y fueron finalmente castigados con una muerte miserable.

**92.** El sábado 17 de diciembre, al fin de la tercera semana del Adviento del Señor, en el mismo año, en las Cuatro Témperas, murió Desiderio, hermano del traidor Isaac, del



que ya hemos hablado. Cómplice de la traición, no mereció disfrutar de la felicidad de la vida por más tiempo. Después del sitio no se atrevió nunca más a venir a la corte del conde a no ser secretamente; pues, si se hubiese mostrado públicamente, había muchos en nuestro condado que lo hubiesen retado a duelo y lo hubiesen acusado de traición si aparecía en la corte. Además, el nuevo conde le había prohibido a Desiderio, si por azar llegaba a venir a la corte, presentar bebidas, dado que era uno de los coperos.

## **CAPÍTULO XIX. Causas por las que los flamencos retiran su apoyo al conde Guillermo de Normandía**

93. En el mes de agosto, en la fiesta de san Pedro, hubo una feria en Lille. El conde quiso apoderarse de uno de sus siervos en la plaza y ordenó prenderlo. Los ciudadanos de Lille corrieron a las armas e hicieron que el conde con los suyos se retirara de la ciudad, golpearon a algunos hombres de la corte y empujaron a los normandos a los pantanos dejando a muchos con diversas heridas. Al momento el conde puso sitio a todos los lugares de Lille y obligó a los ciudadanos a entregarle mil cuatrocientos marcos de plata, para poder obtener la paz. De este modo se originó un odio muy grande entre el conde y estos ciudadanos y en adelante vivieron con sospechas unos de otros.

94. El viernes 3 de febrero, en la fiesta de la Purificación de la madre del Señor, los ciudadanos de Saint-Omer se alzaron contra el conde, porque injustamente quería imponer al castellano de esa ciudad, que había arrebatado con violencia los bienes y la fortuna de los ciudadanos y se esforzaba por continuar haciéndolo. El conde sitió Saint-Omer con un ejército considerable. Los ciudadanos habían introducido en la ciudad a Arnoldo, sobrino del conde Carlos y le habían rendido homenaje y juramento, con la idea de que si el nuevo conde persistía injustamente en asediarlos, se volcarían hacia Arnoldo. En esos momentos, la nieve, el hielo, el frío y el viento del este asolaban la faz de la tierra; como temían un asalto por parte del conde, entregaron para lograr la paz, seiscientos marcos de plata. De ahí se originó un gran odio entre sus ciudadanos y el conde y en adelante fueron sospechosos entre sí.

95. El jueves 16 de febrero, antes de la Septuagésima, los habitantes de Gante se alzaron contra su castellano porque siempre obraba contra ellos con injusticia y perversidad. Esto se trasladó al conde y llevó a buscar la paz entre él y los ciudadanos. Queriendo el conde presionar a los ciudadanos y poner a su frente al mencionado castellano, demoró allí varios días. Entonces los habitantes de Gante, como habían convenido con el príncipe Daniel [Daniel de Termonde] y con Iván [Iván de Alost o de Gante], hermano de Balduino [Balduino IV], citaron al conde a dar razones. Estando reunidos todos los habitantes de Gante, un encargado de hablar por los ciudadanos, tomó de este modo la palabra: “Señor conde, si queréis tratar con justicia a nuestros ciudadanos y a los de Brujas, que son amigos nuestros, no ejerceréis sobre nosotros exacciones y rapiñas abominables; debéis defendernos de nuestros enemigos y tratarnos honorablemente. Entre tanto vos habéis roto el tratado y los juramentos hechos entre vos y nosotros sobre la condonación del impuesto, el restablecimiento de la paz y todas las otras cosas de acuerdo

a justicia que los hombres de esta tierra han obtenido de vuestros buenos predecesores, sobre todo en el tiempo del conde Carlos y de vos mismo. Vos personalmente habéis quebrado la fe que mutuamente nos habíamos prometido acerca de esto. Son manifiestas las violencias y las rapiñas que habéis ejercido en Lille y cómo habéis perseguido en forma inicua y abominable a los habitantes de Saint-Omer. Ahora bien, si pudierais, maltrataríais también a la gente de Gante. Siendo vos nuestro señor y el de todo el país de Flandes, es conveniente que obréis con nosotros según la razón y no con violencia y perversidad. Ubicad, si queréis, vuestra corte en Ypres, que está situada en el centro de vuestro territorio. Que se reúna un número igual de grandes de ambas partes, así como los más prudentes de entre el clero y la gente, en paz y sin armas, con espíritu calmo y reflexivo, sin engaño ni mala intención, y que ellos juzguen si podéis en adelante gobernar el condado sin que sea lastimado el honor del país como así lo deseo. Pero si sois así sin ley, sin fe, doloso y perjuro, dejad el condado y permitidnos encomendarlo a las manos de un hombre capaz y legítimo. Hemos sido mediadores entre el rey de Francia y vos, de modo que nada podéis hacer sin el consentimiento del país y de nuestro consejo. Nos habéis tratado con perversidad a nosotros que os hemos jurado nuestra fe delante del rey, lo mismo que a los ciudadanos de Brujas y de casi todo Flandes, contra la fe y el juramento de nuestro rey y nuestra, y de todos los grandes de nuestro país”. El conde hubiese destrozado a Iván si se hubiese atrevido ante tantos tumultuosos ciudadanos. Dijo: “Dado el retiro del homenaje que me has hecho, quiero ponerme a la par de ti y comprobar en un duelo que hasta ahora he gobernado el condado con habilidad y justicia”. Juan se negó. Se fijó el miércoles 8 de marzo, comienzo de los ayunos, para realizar una asamblea pacífica en Ypres. El conde vino a Brujas y convocó a los caballeros del vecindario y les ordenó que en un día fijado tenían que estar armados junto a él. Convocó también a los ciudadanos de Brujas y les comunicó que Iván y los suyos lo echarían con deshonor del país si pudiesen hacerlo. Les rogó que le permanecieran fieles. Ellos asintieron. En el día señalado el conde se puso en marcha con una tropa de hombres armados y ocupó Ypres con caballeros y mercenarios, prestos al combate. Vinieron también a las cercanías de Ypres, o sea Roslaer, y le enviaron mensajeros al conde para decirle: “Señor conde, como el día ha sido designado en el sagrado tiempo del ayuno, deberíais haber venido en paz, sin dolo y sin armas y vos no lo habéis hecho, antes bien, estáis preparado para combatir contra nuestros hombres. Iván, Daniel y los habitantes de Gante os ordenamos que, si habéis venido con malicia para asesinarlos, ellos no dilatan romper, por nuestro intermedio, la ley del homenaje que hasta ahora han inviolablemente observado”. Los mensajeros rompieron la fe y el homenaje de

parte de sus señores y se marcharon. Anteriormente, Iván y Daniel, habían enviado a las ciudades de Flandes un saludo por medio de mensajeros: “Nos daremos mutuamente rehenes y juramentos, si queréis vivir con honor en el país; si es que el conde querrá atacarnos a mano armada, nos uniremos para nuestra defensa común”. Ellos consintieron voluntariamente en proceder así con las fuerzas del país y las suyas, para defenderse de un conde tan perverso que no pensaba nada más que en atormentar a los ciudadanos con sus maldades. Y añadieron: “Es evidente que los mercaderes y comerciantes de todo el país de Flandes han sido asediados por causa de este conde, que vosotros habías elevado al condado en el lugar de nuestro muy digno padre Carlos. Ya en lo que va de este año, hemos consumido nuestros bienes. Lo que habíamos acumulado en otro tiempo, nos lo ha arrebatado por el conde, o lo consumimos asediados en el país por enemigos. Ved, entonces, de qué manera podamos defenderlo de este asolador y perseguidor de nuestra tierra, salvo el honor del país y el vuestro”. Entre tanto, el conde, en Ypres, tendía emboscadas a Daniel e Iván, reuniendo junto a sí a caballeros de todo el país.

**96.** El 11 de marzo, primer domingo de Cuaresma, supimos con certeza que el joven Teodorico, sobrino del conde Carlos, había llegado a Gante desde Alsacia, y allí esperaba, dado que el conde Guillermo había sido expulsado con sus normandos, que se lo recibiera a él mismo por conde. Es realmente sorprendente que Flandes tuviera en ese momento tantos señores a su frente, pues estaba a punto de recibir al joven conde de Mons y además a Arnoldo, que los habitantes de Saint-Omer habían recibido en su ciudad, a Teodorico, que estaba en Gante, y a nuestro conde abusivo. El castellano Teodorico [Teodorico de Dixnude] y sus parientes y amigos querían a nuestro conde normando; los habitantes de Saint-Omer lo querían a Arnoldo; los de Arras y sus confines, querían al conde de Mons; finalmente, Iván, Daniel y la gente de Gante se esforzaban para que Teodorico asumiera como conde.

**97.** El viernes 16 de marzo los ciudadanos de Brujas se dirigieron al castillo para ver si Frumoldo el Joven había provisto la mansión del conde de trigo, vino y otras vituallas que habían de almacenarse para uso del conde Guillermo. Ese mismo día, habiendo sabido que el conde venía a Brujas, cerraron las puertas para oponerse a su entrada, no queriendo en adelante reconocerlo como conde. El sábado de las Cuatro Témperas, 17 de marzo, habiendo transcurrido enteramente la primera semana de ayuno, día de la fiesta de santa Gertrudis, el castellano Gervasio ordenó a todos los habitantes de su vizcondado estar preparados para reunirse armados en Torholt el miércoles siguiente y aguardar a que nuestro conde Guillermo los llevara a combatir a Iván y Daniel. El 21 de marzo, fiesta de

san Benito, nuestro castellano Gervasio regresó desde Torholt a Brujas con los suyos, y reportó que Arnolde, sobrino del conde Carlos, había sido introducido fraudulentamente, por segunda vez en Saint-Omer con la ayuda de algunos ciudadanos. Ante esta noticia, el conde de Flandes, Guillermo, marchó de Ypres a Saint-Omer con una considerable fuerza y obligó a Arnolde a refugiarse en la iglesia de San Bertin, donde lo asedió y con la amenaza de incendiar la iglesia lo hizo huir al igual que a todos los que estaban asediados con él. Y lo obligó a renunciar absolutamente a Flandes. Ese mismo día el conde marchó a Ypres y se preparó para atacar al día siguiente a Iván y a Daniel, a la cabeza de las tropas reunidas en Torholt. Ese mismo día, miércoles, nuestros ciudadanos y los flamencos de orillas del mar, juraron mantenerse unidos para la defensa del honor de nuestra ciudad y nuestro país.

98. El viernes 23 de marzo los habitantes de Gante, con Iván y Daniel, le enviaron una carta a nuestros ciudadanos diciéndoles que pensaran bien y decidieran, antes del día de la próxima luna, si querían permanecer en el partido de la gente de Gante y deponer al conde, o permanecer fieles al conde Guillermo y combatir a los habitantes de Gante y a sus caballeros y amigos. No querían que los habitantes de Brujas estuviesen en suspenso pasado ese día. El sábado 24 de marzo, *Dixit Rebecca*, los habitantes de Brujas, habiendo sabido que el conde se apresuraba a venir desde Alstra a Brujas, cerraron la ciudad y el castillo. Le hicieron saber, por el castellano Gervasio, que se mantuviera lejos, hasta que hubiera extirpado a sus enemigos de Flandes, y solo entonces regresara a la ciudad y al castillo de Brujas. Le exigieron al castellano Gervasio que declarase qué partido había decidido tomar, si permanecer en la misma fe y compromiso que ellos o si los abandonaría para reunirse con su conde. En el mismo día, hacia la tarde, vieron al conde pasar al costado de Maldenghen y corrieron a las armas inmediatamente para resistir su entrada en las puertas, si es que intentaba entrar en Brujas. Cerraron todas las puertas. Ese mismo día, Conon, hermano de Gualterio de Vlaersle, ya fallecido, se llegó hasta nuestros ciudadanos y juró en medio de la plaza pública, en presencia de todos, que en adelante él permanecería fiel con los suyos de parte de nuestros ciudadanos. Nuestros ciudadanos estaban apoyados por el caballero Gualterio de Lisweget y los suyos y por Hugo Snaggaerd y sus hermanos de Otkerk.

## **CAPÍTULO XX. Elección de Teodorico de Alsacia como conde. Muerte de Lamberto de Redenbourg**

**99.** El domingo 25 de marzo, día de la Anunciación, se lee en el evangelio: “*Todo reino dividido en sí mismo será desolado*”. La condesa de Holanda y su hermano Teodorico, adoptado como conde por los habitantes de Gante y nuestros ciudadanos, le enviaron un saludo a nuestros ciudadanos, tanto al clero como al pueblo de los alrededores: “Todo lo que vosotros poseéis legítimamente por don de nuestros predecesores los condes, lo tendréis de mí más firmemente si me eleváis al condado. Tanto yo como mi hermana la condesa os daremos a vosotros los comerciantes y a todos los de Flandes paz y libertad para vuestros negocios”. En ese punto el castellano Gervasio se dirigió hasta el conde en Maldenghen y le aconsejó que fuera a Ypres, porque, si por azar, la gente de Gante hacía una incursión contra él, lo asediarían allí en Maldenghen. Los habitantes de Brujas se comunicaron con Daniel para decirle que viniera a unirse con ellos con sus fuerzas a Brujas. Entre tanto Arnolfo, que había sido recibido como conde en Saint-Omer con Enrique, castellano de Bourbourg, con el apoyo y el consejo del rey de Inglaterra, trataba de apoderarse del condado de Flandes. Así estaba dividido Flandes. Algunos conservaban la fe y el homenaje al conde Guillermo y combatían con él. Otros, como Daniel, Iván, la gente de Gante y la de Brujas eligieron a Teodorico. Otros, como los de Saint-Omer y sus vecinos lo querían a Arnolfo. Otros creían que era preferible el conde de Mons. El país estaba desolado por esta gran división.

**100.** El lunes 16 de marzo el castellano Gervasio no quiso permanecer con nuestros ciudadanos porque ellos le habían negado la entrada a la ciudad y al castillo, cerrándole las puertas al conde Guillermo y habían elegido como su conde a Teodorico. Gervasio, entonces, reunió fuera del castillo a los más prudentes de entre los ciudadanos y les dirigió estas palabras: “Como todavía conservo mi fe a mi único señor, el conde Guillermo, del cual no podré separarme según la ley del siglo, sin faltar a mi honor y no puedo permanecer con vosotros ya que le habéis demostrado tanto desprecio; pero como os amo, voy a ir hasta el conde y hablaré a vuestro favor, para que hasta el domingo próximo tenga una tregua con vosotros y no os cause ningún daño; si os puedo reconciliar con el conde, lo haré; de otra manera, os advertiré todo el mal que os pudiera causar el conde, si llego a saberlo con anterioridad; os ruego que protejáis honorablemente hasta el día fijado a mi esposa, mis hijos e hijas, y mis bienes, que están todavía en el castillo”. Nuestros ciudadanos le prometieron cumplir esto con fidelidad. Ese mismo día Esteban de Boulara [Neder-Boulaere, cerca de Grammont, a treinta y siete kilómetros al sur de Gante] llegó

hasta nosotros con cuarenta caballeros. Nuestros caballeros marcharon hasta la mansión de Tancmaro. También en ese día Iván y Daniel introdujeron en Brujas a Teodorico de Alsacia para que fuera recibido como conde. Nuestros ciudadanos salieron a su encuentro con aplausos.

**101.** El 27 de marzo, Tancmaro y sus sobrinos quemaron ellos mismos las mansiones y residencias que tenían en Straten porque, si no lo hubiesen hecho ellos, las habrían incendiado Daniel, Iván y Teodorico. Habíamos sabido que Iván y Daniel todavía no le habían prestado fe y homenaje pero que lo llevaban por los castillos de Flandes e incitaban al pueblo y a los caballeros a elegirlo por conde; pues Iván y Daniel no podían hacer la elección sin el permiso y el consentimiento del duque de Lovaina [Godofredo] ya que ambos se habían comprometido con el duque de Lovaina a no elegir ellos a Teodorico como conde sin su aprobación. Ese mismo día nos enteramos de que Guillermo de Ypres, liberado de su cautividad, había ido a Courtrai para apoyar con sus consejos y sus fuerzas y las de los suyos, si podía, al conde Guillermo, expulsado de Brujas y de Gante. Iván y Daniel, pares y grandes de Flandes, habían ya recibido y debían recibir un gran número de donativos del rey de Inglaterra por la expulsión de su sobrino, nuestro conde Guillermo. Habían decidido entonces que nada harían sin el consejo del rey o del duque de Lovaina ya que el rey de Inglaterra y este duque debían darle la hija a Arnolde, sobrino del muy piadoso conde Carlos, que los habitantes de Furnes y el castellano de Bourbourg habían recibido como conde con el consejo y apoyo del rey de Inglaterra. Finalmente nuestros ciudadanos le preguntaron a Iván y Daniel: “¿Por qué habéis traído con vosotros a Teodorico si es que vosotros primero y luego nosotros no le hemos prestado fe, homenaje y juramento?” Respondieron: “Como venía a Brujas, llegó con nosotros y nosotros con él para examinar los lugares y ver con qué sentimientos es recibido por los habitantes de Brujas y aquellos que están ligados a ellos por amistad y sentimientos”. El jueves 29 de marzo le enviaron al conde Guillermo de Ypres a los caballeros de Osterk, con sus nombres inscriptos en pergaminos y muchos otros y rompieron la fe y el homenaje que le habían prestado anteriormente a dicho conde.

**102.** El viernes 30 de marzo, los habitantes de Brujas aguardaban el regreso de Daniel e Iván que se habían retirado secretamente de la ciudad con sus caballeros. Habían señalado ese día a nuestros ciudadanos para que los habitantes de Brujas, los de Gante y los que habían entrado en su liga, prestasen fe y juramento a Teodorico de Alsacia. Ese día, que en este año bisiesto es un viernes, el año precedente había sido un miércoles antes de la Pascua. Ese mismo día por la tarde, regresaron entre nosotros a Brujas, Iván y Daniel con

Hugo Champ d'Ávoine. Se anunció que Guillermo de Ypres, que había estado prisionero, había recibido la libertad de parte del conde Guillermo de Normandía. Inmediatamente después de comer, los grandes y el pueblo se reunieron a la salida del castillo en Arenes y eligieron unánimemente a Teodorico de Alsacia como conde de todo Flandes. Iván y Daniel le rindieron homenaje en presencia de todos. Se decidió que todos los ciudadanos que habían sido proscritos por la muerte del conde Carlos viniesen a la corte del nuevo conde y se justificasen, si se atrevían, ante el juicio de los grandes y feudatarios del país, si eran caballeros y pertenecían a la corte del conde, y si no, ante el juicio de los concejales del país. El conde acordó a los grandes y al pueblo del país la libertad de mejorar las leyes y la jurisprudencia de la comunidad, lo mismo que los usos y costumbres de los habitantes del país. Hay que destacar que el año anterior, en este mismo día, los jefes del sitio, Iván y su hermano Balduino de Alost, Gualterio de Vlaersle, y los otros grandes del país, que habían marchado para elegir un conde del país, según el consejo y la orden del rey Luis, habían regresado a nosotros desde Arras y nos habían anunciado con alegre respeto que habían elegido legítima y libremente con el rey de Francia, como conde y señor de nuestro país al joven Guillermo de Normandía. El conde Guillermo se reunió con sus barones en una sala de alto en Ypres para decidir qué hacer contra el recientemente elegido conde Teodorico y los habitantes de Brujas, de Gante y sus cómplices. El piso de la sala se desplomó con los que estaban en ella y uno de ellos expiró sofocado en la caída.

**103.** El sábado 31 de marzo el clero y el pueblo se reunieron en Arenes y el conde prestó su juramento, como dijimos anteriormente, sobre el féretro en San Donaciano, e Iván y Daniel se mostraron ante el pueblo y el clero como garantes, de parte del conde, que cumpliría todo y no violaría conscientemente lo que había jurado. A continuación los habitantes de Gante y luego los de Brujas juraron fidelidad y rindieron el homenaje al conde. Ese mismo día Lamberto de Redenbourg vino a Brujas para excusarse del delito de traición. El domingo 1 de abril, *Laetare Hierusalem*, a mitad de Cuaresma, Teodorico fue recibido como conde, marchando en procesión según la costumbre de sus predecesores, a la iglesia de San Donaciano, y luego comió en la corte en la mansión del conde, y durante todo el día nuestros ciudadanos se interesaron para hacer volver al castellano Gervasio a quien apreciaban mucho. Había, sin embargo, algunos entre los ciudadanos de Brujas y hombres del mismo Gervasio, que maquinaban perversamente contra él. Tramaron un complot entre ellos y con un cierto Gualterio, yerno del castellano Unket [Gualterio Crommelin de Lysseweghe], a quien pretendían colocar en lugar de Gervasio.



**104.** El lunes 2 de abril el año pasado había sido el santo sábado de Pascua y ahora es lunes. El castellano Gervasio vino al castillo de Brujas a ver al conde Teodorico, con un gran número de sus caballeros y gente de Brujas que fielmente lo amaban. En presencia de todos habló así: “Señor conde Teodorico, si Dios le hubiera hecho el favor a nuestro país de teneros presente inmediatamente después de la muerte de nuestro señor y vuestro tío Carlos, no hubiéramos recibido a otra persona más que a vos en el condado. Os hago saber a todos que abandoné completamente el partido del conde Guillermo, y le retiré el homenaje, la fe y el juramento que le debía hasta el presente, porque los pares del país y todo el pueblo han condenado a este conde sin ley, sin justicia ni de Dios ni de los hombres, y que anda errante en esta tierra. Vosotros habéis recibido, con honor y afecto a este nuevo conde, como heredero natural y señor legítimo de este país. Quiero, entonces, presentaros mi homenaje y mi fe, como al señor natural de mi país, al servicio del cual estamos. Quiero obtener de vos los empleos y feudos que hasta ahora he tenido de vuestros predecesores. Si alguien de parte de Hacket, que ha sido castellano antes de mí, reclama contra mí el vizcondado, estaré pronto a satisfacerlo en vuestra presencia y la del país”.

Terminado el discurso, él fue hombre de Teodorico y así, en el resto del día y los días siguientes, los que debían recibir feudos en el condado rindieron homenaje al conde. Después de esto el conde se preocupó por establecer la paz en todo su condado entre aquellos que hasta el momento estaban librados al desorden, las querellas y violentos combates.

**105.** El viernes 6 de abril Lamberto de Redenbourg se purgó con la prueba del hierro candente, en presencia del conde Teodorico, de la muerte y asesinato del conde Carlos. Daniel e Iván no asistieron. El lunes 9 de abril, vinieron algunos habitantes de Ypres ante el conde Teodorico, en el peristilo de su mansión en Brujas y le pidieron que acudiera en auxilio de los ciudadanos de Ypres, estimando que si ellos expulsaban de la ciudad al conde Guillermo, al día siguiente entraría el conde Teodorico en la ciudad para socorrerlos.

**106.** El martes 10 de abril el conde Teodorico con sus vasallos y los ciudadanos de Brujas hizo una incursión contra sus enemigos que se mantenían en Oldenbourg [Oudenbourg, a dieciocho kilómetros oeste suroeste de Brujas] y Ghistelle [Ghistelle, a veintiocho kilómetros al oeste suroeste de Brujas] y estaban muy fortificados con posibilidades de presentar una vigorosa resistencia. Por eso el conde regresó a mitad de camino con sus ciudadanos. Ese mismo día el rey de Francia envió una carta a nuestros

ciudadanos en estos términos: “Quiero que el domingo de Ramos me enviéis a Arras ocho hombres prudentes de entre vosotros y yo convocaré a los más prudentes de cada ciudad de Flandes; quiero en presencia de ellos y de mis barones tratar, razonablemente, las quejas y querellas surgidas entre vosotros y vuestro conde Guillermo y me esforzaré por establecer inmediatamente la paz entre vosotros y él. Si alguien no se atreve a llegarse hasta mí yo le daré un salvoconducto para venir y regresar con seguridad”. Al punto los ciudadanos se pusieron a pensar y deliberar sobre la carta que debían enviar y dijeron: “Como el rey había jurado, antes de la recepción del conde Guillermo, no querer ni deber aceptar ningún pago por la elección de ese mismo conde y que luego recibió abiertamente mil francos, es un perjurio. El conde también ha violado abiertamente lo que había acordado acerca de las tasas impuestas a nuestros ciudadanos y lo que había jurado con el rey de guardar inviolablemente; y ese mismo conde había dado rehenes en garantía de todo lo que había concedido a nuestros ciudadanos, de modo que ha engañado a sus mismos rehenes. Finalmente después de que con nosotros y los pares del país se había fijado un día en Ypres para tratar con nosotros, como es conocido por todos los habitantes del país, él se adelantó a mano armada contra dicha ciudad para obrar violentamente contra nosotros e imponernos su voluntad. Sin justicia, contra la ley de Dios y de los hombres, nos encerró en este país, para que no podamos negociar; más aún, todo lo que habíamos poseído hasta el presente, sin más ganancias, al no poder negociar ni hacer ninguna adquisición, lo hemos consumido. Tenemos, por lo tanto, legítimos motivos para expulsarlo del país. Entre tanto hemos elegido como nuestro conde a aquel a quien le pertenece más legítimamente la herencia del país, el hijo de la hermana del conde Carlos, hombre fiel y sabio, educado y establecido como conde según la costumbre de nuestro país. A él le hemos prestado fe y homenaje y él emula dignamente el carácter, las costumbres y las hazañas de sus predecesores. Les hacemos saber a todos, tanto al rey como a sus grandes, a los presentes y a nuestros sucesores que nada le compete al rey de Francia acerca de la elección y elevación de alguien al condado de Flandes. Cuando muere el conde sin herederos o con heredero, los pares y los ciudadanos del país tienen el poder de elegir y elevar al condado al heredero más próximo del conde y en el condado mismo. En cuanto a lo que por derecho el conde le debe al rey por las tierras que tiene en feudo, cuando muere el conde, el sucesor prestará por esas tierras el mismo servicio. Nada más le debe el conde de Flandes al rey de Francia y el rey no tiene ningún derecho de imponernos un conde o su preferencia por alguien ni por autoridad ni por un precio. Como el rey y los condes de Flandes habían estado hasta ahora ligados por parentesco, por consideración a esto los caballeros, los grandes y los

ciudadanos de Flandes le habían dado al rey asentimiento para la elección y elevación de este Guillermo al título de conde, pero una cosa es que algo que sea debido al parentesco y otra que esté establecido por justicia por la antigua costumbre de los condes de Flandes”.

**107.** El miércoles 11 de abril, fiesta del papa León, los sobrinos de Tancmaro hicieron una incursión contra los habitantes de Brujas en Arenes, retando a duelo al conde Teodorico y los caballeros, que todavía no habían almorzado. Atacaron a los guardias de la iglesia y a los caballeros que sonaban el clarín y los obligaron a huir lejos de Brujas. Al momento los más ardorosos de nuestros caballeros y los ciudadanos marcharon contra los enemigos hasta Ghistelle, y los obligaron a algunos a aceptar complacidos que les fuera permitido rendir homenaje al nuevo conde Teodorico, entregando rehenes como garantía de su fidelidad. El lunes 23 de abril, después del domingo de Pascua, nuestro conde Teodorico hizo una excursión a Lille y se apoderó de los alrededores. En ese mismo tiempo, Lamberto de Winghene [a veintidós kilómetros al sur de Brujas] con algunos caballeros y los sobrinos de Tancmaro atacó Brujas e incendiaron la casa del joven Frumoldo, secretario del conde, casa que estaba en estado de defensa, situada en Beermem [a trece kilómetros al este sureste de Brujas]. También en ese tiempo el conde Guillermo se había llegado hasta el rey de Francia en Compiègne, en Francia, a fin de recibir consejo y apoyo para apoderarse de Flandes. Le entregó libremente a Simón, nuestro obispo de la sede de Noyon, doce altares que había recibido en feudo como patrono y defensor de las iglesias de Dios situadas en Flandes, a condición de que el obispo declarara en entredicho y excomunión a todos los ciudadanos del país de Flandes que recibieran a Teodorico como conde, suplantando violentamente y sin juicio al conde Guillermo. Después de estos pactos el obispo envió una carta a Gante ordenando la suspensión de los oficios divinos en las iglesias.

**108.** El lunes 30 de abril Lamberto de Redenbourg, que había estado sospechado de traición pero había dado satisfacción al conde Teodorico con la prueba del hierro candente, asedia a sus enemigos en Ostbourg con una fuerza muy grande. Había convocado a hombres de todas las islas del mar además de sus amigos, de modo que tenía alrededor de tres mil hombres. Pero los habitantes de Redenbourg habían reunido contra él una tropa considerable de caballeros y hombres de a pie. Cuando se habían aproximado las dos partes, los primeros para asediar y los otros para resistir el asedio, llegó un mensajero del conde Teodorico, o sea, Gervasio, que deseaba diferir el combate hasta que las partes hubiesen intentado un acuerdo en presencia del conde. Pero como Lamberto y los suyos estaban obstinados en asesinar a los sitiados, ellos no quisieron de ninguna manera diferir el

ataque. En tanto que miles de hombres emprendían el ataque y que los asediados se defendían vigorosa, improvisamente, los caballeros de Redenbourg que, para apoyar a los sitiados, esperaron en otro lugar a que se entablara el combate, unos a pie y otros a caballo, aunque en número pequeño comparado con el de los sitiadores, cayeron sobre ellos. Inmediatamente arremetiendo con un gran estrépito y en medio de gritos muy fuertes, dejaron a los sitiadores atónitos y estupefactos, al punto de que se dieron a la fuga, arrojando las armas y los escudos para huir más rápidamente. Entonces, los que habían estado asediados salieron con sus armas y persiguieron por la espalda, junto con los caballeros de Redenbourg, a los que se habían dado a la fuga haciendo pedazos a los jefes y a los principales de sus enemigos; mataron a los que huían a pie. Hubo un número enorme de heridos y hombres libres muertos. Hay que destacar que en este combate murió Lamberto que recientemente se había justificado con la prueba del hierro candente de la muerte del conde Carlos. Cuando obró con humildad para con Dios, este le perdonó la parte que había tenido en la muerte de su señor. Después de haber sido liberado por medio de la prueba del hierro candente, Lamberto con los suyos, habiendo asediado, sin piedad y con pleno orgullo, con tres mil hombres a un pequeño número de habitantes, con tanta obstinación como podía, sin querer perdonar ni por amor a Dios ni por respeto al juramento prestado al conde Teodorico, de no cometer sedición ni por su propia persona ni por las de los suyos, se negó a diferir el combate y la masacre de los asediados: mereció por eso ser muerto, ya que había olvidado la gracia y la misericordia por las que Dios le había conservado la vida aunque todos lo consideraban digno de muerte; hubiera debido producir dignos frutos de penitencia, según lo prometido a Dios y a la Iglesia. Cuando un siervo se comporta humildemente ante el Señor por su falta, el Señor perdona a este siervo que obra según la ley de la penitencia. Cuando alguien obra con perversidad contra otra persona que se conduce justamente, si Dios es llamado a juzgar entre ellos, él va a apoyar la causa del que obra con justicia, y hará sucumbir la causa del hombre injusto y lo confundirá en su obstinación. Por eso sucede en la guerra que el inicuo es vencido; en el juicio por el agua o el fuego el injusto que se arrepiente es perdonado. Es de notar que fue por el consejo y la astucia de los que fueron muertos en Osbourg que Teodorico fue inmediatamente nombrado conde de Gante y puesto en lugar del conde Guillermo. Aunque Teodorico fuese heredero natural de Flandes y un conde justo y piadoso y que Guillermo, conde de Flandes fuese deshonesto y perseguidor de los ciudadanos del país, sin embargo, no habían obrado con justicia y no pueden considerarse inocentes de traición

para con su señor los que ahora yacen muertos, y con su consejo y su fuerza desconocieron a Guillermo cuando todavía era conde en su tierra de Flandes.

## **CAPÍTULO XXI. Combates y encuentros bélicos entre Guillermo de Normandía y Teodorico de Alsacia**

**109.** La noche del miércoles 2 de mayo, aquellos que en Gante todavía estaban asediados en la mansión del conde por los ciudadanos, porque persistían en el partido del conde Guillermo, hicieron una salida e incendiaron muchas casas en el vecindario. Mientras los ciudadanos trabajaban para extinguir los incendios, los que efectuaron la salida usaban hachas para destruir instrumentos para arrojar piedras, como las catapultas, con las que se pretendía derribar los muros de piedra de la mansión y la torre donde estaban sitiados. Ese mismo día, es decir, el miércoles, Gervasio, castellano de Brujas, quiso sitiar con sus caballeros en Vingennes a quienes estaban de parte del conde Guillermo. Pero esos valientes caballeros enfrentaron a Gervasio y lo hirieron, capturaron dos hombres de armas y se apoderaron de los caballos y sus palafreneros.

**110.** El 4 de mayo, sábado, era el aniversario del día en que se habían precipitado de la torre los responsables de la muerte del conde Carlos. Hay que señalar que esa misma semana fueron muertos en Ostbourg, Lamberto, hijo de Ledwif y muchos otros con él, con cuyo acuerdo y traición Teodorico de Flandes había reemplazado violentamente a Guillermo de Normandía. En esa misma semana, el 6 de mayo, domingo de la misericordia del Señor, se esforzaba el rey de Francia por convocar a arzobispos, obispos y miembros del sínodo clerical, abades y personas muy prominentes, tanto del clero como del pueblo, condes, barones y otros grandes, para que se reunieran con él en Arras para determinar cuál de los dos condes debía ser rechazado por el poder real y cuál debía ser confirmado. En esos momentos Teodorico estaba en Lille y Guillermo en Ypres. Todo el país se encontraba en peligro, con rapiñas, incendios, traiciones y engaños, de modo que nadie que fuera honesto podía vivir en paz. Esperaban por ambas partes qué decisión se tomaría en una asamblea de tantos hombres sabios y prudentes. Y qué peligros había que temer en el futuro. Hay que tener en cuenta que aquellos a quienes se había prohibido el acceso al país de Flandes con motivo de la traición al conde Carlos, según el juicio de los grandes y barones del país, regresaban ahora a su tierra con simulación y engaño, alegando que si alguien quería interrogarlos sobre la traición ellos responderían, los caballeros en la corte del conde y los de condición inferior ante los concejales y jueces del país. Pero todavía ninguno fue interpelado ni respondió. Hay que destacar también que cuando por primera vez el conde Teodorico fue a Lille, una bruja le salió al encuentro y bajó hasta el río que el conde se aprestaba a atravesar por un puente. Y lo roció con agua. Se dice que esto causó que Teodorico se enfermara del corazón y los intestinos de modo que le disgustaba comer

y beber. Afligidos por esto, los caballeros apresaron a la bruja, la pusieron sobre paja y rastrojos y la quemaron. Después de esto, hasta el 9 de mayo, Conón de Vlaersle en Winendala y los que en Vingennes portaban armas con Lamberto contra el conde Teodorico y los suyos, no cesaban de depredar los poblados de los alrededores y a los campesinos y apoderarse violentamente de sus cosas. Pero los habitantes de Brujas se rodearon de nuevas zanjas y con continua vigilancia se defendían de ellos y de sus caballeros. En ese tiempo la granja de Orscamp fue enteramente devastada por los caballeros del conde Guillermo.

**111.** El lunes 14 de mayo los habitantes de Brujas asediaron a los de Vingennes, y hubo un gran número de heridos por ambas partes y algunos muertos. La ciudad asediada no fue destruida. El martes 15 de mayo el conde Guillermo, reunidos sus caballeros, atacó al alcalde de Orscamp que huyó y se refugió en la iglesia del lugar, y allí fue sitiado, y acercando fuego se quemaron las puertas del templo. Entre tanto, nuestros ciudadanos marcharon armados a Orscamp, pero viendo al conde y a sus caballeros y las llamas en el templo, huyeron aterrorizados y muchos fueron capturados. Mientras el conde ponía en fuga y perseguía a nuestros ciudadanos, el alcalde de Orscamp salió del templo con unos pocos para huir del fuego y fue capturado uno de los caballeros de entre los que habían salido del templo. Nuestros habitantes de Brujas huyeron movidos por el terror y el espanto y como eran conscientes de haber expulsado injustamente y traicionado al conde Guillermo, algunos se escondieron en los hornos del campo pero fueron sacados de allí y hechos prisioneros.

**112.** El lunes 21 de mayo se recibió la noticia de que el rey de Francia se había retirado de Lille donde había estado asediando por cuatro días a nuestro conde Teodorico. En ese mismo tiempo los habitantes de Gante le abrieron el vientre a una bruja y pasearon su estómago alrededor de la ciudad. El martes 29 de mayo, el conde Guillermo, con un gran ejército de caballeros y hombres de a pie, atacó Brujas, llevando su furia y su ímpetu a nuestras puertas, muros y fosas. Por ambas partes hubo algunos muertos y muchísimos heridos Finalmente por la tarde regresó a Jaube [a diez kilómetros al oeste de Brujas]. El miércoles 30 de mayo el conde Guillermo nuevamente tomó en Orscamp a campesinos y caballeros con gente armada y los trasladó violentamente a Winedale y Redenbourg. El 31 de mayo, día de la Ascensión del Señor, el conde Guillermo envió a un cierto monje, de nombre Basilio, para que le ordenara a su notario Basilio, que se apresurara en llegarse a él porque habían venido a su presencia los encargados y guardianes de los castillos para rendir cuenta de lo que se le debía. Dicho monje fue tomado prisionero en Brujas por Iván, el

castellano Gervasio y Arnoldo, sobrino del conde Carlos, que el día anterior había llegado a Brujas desde Bourbourg. Por ese mismo tiempo el conde Guillermo hizo fortificar Redenbourg y rodearlo de zanjas, porque había decidido retirarse allí con los suyos. Ningún campesino de nuestros alrededores podía vivir con seguridad. Se habían puesto a salvo y refugiado en el bosque con todos sus efectos, o bien se habían retirado dentro de los muros de Brujas estando allí apenas seguros de sus vidas y sus cosas.

**113.** El 10 de junio, domingo de Pentecostés el conde Teodorico vino a Brujas, habiendo conquistado los poblados de los alrededores de Gante, y fue recibido con gran alegría por los nuestros. El lunes 11 de junio algunos caballeros y bandoleros, del partido del conde Guillermo, vinieron desde Jaubek, y con aire pacífico, le dirigieron el saludo y la palabra a un caballero de nuestro partido. La casa de este caballero estaba bien defendida y era muy sólida: todos los habitantes de los alrededores y muchos de los ciudadanos de Brujas habían transportado allí sus cosas para mayor seguridad. Los bandidos se apoderaron de ese caballero que se paseaba tranquilamente en su patio, y lo cubrieron de heridas y se apoderaron violentamente de la casa. Pero pronto llegó el conde Teodorico con una gran multitud, los rodeó y los obligó a rendirse. Les permitió, sin embargo, retirarse sanos y salvos y al caballero dueño de la casa se la restituyó el martes 12 de junio. Ese mismo día, los caballeros del conde Guillermo, que se encontraban en Redenbourg, Jaubek y Straten, preparando emboscadas a nuestro conde Teodorico y a los nuestros, habiéndose enterado de que Teodorico con toda su fuerza había hecho asedios a poblaciones alejadas de Brujas, se adelantaron en número de sesenta e incendiaron una casa vecina al castillo de Brujas, tratando de atraer a nuestros ciudadanos y tal vez así capturarlos. Nos atacaban con más ardor para que Teodoro, a la vista del humo y las llamas se retirase del asedio. Entonces el castellano Gervasio acudió con caballeros ante el ataque de los enemigos y capturó a dos fuertes caballeros, Gualterio, sobrino de Tancmaro, por cuya causa tuvo origen la sedición y la lucha entre Bouchardo, el traidor del conde Carlos, y Tancmaro. Con Gualterio, capturó también a otro caballero. Gualterio fue herido mortalmente en este evento. Los ciudadanos de Brujas batían palmas por la alegría y manifestaban recíprocamente su complacencia por tan buen resultado. Pues, finalmente, tras tantos males y tantas rapiñas e incendios de casas y tantos homicidios perpetrados en nuestra tierra fue capturado por los nuestros Gualterio, que había sido causa y principio de todo el mal en nuestro país, y por cuyas maquinaciones había sido traicionado Carlos. No porque él lo hubiese traicionado, sino porque impulsó a sus enemigos, Bouchardo y los suyos, a que lo traicionaran. Yo digo esto interpretando el sentido y el furor del pueblo, que



al mencionado Gualterio, ya cautivo, lo hubiesen colgado o sometido a algún nuevo inaudito tipo de muerte de haberlo permitido el conde. Divisado el fuego cerca de Brujas, ya regresando del asedio, acudió con toda esa multitud, pero antes de su llegada fueron capturados esos dos y los demás puestos en fuga. Ese mismo día Gualterio de Somerenghen y sus caballeros y hombres a pie, que militaban para nuestra causa, fueron capturados en Haitre Aeltre, [a veintitrés kilómetros al oeste de Gante]. También en ese día, en Rupelmonde [a cuarenta y cinco kilómetros al este de Gante, sobre la orilla izquierda del Escalda], capturaron cincuenta caballeros del duque de Lovaina. Y también ese día los ciudadanos de Ypres enviaron secretamente una carta a los ciudadanos de Brujas sugiriendo que privadamente y en un lugar seguro se reunirían los más prudentes de ellos y de nosotros para tratar convenientemente sobre el honor del condado.

**114.** El 18 y el 19 de junio el conde Teodorico con el conde Federico marchó a Gante y reunió un ejército muy grande, de Axla [Axel, en Zélande, al sur del Escalda], de Buchold [Bouchaut, a veintiséis kilómetros al norte de Gante], de Was [el país de Waes, región de Flandes al norte del Escalda, entre Gante y Anvers] y lugares vecinos. Llevó también máquinas para lanzamientos para derribar casas fortificadas y arrasar poblaciones enemigas. Se acercó a Tillet [Thielt, a veintisiete kilómetros al sur de Brujas] con una fuerza considerable y asedió la mansión del caballero Folket. El miércoles 20 de junio los habitantes de Brujas enfrentaron al conde con el castellano Gervasio y una muy grande cantidad de flamencos juramentados con ellos. La noche siguiente se establecieron alrededor de esta casa. Cuando el conde Guillermo vio la magnitud del ejército que asediaba a su caballero, se afligió mucho por esa injuria y por la arrogancia de los atacantes. Prefería morir antes que sufrir un oprobio tan grande. Por lo tanto, el jueves 21 de junio, cuatro días antes de la fiesta de san Juan Bautista, por la mañana, en Redenbourg hizo devotamente la confesión de sus pecados y recibió la penitencia de parte del abad del lugar [abad de Oudenbourg], hombre religioso y prudente. Y prometió a Dios que en adelante protegería a los pueblos y a las iglesias de Dios. Todos sus valientes caballeros hicieron el mismo voto, se raparon los cabellos y se despojaron de la ropa común; se pusieron una camisa, la coraza y tomaron las armas, marchando a la guerra con una humilde promesa a Dios y un ardiente celo. Subieron a lo alto de un monte desde donde dominaban con la vista al ejército de Teodorico. Y allí se prepararon para el combate.

El conde Guillermo dispuso sus caballeros en tres falanges y él se puso al frente de la primera dispuesto a iniciar el ataque. Por otro lado, el conde Teodorico ordenó sus fuerzas, estando él y Gervasio al frente de un cuerpo y estando al frente del otro el conde

Federico. Se atacaron recíprocamente con picas, lanzas y espadas y fueron muchos los derribados. Se combatía cuerpo a cuerpo enfrentando la muerte y se arrojaban en medio de las armas. Preferían morir en la batalla a ser despojados del condado. En el primer choque, Daniel, al frente de la fuerza del conde Teodorico se lanzó sobre el batallón del conde Guillermo, y allí fue derribado el conde Federico, Ricardo Woldman fue el primero en ser capturado. Se hacían muchos prisioneros por ambas partes. Al fin se combatió con espadas.

El batallón en el que combatía el conde Guillermo comenzó a quebrarse y se dio a la fuga perseguido por Daniel y los suyos. En esa lucha recíproca unos huían y otros perseguían. Pero los otros batallones del conde Guillermo que habían quedado en reserva para una emboscada, se lanzaron por detrás contra Daniel y los suyos. Como estos estaban animosos y frescos para el combate, con la fuerza de un ataque conjunto irrumpieron con lanzas y espadas contra los perseguidores. Guillermo y los suyos dejaron de huir y se volvieron con ánimo viril y fuerza corporal velozmente contra los enemigos logrando con la fuerza de las armas su dispersión. Todos los que estaban con el conde Teodorico cuando vieron la inminencia del peligro arrojaron sus armas y huyeron desarmados hasta el punto de que con el conde solo quedaron diez caballeros. El conde Guillermo y los suyos, tiraron sus corazas y montando a caballo, más livianos, habiendo conseguido finalmente el fruto de la victoria, mataron a algunos enemigos y capturaron a otros.

Hacia la medianoche el conde Teodorico regresó a Brujas pero no supimos adonde había ido el conde Guillermo. Al enterarse del resultado de este infeliz combate las mujeres de nuestro lugar lloraban a sus maridos, los hijos a sus padres, los siervos y siervas a sus señores perdidos, preguntando sobre el infortunado caso de la guerra. Languidecían entre llantos y suspiros. Muy de mañana salieron los nuestros para buscar a sus muertos y fueron capturados por los caballeros de Guillermo. Antes de este combate nunca se había oído hablar en nuestro país de una persecución tal y de tantos cautivos. Una enorme cantidad de dinero se pagó al conde Guillermo por los cautivos y de este modo nuestro país quedó devastado. Finalmente habiendo sabido los nuestros que antes del comienzo del combate el conde Guillermo se había sometido humildemente a Dios y había adoptado el remedio de la penitencia, cortándose los cabellos y despojándose de sus vestiduras superfluas, después del desastre del combate, nuestros ciudadanos, al igual que el conde Teodorico, se despojaron de sus cabellos y sus vestiduras, y nuestros presbíteros, siguiendo el ejemplo de los enemigos, predicaron la penitencia, y después de tantos daños, despojos y cautiverios sufridos por los nuestros, ordenaron un ayuno universal y llevaron cruces y los cofres de

los santos a la iglesia de Santa María, en Brujas. Allí todos los sacerdotes de Brujas, el deán Tancmaro [deán de Nuestra Señora], Edgardo, Siegbord, Heriberto, Frumoldo el Mayor y Teodorico, excomulgaron al conde Guillermo de Normandía y se comprometieron delante de todos con el conde Teodorico, que si algunos de los habitantes de Ypres tomaban partido por él los recibiría con misericordia y que igualmente si algunos de todo el condado se adherían él no los excluyera.

**115.** El domingo 24 de junio, fiesta de san Juan Bautista, en la iglesia de Santa María, el crucifijo, que estaba en el piso para adoración de los fieles, se alzó por sí mismo por virtud de Dios desde el lugar donde estaba firmemente fijado y se hubiera caído al piso si uno de los custodios de la iglesia no lo hubiese sostenido con sus manos. Este custodio lo volvió a colocar en su lugar, pero apenas se retiró, como anteriormente, se volvió a elevar del lugar donde estaba fijado y comenzó a inclinarse. Todos los que estaban presentes para la adoración lo afirmaron nuevamente, creyendo que lo sucedido se debía a negligencia. Pero observando con detención se probó que no había habido negligencia.

**116.** El miércoles 4 de julio, fiesta de la traslación de San Martín, obispo de Tours, el conde Guillermo de Normandía sitió con un gran ejército la mansión del alcalde en la ciudad de Orscamp, llevando ballestas, catapultas y máquinas para arrojar piedras para destruir la mencionada mansión. Pero el conde Teodorico con los ciudadanos de Brujas y los flamencos de las cercanías de Brujas se opusieron a este ataque al interior de las fosas y cercas de dicha mansión, al igual que Arnolde Wineth. Ambos ejércitos estaban separados por un río, que protegía dicha mansión por el lado oriental. Por el lado donde atacaba Guillermo la mansión estaba defendida con setos y zanjas. Fue grande el número de los que combatieron por ambas partes y muchos resultaron heridos y muertos. Pero las cercas y zanjas de la casa resistieron firmemente. Finalmente los sitiadores construyeron una torre en cada costado desde las cuales lucharon con ardor. Como el viento empezó a soplar con fuerza desde el oeste a favor de los atacantes, la fuerza de Guillermo hizo traer de cualquier parte heno, hierba, hojarasca, arbustos y toda clase de material para llenar las zanjas y así poder pasar para el ataque. Pero los de adentro prendieron fuego con pez, grasa y cera a las máquinas y de este modo se consumió lo que habían preparado. El humo producido al quemarse las máquinas dio en los ojos de los que desde adentro habían iniciado el fuego y muchos cayeron alcanzados por lanzas y flechas. Permaneció Guillermo seis días en ese asedio y en ese tiempo hubo otros tantos encuentros por parte de ambas fuerzas. Como el río que separaba ambas fuerzas era profundo, los caballeros sitiadores de Guillermo

buscaban todo el tiempo vados y pasos para cruzar, ávidos de combate y de lucha, dado que ellos eran más fuertes y más numerosos.

En el sexto día, que era el lunes 9 de julio, hacia la tarde, viendo Guillermo que nada se conseguía con el asedio a esa mansión, ordenó a cuatrocientos de sus caballeros vadear el río y así quemaron la casa del caballero Arnolfo y las casas de su hermano y sus hermanas. Cuando se retiró ese ejército, los nuestros se refugiaron en Brujas, y nuestros vecinos, con todos sus muebles y ganados entraron en nuestra ciudad de Brujas, aterrorizados y temblorosos y así pasaron esa noche sin dormir. En ese mismo día los monjes de San Trudón y su capilla situada cerca de Orscamp, fueron objeto de pillaje y no quedaron ni los libros ni el cáliz del sacrificio.

Hay que destacar que ninguno de los más prudentes de nuestros ciudadanos de Brujas se atrevió a confesar la verdad de la desgracia y el infortunio de nuestra fuga. Cualquiera que confesase algo de verdad era acusado de traidor al país y partidario del conde Guillermo y por tanto, digno de muerte. Y no es de extrañar, porque Dios llenó sus corazones de obstinación para no querer oír toda la verdad. Las cruces y las procesiones del clero en las iglesias más bien excitaban que apaciguaban la cólera de Dios, porque, en la obstinación de su espíritu se habían alzado con perversa soberbia contra el poder de Dios descargado sobre ellos. Porque todos deben estar sujetos a las potestades, como dice el Apóstol (Rom. XIII, I). Si una ciudad donde habían tenido su origen execrables traiciones es acosada por infortunios, guerras, sediciones, homicidios, oprobios constantes en todo Flandes, ¿no le son merecidamente debidos todos estos males? Y si sufre la iglesia de los monjes de Brujas ¿no es esto merecido ya que el preboste de dicha iglesia fue la causa de los males? Y aunque nadie se atrevió a anunciarnos la prohibición y el anatema del arzobispo, del obispo y de los obispos sufragáneos, hemos sabido verdaderamente, que hemos sido colocados en entredicho del oficio divino, porque sustituimos un conde por otro conde y con esto llevamos a muchos a la muerte. Nuestros presbíteros y el clero de nuestra ciudad se prepararon para combatir con el pueblo y la multitud, sin recordar que ellos eran como un muro para la casa de Israel.

**117.** El 11 de julio, fiesta de la traslación del abad Benito, Cristian de Ghistelle y los hermanos de Gualterio, vinieron a Brujas, conducidos por Daniel. Cristian puso a su hijo como rehén y los dos hermanos mencionados quedaron como rehenes por su hermano Gualterio, encadenados en la casa del conde, en Brujas. Traían consigo Cristian y sus caballeros a Gualterio, hasta ver si convalecía o moría, porque estaba languideciendo con una herida mortal.

## **CAPÍTULO XXII. Muerte de Guillermo de Normandía. Régimen pacífico de Teodorico**

**118.** El jueves 12 de julio el duque de Lovaina puso sitio a Alost con un ejército considerable. Guillermo, conde de Flandes, acudió en su auxilio con cuatrocientos caballeros. Mientras tanto, muchas mentiras corrían en Brujas acerca de este sitio. Sucedió que en Brujas un molino inmerso en las aguas se destruyó completamente y el agua, que por el lado sur defendía el castillo y la ciudad de Brujas, en la parte donde el molino contenía las aguas, se inundó totalmente. Los ciudadanos, perturbados, se apresuraron a obstruir el flujo del agua con estiércol, maderas y tierra. Creían que el molino había sido socavado furtivamente por los enemigos porque después del derrame de las aguas el castillo y la ciudad quedarían abiertos al ingreso de tales enemigos. Había muchos adivinos, laicos y sacerdotes, que halagaban a nuestros ciudadanos prediciendo todo lo que ellos sabían que los ciudadanos querían oír. Si alguna persona prudente hablaba con verdad sobre el tema del sitio o de los peligros inminentes para la ciudad y los ciudadanos, se veía obligado a callar ante un vil rechazo. Nuestros ciudadanos se estaban quedando sin dinero, extorsionados recíprocamente para enviarlo al conde Teodorico con motivo de la expedición para el mencionado sitio. El mismo problema tenían los de Gante. Estaban sitiados en Aalst Iván, Daniel y el conde Teodorico por un ejército fuerte y probado en la guerra.

**119.** El miércoles 25 de julio, día de san Cristóbal, fue traído a Brujas Gualterio que había estado prisionero y se devolvieron los rehenes que habían sido dados en su lugar que habían sido mantenidos hasta ese momento. El viernes 27 de julio, después de la transfiguración del Señor sobre el monte Tabor, se dignó el Señor en su providencia dar de algún modo fin a esta sedición, porque el conde Guillermo de Normandía, en un asalto en el curso del ya mencionado sitio, se lanzó sobre los enemigos cerca de Alost y fue derribado del caballo; puesto de pie extendió su mano derecha para tomar las armas pero una lanza le perforó la palma y la muñeca y le causó una herida mortal. Sus caballeros recogieron a su señor que moría con un final tan triste, y por todo ese día ocultaron su muerte a sus enemigos. Sin llantos ni quejidos, ni voces o gritos de dolor, sufriendo tanto más cruelmente la angustia en el alma. El duque de Lovaina buscó ansiosamente tener un trato con nuestro conde Teodorico y poner el tema de nuestras discordias sometido al juicio de Iván, Daniel y el rey de Inglaterra.

Habiendo sido aprobado este arreglo por ambas partes le rogó a nuestro conde Teodorico que le entregara al conde Guillermo un salvoconducto para regresar del sitio

pacíficamente con los suyos. Habiéndole dado pleno consentimiento sobre esto, el conde Teodorico le dice al duque: “He aquí que con tanta energía tu fuerza persiguió al enemigo, que el conde Guillermo acaba de expirar por una herida mortal”. Ambas partes se retiraron; unos para llorar el ocaso de tan grande y valiente caballero; otras, para festejar el retiro de los enemigos; otros, para anunciar el hecho a los que habían quedado en su ciudad, para que tuviesen vigilancia sobre sus propiedades y obraran con cautela y precaución. Se esparcía el rumor de la muerte del conde y los que habían luchado bajo él con fidelidad jurada, se dirigían a lugares más seguros. El cuerpo de este valiente guerrero fue colocado en un féretro en medio de infinitas lamentaciones y llantos y se lo llevó para ser inhumado en Saint-Omer.

**120.** Por lo demás, el conde Teodorico perseguía a sus enemigos por todas partes, los devastaba con quemazones, hacía prisioneros a unos y destruía a otros, si antes no hubieran obtenido gracia por dinero o de otra manera. El conde Teodorico llegó a Ypres el domingo 29 de julio con un gran ejército y la ocupó. Los ciudadanos, caballeros y soldados de Brujas salieron y depredaron el poblado de Ridevorde [Ruddervoorde, a catorce kilómetros al sur de Brujas] y quemaron sus casas. Lamberto de Ridevorde y Lamberto de Winchina [Wynghene, a veintidós kilómetros al sur de Brujas], algunos hombres de Folket y de Thiet [Thielt, a veintisiete kilómetros al sur de Brujas] y otros de nuestro país, que habían combatido para el conde Guillermo, se refugiaron en el poblado de Winendale. Los ciudadanos de Ypres que habían combatido para Guillermo, se acantonaron con Isaac en Formesselle contra el conde Teodorico y allí se libró un gran combate. Es necesario tener en cuenta que aunque la ciudad de Brujas corrió peligros muy grandes hasta el punto de que los ciudadanos no creían que por sí solos podían librarse sino solo con la ayuda de Dios, entonces con el sacrificio de sus corazones aplacaron a Dios y Dios los ayudó con su acostumbrada misericordia. Dios hizo perecer por la espada de su juicio al conde Guillermo, pero de tal modo, que no murió combatiendo por su propia causa sino por la de aquel en cuyo auxilio militaba. Nosotros los ciudadanos de Brujas nos juzgábamos inocentes de su muerte porque ninguno de nosotros se la había causado; por el contrario, en el momento en que murió nosotros temíamos que sin duda vendría a asediarnos. Los caballeros de Ooskerk, que pertenecían a nuestro partido y del conde Teodorico, el mismo día de la muerte del conde Guillermo nos acusaban de traidores y se apartaron de nosotros. Durante ese tiempo llegó a Brujas un mensajero que nos anunció la muerte del conde Guillermo. Ante esta noticia los ciudadanos y todos los habitantes del país dieron gracias a Dios por habernos librado de un gran peligro a nosotros y a nuestros bienes. Fue admirable

la disposición de Dios de que ese conde muriera de ese modo, fuera de nuestro condado y ayudando al duque que sitiaba Alost. Y aunque estaba combatiendo contra nuestro conde y nuestros habitantes, la causa de esa lucha no era otra que la de ayudar al duque. Y aunque en esa ocasión el conde atacó de buen grado a los nuestros y por eso había ido en ayuda del duque, su lucha y su muerte fijada allí por Dios, no debe imputarse sino solo al duque. En esta acción él fue un caballero del duque y no luchó por el condado sino por la salvación y el honor del duque y así murió como corresponde por lealtad. Algunos argumentan que como la gente de nuestro país había expulsado al conde Guillermo y había establecido en su lugar al conde Teodorico, tanto por común acuerdo como por su dinero, y fue recibido en los castillos y otros lugares correspondientes, resistiendo a Guillermo, por lo tanto no podían decirse inocentes de su muerte. Otros decían que el duque atacaba a Teodorico porque presentía que si este llegaba a gobernar y mantenerse en el condado de Flandes, podría causarle a él grandes males y tal vez hasta privarlo del ducado o, al menos, quitarle la dote por la que Teodorico se esforzaba por llevarlo ante el emperador. Era por una causa similar que Guillermo luchaba en este sitio contra Teodorico porque sabía que este tramaba despojarlo hábilmente del condado. Él sabía que Teodorico lo había suplantado injusta y traidoramente y, por lo tanto, ambos podían morir razonablemente, Guillermo por la causa del duque y por su propia causa, y el conde Teodorico, por la dote reclamada justamente por el duque y por el condado ilegalmente obtenido, resistir al duque y al conde Guillermo.

**121.** Podemos preguntarnos por qué Dios quiso devolver la paz a la patria disponiendo que muriera el conde Guillermo, que tenía una razón más justa para gobernar esa tierra, y por qué no murió más bien el conde Teodorico que parecía haberlo suplantado injustamente y por qué Dios le concedía el condado al que parecía haber obtenido esa dignidad por violencia. Si ninguno de los dos había recibido justamente el condado, lo correcto era que se le quitara a ambos. Sin embargo, por derecho hereditario el condado le correspondía a Teodorico y por eso lo poseía con justicia. Si parecía que se lo había apropiado injustamente, sin embargo hay que tener en cuenta que antes de la elección de Guillermo él había reclamado lo que le pertenecía por carta a los grandes del país. Aunque en ese momento no fue escuchado por ellos, no dejó de corresponder que reclamara su herencia que le había sido arrebatada injustamente y vendida a otro por el rey de Francia. Después de tantas controversias restablecemos la causa más justa para el conde Teodorico que no se puede decir que haya suplantado injustamente al conde Guillermo. Era este conde fallecido el que había sido injustamente colocado en lugar de Teodorico, tomando por la fuerza el rango de conde comprado al rey. Dios reservó para Teodorico la vida por

antigua justicia y le concedió su herencia; y lo removió del condado al otro con la muerte, ya que mientras vivió devastó toda la tierra y provocó a la guerra civil a todos los habitantes del país, desoyendo las leyes de Dios y de los hombres. Dios, con su estricta ley, no sin que él lo mereciera, lo hizo seguir el camino de toda carne. De todo lo que el conde Guillermo poseyó en vida, deberá confesar que no le queda entre las honras que envió a los lugares de perdición, después de su muerte, nada más que la alabanza de su valentía, porque tenía fama de buen guerrero.

Como la justicia humana no pudo o no quiso castigar tanta maldad, lo castigó Dios según su línea de un estricto juicio. Por eso arrojó sobre la gente de Flandes su cólera y el flagelo de su indignación, porque dependía de la voluntad de todos deliberar, prever y discutir y examinar todo con la mayor diligencia, para aplacar a Dios con el corazón contrito amando y respetando al que habían elegido y aprobado como señor de la patria. Como no habían hecho estas cosas, padecieron a un tirano y causante de todos los males, pues a él después de haberlo elegido y recibido con el título de conde, los servidores o consejeros del país, no le enseñaron ni el camino ni las costumbres honestas de sus predecesores sino que lo condujeron y lo impulsaron al pillaje y a todas las argucias y acciones falaces, para imponer a los ciudadanos y comerciantes del país impuestos inmensos y arrancarlos a veces con violencia.

**122.** Teodorico, conde de Flandes, gobernó después de la muerte de Guillermo. Recorrió las ciudades de Arras, Thétouanne, Saint-Omer, Lille y Aire, donde según la costumbre de sus predecesores fue recibido con veneración, por el clero y el pueblo y confirmado con fidelidad y el homenaje. Acudió finalmente a los reyes de Francia e Inglaterra, recibiendo de ellos los feudos y los donativos reales. Ambos reyes, el de Francia y el de Inglaterra aprobaron el nombramiento de nuestro conde Teodorico, y ratificaron gratamente la investidura de feudos y beneficios que había obtenido de ellos el santísimo y piísimo conde Carlos.

## **FIN DE LA VIDA DEL CONDE CARLOS**



